



Renace la alegría



Índice

Este número	3
Retiro	5
Formación	14
Comunicación	20
Vida salesiana	35
Claroscuros	40
Pastoral Juvenil	45
La Solana	65
Familia	72
Lectio divina	77
El Anaquel	85
La levedad de los días	95

Revista fundada en 2000

Tercera época

Dirección: Mateo González

✓ forum@salesianos.es

Jefe de redacción: José Luis Guzón

Equipo asesor: Juan José Bartolomé, Segundo Cousido, Carlos Rey, Jesús Rojano, Óscar Bartolomé, Samuel Segura, Xulio César Iglesias e Isidro Lozano.

Depósito Legal: LE 1436-2002

ISSN: 1695-3681

🎯 Este número



Estamos a punto de empezar el tiempo de Adviento, una nueva oportunidad para celebrar como con Jesús siempre renace la alegría. Con estas palabras comienza precisamente la Exhortación Apostólica “*Evangelii Gaudium*” sobre la evangelización del papa Francisco: “La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría” (EG 1). Esta invitación continua a descubrir a Jesús en nuestro día a día abre también nuestro número de Forum.com.

Así nuestro “**Retiro**”, inspirado en una propuesta del jesuita José María Rodríguez Olaizola y propuesto por la delegación de formación, nos propone una serie de pistas sobre la vivencia de una auténtica “*espiritualidad de la alegría*”.

Continuamos con la nueva sección dedicada a la “**Familia**”. Ofrecemos un artículo del coordinador de la sección, José Luis Guzón, que hace un recorrido por algunos de los textos del papa Francisco sobre la familia. También en el “**Anaquel**” recogemos un testimonio de familia, en esta

ocasión referido al venerable Attilio Giornadi, marido y padre. También recogemos un artículo reciente sobre una de las preocupaciones del papa Francisco: la trata de personas.

El apartado de “**Formación**” ofrecemos una entrevista con el filósofo Reyes Mate a raíz de su obra *La cuestión de Dios y el desafío de las víctimas*.

La “**Lectio Divina**” es el primero de los comentarios a las indicaciones de Jesús sobre la oración verdadera.

Siguen las reflexiones del salesiano Miguel Ángel Calavia, tituladas “Testigos de Dios en el claroscuro de la vida”, es la sección llamada “**Claroscuros**”. Así como las reflexiones de “**Vida salesiana**” de Carlos Rey y las reflexiones cotidianas de Isidro Lozano en la “**Levedad de los días**”.

En la sección de “**Comunicación**”, el obispo emérito José Sánchez, ofrece su mirada del camino comunicativo posconciliar desde la clave de un producto concreto e influyente: las revistas de información religiosa.

La reestructuración de las provincias de las congregaciones religiosas y su implicación en la organización y el desarrollo en la misión es el argumento central del artículo de la sección de “**Pastoral juvenil**”.

En “**La solana**” comenzamos la publicación de una serie de fichas para la reflexión y el trabajo personal y comunitario. En esta ocasión se intenta delimitar el concepto de “edad”, visto en clave de oportunidad, en clave de kairós.

Esperamos que este subsidio formativo que es Forum.com nos estimule a vivir este tiempo de esperanza con una alegría renovada. ¡Buen Adviento!

Pistas para una espiritualidad de la alegría, en tiempo de Navidad¹

Ideas para introducir el retiro

Cada vez es más frecuente encontrar a personas para quienes el tiempo de navidad resulta insoportable. A menudo esto ocurre por el contraste entre una alegría por decreto –que se supone que hay que vivir en estas fechas– y situaciones vitales complejas y en ocasiones muy difíciles, que no permiten mucho júbilo: problemas, pérdidas, fracasos personales... En realidad la alegría evangélica es bien diferente del buen humor por decreto. Es necesario recuperar algunas claves de dicha alegría para poder celebrar una Navidad auténticamente cristiana, en las horas buenas y en las horas malas. El autor propone algunas pistas para una espiritualidad de la alegría. Partiendo de los relatos navideños y ofreciendo una reflexión sobre la gratitud, la complejidad, el descentramiento, la dificultad y la búsqueda de profundidad, cada vez más necesaria en nuestra cultura.

Cada vez hay más personas que no soportan la Navidad. Así como suena. Gente que, por distintos motivos, cuando se acercan unas fechas que parecen asociadas a celebración, encuentro, fiesta y júbilo, experimentan una desazón profunda. No encuentran motivos para la alegría. Se sienten fuera de lugar o desencajados en ese clima de euforia que parece instalarse en el ambiente, en los medios y en las calles. En muchos casos, lo que más desean es que pase pronto. Personas que lloran la ausencia de un ser querido, quizás una muerte –siempre prematura, a veces incomprensible–. Hombres o mujeres que tienen que lidiar con situaciones de fracaso o de angustia. Presos en las cárceles, que piensan en sus familias lejanas. Padres de familia que viven con impotencia el vértigo de tener que estirar presupuestos ya estrechos para hacer frente a una exigencia consumista desmesurada, sin querer defraudar a sus críos. Personas que se sienten solas, en unas fechas que parecen asociadas a los encuentros, abrazos y afectos. Imagina a las personas en esas situaciones vitales problemáticas. E imagina (no hace falta mucho esfuerzo para ello) que esas mismas empiezan a recibir mensajes insistentes y machacones que les piden estar alegres, aparcar los problemas, disfrutar de estos días y compartirlos con sus seres queridos. En la televisión aparecerá el confeti, las

¹ A partir del texto “*La alegría era otra cosa*”, de José María Rodríguez Olaizola, sj.

sonrisas por decreto, las programaciones especiales. En la calle, las muchedumbres cargadas con bolsas o los escaparates exigiendo «¡compra!». En las revistas, reportajes sobre qué vas a regalar, qué vas a cocinar, qué ropa te tienes que poner o cuáles son los mejores destinos si te decides a viajar con tus seres queridos. En ese contraste entre desazón interior y jolgorio exterior hay un descolorido profundo. Y cuando llegan estas fechas, muchas de esas personas, incapaces de encontrar un agarradero firme, solo desean que pase pronto el bullicio y volver a una normalidad donde nadie les exige sentir algo diferente.

Lo paradójico es que la fiesta cristiana de la Navidad debería ser buena noticia especialmente para la gente en situaciones de dificultad. Sobre la Navidad creyente se ha superpuesto una celebración social que ha perdido las raíces en el misterio de un Dios hecho pobre. Cuando en algunos contextos se exige la retirada de símbolos religiosos, y en algunos centros educativos se pide que se eliminen los nacimientos u otros motivos decorativos cristianos, reemplazados por asépticas luces con formas extravagantes, gorros rojos de Papa Noel –que lo mismo viste el ejecutivo en la comida de empresa o una bailarina ligera de ropa en un plató de televisión–; cuando el calendario da mucha más importancia al cotillón de fin de año y toda su parafernalia de uvas, brindis, relojes y campanadas que a la celebración de la Navidad; cuando el gasto es un imperativo, y la gastronomía se convierte en objetivo en torno al cual giran planificaciones y esfuerzos... ¿cómo no perder pie?

Porque la Navidad no debería ser la fiesta de la alegría por decreto, sino por esperanza. Es la mirada con la que nos asomamos, entre el asombro y la ilusión, a una forma de hacer de Dios que rompe los esquemas de nuestro mundo. Lo que produce alegría –verdadera– son las buenas noticias, esas que implican un cambio en la vida de la gente. La alegría de los relatos de la Navidad está muy lejos de este júbilo despreocupado, comercial y probablemente efímero de nuestra sociedad. Es la ilusión de una mujer y un hombre por un hijo que nace, venciendo por el camino la dificultad y los obstáculos. Es la sensación de acogida de los que duermen al raso, los últimos, los «nadie» de esa sociedad, cuando sienten que para Dios son alguien, porque para Dios los últimos son los primeros. Es la sed de verdad de quienes se echan al camino, abandonando comodidad y seguridades para buscar respuestas. Es la bendición para quienes, encerrados en sus casas, ni siquiera lo saben, pero algo muy bueno está ocurriendo en sus vidas; algo tan especial, tan improbable, que si lo descubrieran –o cuando lo descubran– llorarían de alivio e ilusión. Al mismo tiempo, esa mirada no puede olvidar ni obviar el contexto, la realidad atravesada y la dificultad que forma parte de todas las vidas. No puede prescindir de la preocupación de esos padres primerizos por la intemperie, la pobreza y la miseria de dar a luz en un establo; ni de la soledad de esos pastores que se saben los excluidos en una sociedad que todo lo etiqueta y categoriza; tampoco se puede prescindir de las preguntas sin respuesta que golpean a esos sabios de Oriente, caminantes enfrentados con la burla, con la intriga o con la incompreensión; ni del mal clavado en la entraña de un rey aferrado a su poder; no puede prescindir, en fin, de la atrocidad de un mundo donde el poderoso se ensaña con los inocentes para afianzar

su dominio sobre la tierra a base de miedo y fuerza. Luz y sombra, miedo y audacia, confianza e inseguridad, riqueza y pobreza... contrastes en cada vida. Todo eso se pone en juego en la memoria de la Navidad. Y solo en esos contrastes podemos hablar de una alegría diferente.

Por eso puede ser necesario, y gratificante, recuperar los auténticos motivos para estar alegres que tenemos los creyentes, en un tiempo como el de Navidad, en que la alegría, o mejor dicho, determinado tipo de alegría, se da por supuesta. Pero que en realidad se trata de una alegría postiza. Nuestra fe, y los evangelios del a infancia de Cristo en particular, nos ofrecen las auténticas pistas para vivir una espiritualidad de la alegría en este tiempo de Navidad en que nos acercamos a Dios con ocasión del retiro trimestral.

Pistas para una espiritualidad de la alegría en Navidad

El cristiano puede ser alegre, y la buena noticia de veras da motivos para serlo. La alegría del evangelio no es euforia fácil, risa floja ni tampoco es entusiasmo incombustible. Uno se imagina a un Jesús alegre, pero eso no quiere decir que no se conmueva hasta la entraña con el dolor del mundo, que no llore la muerte del amigo, que no piense con angustia en su propio destino o que no le afecte hasta lo más hondo intuir la traición de los suyos. Todo eso le ocurre también, y no es contradictorio con pensar en un hombre profundamente alegre. Porque la alegría no es un estado provisional, efímero y volátil de bienestar. Al menos, no la alegría evangélica. Es, más bien, un encontrar sentido, causas y un horizonte hacia el que avanzar. Es saber lidiar con la vida en su complejidad sin vivir tan zarandeado por los avatares de la existencia que uno pierda el equilibrio en cuanto el suelo se le remueve un poco bajo los pies. ¿Existe algo así como una espiritualidad de la alegría? ¿Hay dimensiones de la vida interior que es importante cuidar, y desde la fe tratar de comprender, para poder llenarse de una alegría interna diferente?

1. Cultivar la gratitud

La gratitud no es una obligación cortés para niños bien educados: «¡niño, da las gracias!». O sí lo es. Pero es mucho más que eso. Es la capacidad para reconocer lo que, en la propia vida, hay de oportunidad, de bendición y de bueno. En esta sociedad nuestra, indignada y beligerante por tantos motivos, la gratitud parece un privilegio para unos pocos afortunados. Pero es todo lo contrario. Si no se equilibra denuncia con reconocimiento, protesta con valoración, queja con gratitud, estamos condenados a ser siempre profetas airados, molestos por todo lo que no funciona en la sociedad y en la propia vida. Podemos enzarzarnos, con mirada hipercrítica, en diagnósticos sobre todo lo que no debería ocurrir –y hay muchos aspectos de la vida personal y pública que, seguramente, nos defraudan–. Pero para evitar que esto se

convierta en fuente de amargura, es imprescindible complementar la crítica con el agradecimiento. Porque hay muchas cosas que son bendición, oportunidad y regalo.

Volvamos a la Navidad. Los pastores podrían quedarse enzarzados en su propia miseria. Protestando, con amargura, contra los señores que les pagan poco, contra los habitantes de la ciudad, que les ningunean, contra el frío de la noche y la soledad de sus vidas. Sin embargo, reconocen el anuncio que se les hace, lo toman en serio y se sienten bendecidos por una noticia que despierta la esperanza. Es posible que María y José tuvieran motivos más que suficientes para presentar una reclamación a los habitantes de la ciudad que no les han dado cobijo pese al parto, ya inminente; o al emperador, por incordiar con un censo en tan mala hora; y hasta al mismo Dios que ha hecho una promesa cuyo cumplimiento parece tan fuera de contexto en un establo. Sin embargo, podemos imaginarlos también mirando con ternura al niño, poniendo su confianza en manos de Dios, agradeciendo la pobre posada a quien al fin se ha compadecido de ellos.

Ese es el equilibrio necesario, y ahí está una primera fuente de una alegría auténtica. No cargar las tintas sobre todo lo que podríamos convertir en ofensa, agravio o motivo para la decepción, por más que a menudo los motivos sean reales. Balancear dichos motivos con esas otras vivencias cotidianas que hablan de oportunidad y bien: los nombres de quienes pueblan nuestra vida, el pan que no falta en la mesa – cuando tantas están desprovistas– lo mucho bueno que uno da por sentado y acaso aprende a valorar solo cuando falta (la salud, los amigos, el trabajo...). Por ahí empieza uno a cultivar esa alegría verdadera.

2. Abrazar lo complejo (evitar los maniqueísmos)

La visión maniquea de la realidad es una tentación muy humana. De acuerdo con dicha visión el mundo se divide en buenos y malos. Los buenos son muy buenos, y los malos, perversos. Todo es bueno o malo. Los días son radiantes o tormentosos. Uno está feliz o hecho polvo. Hay motivos para el júbilo o para la desesperación...

Sin embargo, la mayoría de las veces esas miradas extremas pierden de vista lo más sutil, lo complejo, incluso lo contradictorio de muchos momentos de la vida. La realidad, al menos nuestra realidad tan humana, es mucho más que sentimientos planos, ya sean positivos o negativos. Es una amalgama de motivos, expectativas, ilusiones, encuentros y desencuentros, fracasos, aciertos, abrazos, decepciones... Una alegría que no tuviera en cuenta esta complejidad estaría condenada a oscilar entre el entusiasmo de unos momentos y la desesperación de otros.

En este punto los relatos navideños, en un primer vistazo, ayudan menos. Herodes y su matanza de los inocentes para asegurarse acabar con la competencia no es, precisamente, un personaje matizado. Parecería que aquí sí que hay buenos y malos, héroes y villanos, santos y demonios. Pero en realidad el evangelio es prolijo en

situaciones donde el matiz es imprescindible. Las personas que viven la buena noticia no son perfectas, sino humanas. Frágiles, limitadas, vulnerables, y a veces sujetas a la contradicción. Tienen resistencias, preguntas, incomprendiones y motivos.

A menudo la mirada sobre la realidad se convertirá, para nosotros, en ocasión de percibir los matices. Y los matices ayudan a no caer en maximalismos. La alegría explosiva, jubilosa, que no admite sombras es como los fuegos de artificio que, cuando terminan, solo dejan oscuridad. Del mismo modo que la tristeza derrotada de quien solo ve motivos para la desesperanza es una forma de ceguera, y priva a quien así mira de la posibilidad de descubrir destellos de vida en torno.

3. Descentrarse

«Bienvenido a la república independiente de tu casa», propone una publicidad mundialmente conocida. Es un buen eslogan, y si pega con fuerza es porque se hace eco de un tipo de mirada muy frecuente: la mirada egocéntrica. Tú eres la medida de todas las cosas. El mundo se debería amoldar a ti, y el criterio básico de interpretación de la realidad eres tú. Tu estado de ánimo, tu situación vital, tus circunstancias... Pero eso deja fuera de vista la realidad que no toca tu vida. Eso te ciega a un mundo mucho más amplio. No es de hoy la tentación de prescindir de lo ajeno. «Ande yo caliente, ríase la gente», reza un conocido refrán. Pero si algo descubrimos, a menudo, es que solo descentrarse permite poner las cosas en perspectiva, y esa perspectiva ayuda a relativizar los propios dramas y a no absolutizar tampoco las alegrías. Si la alegría o la tristeza solo dependen de uno mismo, triste burbuja es esa. Hay muchas cosas maravillosas sucediendo alrededor, milagros cotidianos que abren la esperanza en algunas vidas. Hay episodios de humanidad que invitan a llorar de contento y alivio. Hay mucho bien en torno. Y abrirse, mirarlo y saber valorarlo es necesario en nuestras horas sombrías. No desde la envidia o el resentimiento, sino porque el bien es posible. Del mismo modo, y a la inversa, hay muchas heridas que sangran, golpes, tragedias grandes o pequeñas alrededor. Y saber mirarlas es necesario. Es importante que el corazón lata acompasado con el mundo y abierto a su complejidad. Una alegría o una tristeza egocéntrica siempre serán incompletas.

Navidad es también la fiesta del descentramiento. Cada personaje es capaz de abrirse a otras realidades, sin quedar atrapado en su laberinto interior. José se abre a María. María al ángel. Ambos hacen que su vida pivote en torno al niño, lo que incluye tener que marchar a Egipto, exiliados. Los pastores salen de sus noches al raso para asomarse a la buena noticia de un recién nacido en un pesebre. Los magos abandonan sus costumbres para buscar, en el camino, respuesta a su pregunta por el sentido. Herodes sería, en este caso, el paradigma de la cerrazón. Incapaz de salir del cálculo de sus propios intereses y conveniencias, solo va a dejar tras de sí una memoria de dolor y destrucción.

A menudo necesitamos salir. Ponernos en el lugar del prójimo. Abrirnos a una realidad más amplia, más inclusiva. Para filtrar nuestros propios motivos y completarlos con el cuadro de una realidad más compleja. Porque la alegría evangélica no se construye sobre el egoísmo sino sobre la alteridad.

4. Aceptar la dificultad

«Si te decides a servir al Señor, prepárate para la prueba». Este precioso versículo del libro del Eclesiástico es la constatación de algo evidente: nadie dijo que la vida fuera fácil, y mucho menos la vida tomada en serio. Pero tal vez, en este mundo mediático nuestro, el acento se quiere poner demasiado a menudo sobre la cara amable de la vida. El éxito rápido, dejar de lado los contratiempos y las preocupaciones, salir de los baches cuanto antes... Parecería que tener que bandearse en la tormenta, lidiar con la dificultad o tener que afrontar crisis en distintos aspectos de la vida es señal de fracaso e incompetencia. Algo habrás hecho mal, ¿no?

Aquí nos toca, de nuevo, abrazar una realidad que tiene su cruz, como tiene su cara. Alegría no es únicamente lo que uno siente cuando la vida sonrío y te palmea en la espalda. Hay también una alegría posible cuando se te pone el viento en contra o cuando te toca afrontar situaciones adversas. La alegría, en este caso, se llama sentido. No se trata de que no tengas que enfrentarte a lo difícil, sino de que sepas por qué lo haces. Es, probablemente, una cuestión de motivos.

¿Fue fácil el camino de María, el de José, el de los magos o el de los pastores? De sobra hemos dejado claro, hasta este momento, que no. No era fácil la opción de María y de José. Les complicaba la vida y les ponía en tesituras que ni habían imaginado. Desde el primer momento el «sí» de María la va a llevar a convertirse en blanco de murmuraciones y sospechas; a vivir sin saber; a guardar en su corazón cosas que no siempre comprendía; a lanzarse a un camino que la llevará a dar a luz en un cuchitril; a exiliarse a Egipto; a no entender a un hijo cuyas palabras, a veces, eran muy duras –incluso hacia ella– y a verle morir clavado en una cruz, como un malhechor. Un itinerario semejante tendrá que recorrer también José, fiándose de un sueño y volcando su vida en el cuidado de este niño sorprendente. No era fácil tampoco la vida de los pastores, con su dosis de soledad y fracaso, y sin embargo eso no les privó de estar abiertos a una buena noticia. Los magos, por su parte, tuvieron que sortear la trampa y el engaño de un Herodes deseoso de acabar con lo que, para él, era una amenaza. Pero en ninguna de esas vidas tuvo la dificultad la última palabra. De hecho, es tal vez la conciencia de lo incierto de cada una de esas vidas, de lo que en ellas hay de vulnerable, lo que hace que, cuando nos imaginamos que todos ellos confluyen en esa escena del Nacimiento, su alegría resulte tan real, frente a otras alegrías artificiales de obligado cumplimiento.

5. Profundizar en el evangelio

Hoy en día se habla mucho del contraste entre superficialidad y hondura. Se habla del gusto por quedarse en la epidermis de las cosas y de lo complicado que resulta entrar en el terreno del matiz, en la entraña de las cosas. Es fácil pensar a base de titulares, de tuits, de eslóganes cortos. Pero es insuficiente. No sé si hay que pretender darle trascendencia a todo lo que ocurre, profundidad a cada reflexión, o sentido a cada acontecimiento. Probablemente no. Pero, en algunas cuestiones, sí.

Es posible vivir a base de puras fachadas. En la educación, en las ideologías, en la comunicación o en la religión, por poner algunos ejemplos. Entonces se construyen hermosos discursos –sin que necesariamente signifiquen nada–. Son propuestas sin realidad detrás, nacidas para venirse abajo ante un soplo de viento, porque el andamiaje sobre el que se sostienen es ligero y efímero. Frente a ello, se hace necesario ir buscando discursos y concepciones de la vida y del mundo un poco más sólidos, donde encuentre uno apoyos para explicarse lo que, en la vida, es, de entrada, menos amable: el sufrimiento, la limitación, el mal que a tantos golpea; pero también para explicarse lo bueno: el amor, la justicia, la vocación profunda de cada ser humano...

Se puede leer la Navidad desde la superficie. Sería, entonces, una fachada de iconos fácilmente identificables: nieve, musgo, un niño rubicundo, tallas hermosas, nacimientos, música, regalos, letras amables para villancicos casi eternos, un río, un molino, ángeles alados... y junto a eso, otras tradiciones más contemporáneas que se van sumando: películas navideñas, trineos, renos, comidas familiares, brindis. También desde la superficie se podría recrear la historia que contemplamos en los evangelios de la infancia, como un puro cuento de niños. Pero, en realidad, en lo profundo, y tal y como se ha ido apuntando en las páginas anteriores, la Navidad tiene que ver con algunas de las dimensiones más hondas –y no siempre más atractivas– de la vida humana: el compromiso, la fe, la confianza, la necesidad de saltar algunas veces al vacío sin tener todas las seguridades en la mano, la violencia, la pobreza o la esperanza...

6. Vivir en esperanza

¿Puede haber, pese a todo, ocasiones en que la alegría no sea posible, o al menos no ahora? ¿Hay situaciones en las que una persona se encuentra tan golpeada y zarandeada por la vida y las circunstancias que no consigue levantar cabeza? Sí, claro que puede ocurrir. A veces la alegría solo será la memoria de otras épocas, o la esperanza de tiempos mejores. Pero eso no es poco. La esperanza es, probablemente, otro nombre para la alegría. Pasa por la negativa para rendirte a lo inmediato, por saber que el camino continúa. Por mirar hacia delante, sabiendo que nunca llovió que no escampara.

Es la esperanza que latiría en el corazón de algún pastor, soñando tiempos mejores. La que María y José, a quienes dejamos camino de Egipto con su crío en brazos, alimentan, pensando que algún día volverán a casa. Y la esperanza de las víctimas inocentes de que, algún día, de algún modo, se hará justicia. La esperanza de quien, en cualquier circunstancia, se niega a rendirse.

Epílogo: "Defender la alegría"

Defender la alegría como una trinchera
defenderla del escándalo y la rutina
de la miseria y los miserables
de las ausencias transitorias
y las definitivas

defender la alegría como un principio
defenderla del pasmo y las pesadillas
de los neutrales y de los neutrones
de las dulces infamias
y los graves diagnósticos

defender la alegría como una bandera
defenderla del rayo y la melancolía
de los ingenuos y de los canallas
de la retórica y los paros cardiacos
de las endemias y las academias

defender la alegría como un destino
defenderla del fuego y de los bomberos

de los suicidas y los homicidas
de las vacaciones y del agobio
de la obligación de estar alegres

defender la alegría como una certeza
defenderla del óxido y la roña
de la famosa pátina del tiempo
del relente y del oportunismo
de los proxenetas de la risa

defender la alegría como un derecho
defenderla de dios y del invierno
de las mayúsculas y de la muerte
de los apellidos y las lástimas
del azar
y también de la alegría.

Mario Benedetti

Preguntas para la reflexión personal:

Vivir una espiritualidad de la alegría, en Navidad y siempre, es...

1.- Cultivar la gratitud

¿Me levanto cada día dando gracias a Dios por todo lo bueno que ha puesto en mí, en la creación, en mis hermanos de comunidad, en la misión que desarrollo como salesiano?

2.- Abrazar lo complejo (evitar los maniqueísmos)

¿Evito las simplificaciones, las caricaturas, las exageraciones o visiones parciales y extremistas a la hora de juzgar las situaciones y las personas?

3.- Descentrarse

¿Vivo centrado en mí, en mis gustos, necesidades, derechos,... o trato de estar pendiente de las necesidades y puntos de vista de los demás?

4.- Aceptar la dificultad

Frente a una tendencia al bienestar y el éxito rápido y cómodo, ¿acepto la realidad de la cruz como el sentido que ayuda a superar las dificultades (salud, incomprensiones, cansancios, sensación de inutilidad,...) que me ofrece el día a día?

5.- Profundizar el evangelio

¿Vivo desde la palabra de Dios, alimento de cada día, o desde la superficialidad de las noticias de los medios de comunicación, que vienen y van? ¿Me preocupo de formarme y profundizar en mi ser y hacer como religioso?

6.- Vivir en esperanza

¿Vivo mirando hacia adelante, o mis únicas alegrías son recordar “tiempos pasados que fueron mejores” de mi vida religiosa salesiana? ¿Me alimenta la esperanza de descubrir y realizar cada día la voluntad de Dios, siempre sorprendente y comprometedora?

🎯 Formación

“Hacemos trampa al proclamar la muerte de Dios”

Reyes Mate²

Reyes Mate Rupérez, profesor de Investigación *ad honorem* en el Instituto de Filosofía del CSIC, ha sido investigador principal en el Proyecto “La filosofía después del Holocausto”. Habló en el Foro Gogoia sobre *La cuestión de Dios y el desafío de las víctimas*.

¿De qué víctimas habla usted?

Aquí, cuando hablamos de víctimas, pensamos en las de ETA o las de grupos de extrema derecha o funcionarios públicos. En Alemania, cuando se habla de víctimas, se piensa en Auschwitz. Los filósofos -o escritores como Joseph Conrad en *El corazón de las tinieblas*- se refieren a la brutal explotación colonial que hace posible el bienestar de una minoría sobre el expolio y sufrimiento de millones de personas. Yo quiero tener presente a todas las víctimas. La víctima es inocente por el sufrimiento injusto que se ha ejercido sobre ella. La existencia de la víctima nos obliga a preguntarnos por el mal en el mundo y por el sufrimiento del inocente.

¿En qué términos está planteada la cuestión de Dios y las víctimas?

La pregunta nos afecta a todos los seres humanos, como vio bien Dostoievski al decir que “Una sola lágrima de un niño inocente es ya demasiado precio para pagar con ella la armonía universal”. Pero la pregunta afecta también a Dios. De eso habla, en la Biblia, el Libro de Job, un libro dramático, sin concesiones, en que se aborda con hondura casi trágica el dolor del inocente. Job interpela a Dios y le hace responsable de ese sufrimiento. Los amigos de Job desvían la pregunta hacia la responsabilidad del hombre. La responsabilidad del ser humano es indiscutible, pero esa deriva que exculpa a Dios ha tenido consecuencias que estamos pagando hoy. Al final del libro de Job, Dios comparece, da la razón a Job cuando le interpela y desacredita la idea de que el mal en el mundo se explique exclusivamente por la libertad del hombre.

² Entrevista de Javier Pagola en <http://www.alandar.org/wp-alandar/es/reyes-mate-ruperez-filosofia-victimas-refugiados/>

Usted cuenta la polémica que dos intelectuales no creyentes, Albert Camus y Jean Paul Sartre, mantuvieron sobre este asunto. ¿Cuáles eran sus posiciones?

A Sartre le fastidiaba que Camus diera más importancia a las lágrimas de un niño que a la explotación del proletariado, que le importara más el problema del mal que las desigualdades sociales. Y, para desacreditar a Camus, Sartre le dijo: “Dios le preocupa a usted infinitamente más que los hombres; a usted le interesa más el mal que la injusticia social”. Eso era un golpe bajo. Camus no era creyente, pero lo que le preocupaba era el sufrimiento del inocente, el sinsentido de la existencia. Camus no postulaba la existencia de Dios o la creencia; lo suyo era más modesto. Reclamaba una justicia absoluta y el sentido sagrado del ser humano. A Camus le interesaba el hombre y le preocupaba su derrota, lo que él llamaba el nihilismo, es decir, la indiferencia ante el dolor humano y el sufrimiento de las víctimas. Y él relacionaba esa indiferencia con la muerte de Dios en la filosofía y en la sociedad contemporánea. Es claro que una política laica y democrática puede hacer mucho a favor de la justicia con las víctimas, pero hay zonas misteriosas en este asunto que sólo se aclaran si convocamos a Dios al debate.

Y eso, ¿por qué?

Hay varias razones. La primera es que en nombre de Dios se ha generado mucha violencia: en las guerras de religión, en las cruzadas, en el actuar de la Inquisición, en nuestra Guerra Civil presentada por la Iglesia Española y el Vaticano como “una nueva Cruzada”. La Iglesia ha sacralizado la violencia y, en nombre de Dios, ha victimizado a muchos seres humanos. Pero, tan verdad es que en nombre de Dios se ha combatido la violencia. Hay momentos solemnes, como los sermones del dominico Antonio de Montesinos en 1511 contra los abusos de las encomiendas y en defensa de los indios americanos. En *Los Hermanos Karamazov* Dostoievski incluye la Leyenda del Gran Inquisidor, donde recuerda al Jesús histórico que anuncia un reino de paz y nunca es violento, ni siquiera en su defensa incondicional de la justicia. Por eso, porque ha habido cristianos victimizados y críticos con la violencia y porque Jesús está contra la violencia y los que la han sufrido, estamos legitimados para hablar del Dios de las víctimas.

¿Qué preguntas hacían a Dios las víctimas judías del Holocausto?

La pregunta general de las víctimas no era si Dios existía, porque sentían que eran su pueblo y creían en él. Su pregunta era otra: ¿dónde está Dios? Elie Wiesel narra en su libro de memorias *La noche* la ejecución pública en la horca de tres prisioneros, uno

de ellos un niño, en un campo de concentración. Todos los prisioneros fueron obligados a estar, de pie y formados, ante el patíbulo. Uno de ellos, a espaldas del escritor, se pregunta: “¿Dónde está Dios?”. Y Wiesel cuenta que una voz en su interior decía: “¿Que donde está? Está ahí, colgado en el patíbulo”. Y añade: “Algunos hablaban de Dios, de sus caminos misteriosos, de los pecados del pueblo judío, de su liberación en el futuro. Yo había dejado de rezar. ¡Cómo entendía a Job! No negaba la existencia de Dios, pero dudaba de la justicia divina”.

¿Qué lecturas han hecho los judíos, creyentes y agnósticos, sobre lo sucedido?

Hay judíos ortodoxos que interpretan el Holocausto como un castigo divino, expiación por los pecados. Si tenemos en cuenta que murieron cerca de un millón de niños, esa tesis de la expiación parece exagerada y blasfema. Para agnósticos judíos, como Richard Rubenstein, Auschwitz significa “la muerte de un Dios incapaz de asistir a su pueblo en el momento de mayor peligro”. Primo Levi, de origen sefardí, resistente antifascista y superviviente del Holocausto concluye que “Solo por haber existido Auschwitz, nadie debería hablar en nuestros días de Providencia”. A Yósel Rakover, testigo de las últimas horas de resistencia en el gueto de Varsovia, lo que sucede le obliga a matizar su creencia y expresa: “Yo creo en el Dios de Israel, pero amo más su Torah”. El filósofo y escritor judío Emmanuel Lévinas comenta esta frase de Rakover diciendo que “Atenerse a la Torah, que contiene la revelación y la ley, significa interactuar con ella, buscar su sentido sin renunciar a la razón y a la experiencia humana”. No hay que creer a ciegas, hay que creer con los ojos abiertos, debe mediar la razón.

Elie Wiesel dijo que “En Auschwitz no murió el judaísmo sino el cristianismo”. ¿Cómo han abordado los teólogos cristianos la cuestión de Dios y las víctimas?

Las preguntas que Job se hace -¿por qué el sufrimiento del inocente, quién es el responsable?- resultan desconcertantes e irritantes: ¿cómo relacionar a Dios con el mal? Y así se desplazó la pregunta desde Dios hacia el ser humano. La respuesta al problema del mal habría que buscarla en la libertad y la autonomía del hombre. Pero, si Dios no cuenta para lo malo, no cuenta tampoco para lo bueno, ni para nada. Si Dios se desentiende de su creación, no hay manera de preguntarle sobre el sufrimiento de los inocentes ni sobre nada. Se prepara el terreno para el ateísmo. Para Job, el mal que da origen a la protesta es material: la enfermedad, el empobrecimiento, el maltrato, el desprecio, la injusticia. Para San Agustín el mal es resultado del pecado, del mal uso de la libertad, pero eso significa eliminar la escatología, la justicia final universal, que salva materialmente. Así se vació el cristianismo de su aguijón salvador mesiánico y se olvidó un gran valor cristiano que subrayó el teólogo Dominique Chenu: “El materialismo es la espiritualidad de los pobres”, la justicia aquí y ahora.

¿Tiene todo ese debate alguna salida?

Camus atinaba al pensar que la figura de una justicia absoluta es necesaria para mantener viva hoy la indignación por el sufrimiento de las víctimas. Se entiende la reacción de Wiesel: en Auschwitz Dios muere ahorcado. Pero puede morir de dos maneras, porque se eclipsa definitivamente -como plantean Rubenstein o Levi- o porque muere una determinada idea de Dios y aparece otra distinta. Eso no significa exculpar al hombre. Hitler, Eichmann, Franco, los alemanes y europeos antisemitas, fueron culpables. Pero el hombre moderno ha hecho trampa, porque ha propiciado la muerte de Dios y la entronización del hombre y, a la par, se ha desentendido de su suerte. Marx, cuando escribe que “el hombre se plantea solo aquellos problemas que puede resolver” y no el del mal, que es irresoluble. Nietzsche, que proclama la muerte de Dios y acaba diciendo que el sufrimiento es parte de la realidad, un decorado del mundo. Y los posmodernos alemanes que piden hoy que abandonemos, por excesiva, la temática de los derechos humanos, que son exigencias que vienen del cristianismo. Si llegamos a la conclusión de que hacer justicia a las víctimas o reclamar los derechos humanos es algo desmesurado e imposible, entonces estamos diciendo que la muerte de Dios es la muerte del hombre.

¿Hay algo que diferencie en la vida práctica a los cristianos?

Los cristianos son seres humanos que viven en el mundo, como todos los demás, la única historia de la humanidad. Pero la viven de otra manera. No la viven de atrás hacia adelante, guiados por la lógica del progreso, convencidos de que pueden mejorar el mundo y llevarlo a su cumplimiento. Los cristianos viven la vida desde el futuro hacia el presente, guiados por una lógica apocalíptica que anticipa el final. Si el final es la reconciliación, tratan de vivir el presente fraternalmente. Si el final es una justicia mesiánica universal, los cristianos consideran dichosos a los que padecen injusticia, cosa bien rara por cierto. Esa inversión tiene consecuencias para las víctimas. Así, estamos obligados a desarrollar todos los mecanismos imaginables para adelantar la justicia divina. Estamos obligados a pensar hasta el extremo la reconciliación entre víctimas y victimarios. Y eso nos lleva a hablar de culpa, de perdón, de arrepentimiento y de reconciliación que son conceptos religiosos, cristianos, pero que tenemos que convertir en virtudes cívicas, políticas, en palancas de construcción de la historia en nombre de la “lógica apocalíptica”.

¿Esas ideas de reconciliación, culpa, perdón, son netamente cristianas o puede ser también virtudes cívicas laicas?

El jurista alemán Carl Schmitt dejó claro que, en la política y el derecho, hay pocas categorías que no vengan de la religión. No hay que asustarse de que haya categorías

políticas que vengan de la religión, lo que sí es importante es que se conviertan en virtudes cívicas y tengan una explicación aceptable para todos.

¿Cómo relacionar memoria y reconciliación?

La memoria es un proceso cuyo final debe ser la reconciliación. Cuando hablamos de memoria hablamos del sufrimiento de las víctimas. Hay que hacer memoria de la injusticia. La injusticia tiene que ver con daños personales, cuando se mata a alguien, cuando se le tortura o aterroriza. Pero también con daños sociales, porque la violencia divide a la sociedad, la fractura, la enfrenta. Hacer justicia supone afrontar esa división social y esa es una tarea de la memoria, de una memoria, digamos, laica. Ahora bien, si queremos hacer frente a la fractura, hay que recuperar para la sociedad a las víctimas y a los victimarios y entonces iniciamos el proceso de la reconciliación. A la víctima se le recupera reconociendo el daño que se le ha hecho y su plena ciudadanía, que le había sido negada. Así se predispone a las víctimas para la reconciliación. Y, ¿cómo se recupera al victimario? Eso es verdaderamente lo difícil. Se le recupera a través de un proceso que pasa, en primer lugar porque el victimario reconozca que ha hecho daño, que su acción no fue un gesto heroico, sino un crimen. Eso es lo que hay que entender. Las ideas se defienden, por supuesto, cualquier idea es defendible, pero si el medio es el asesinato, convertimos el medio en un crimen.

¿Qué se puede decir del arrepentimiento y del perdón?

Para que el victimario forme parte de la sociedad lo primero que tiene que hacer es reconocer que ha hecho daño. Y eso es lo que en el lenguaje religioso significa arrepentimiento. Respecto al arrepentimiento yo recuerdo las conversaciones que tuve con algunos miembros del grupo de presos, que fueron de ETA, en Nanclares de Oca. Uno me decía que no se arrepentía de sus ideas. Y yo le decía que no hay que arrepentirse de las ideas, que lo condenable es el asesinato como medio para defenderlas. Y, en segundo lugar, aparece la figura del perdón. El perdón, ¿qué significa en esta visión laica de la memoria? El perdón es pedir a la víctima una segunda oportunidad, es pedirle la oportunidad de demostrarle que quien le agredió no es un criminal, aunque haya cometido un crimen, que hay diferencia entre su acción y su persona, que puede tomar distancia de su acción criminal y obrar el bien.

Y, ¿qué es la culpa?

La culpa, en términos laicos, es reconocer el daño que se hace a sí mismo quien actúa violenta e injustamente contra otra persona.

La memoria es imprescindible si queremos hacer posible la convivencia. Pero se plantea a diario si el derecho a la libertad de expresión tiene algún límite. Porque hay modos de expresar la verdad, que se sabe o se puede presuponer que hieren a otras personas. ¿Cómo resolver esas situaciones?

Todos los juristas dicen que no hay ningún derecho absoluto. Todos los derechos tienen que ajustarse y convivir con otros derechos. Al ejercer la libertad de expresión debe haber un punto de prudencia, de sentido común, que se supera cuando esa libertad de expresión resulta ofensiva. La libertad de expresión puede y debe ser crítica pero, en derecho, también hay reguladas ofensas como delito. Son exigibles el respeto y la dignidad de las personas criticadas.

Los juicios de Nuremberg determinaron que todos los alemanes fueron culpables de los crímenes nazis por consentirlos y mirar hacia otro lado. ¿Puede pasar ahora algo parecido con nosotros, respecto a la situación de los emigrantes y refugiados?

Hannah Arendt, testigo del juicio a Eichmann en Jerusalén, que fue muy crítica con el procedimiento por falta de garantías, consideró que la sentencia y pena de muerte en la horca fue justa. Pero daba otras razones distintas a las del tribunal. Pensaba que el gran crimen de Eichmann no fue contribuir al asesinato de seis millones de judíos, sino haber compartido la ideología del nazismo, que decía quién tenía que vivir en cada lugar del mundo, negando a los seres humanos el derecho a vivir donde eligieran. Lo que está ocurriendo con los refugiados no tiene nombre. No sé cómo nos calificará el futuro, pero no creo que de una manera diferente a como nosotros calificamos a los alemanes de aquellos años.

🎯 Comunicación

Comunicación de la Iglesia hoy: las revistas formativas e informativas³

Mons. José Sánchez⁴

El Concilio Vaticano II abordó en su decreto *Inter Mirifica* el tema de los medios de comunicación social y la labor y responsabilidad de la Iglesia en el uso de estos medios. Desde entonces, el magisterio de la Iglesia ha subrayado su preocupación por los medios, desde una perspectiva positiva, crítica y moralmente responsable, la eclosión de los modernos medios plantea nuevos retos a la Iglesia, tanto a los responsables de la evangelización como a los fieles laicos. Entre estos medios. Las revistas son un medio tradicional que ha facilitado la acción evangelizadora de la Iglesia y que, hoy en día, debe plantearse cuál será su futuro.

Introducción

He de empezar reconociendo que, después de aceptar mi modesta colaboración a la celebración del presente Congreso con motivo del Centenario de la Revista *Sal Terrae* por dos razones fundamentales (mi gratitud a la Compañía de Jesús y mi reconocimiento por el gran servicio que la Revista ha prestado durante un siglo y sigue prestando, sobre todo a los sacerdotes en su acción pastoral), al ver mi nombre escrito nada menos que junto al epígrafe «Conferencia inaugural», me entró una mezcla de miedo y de pudor, por considerar un atrevimiento o una osadía el ocupar un espacio que considero reservado a especialistas o profesores de Teología Pastoral o de Medios de Comunicación Social. Pero después he pensado que quienes me invitaron no lo hicieron por esperar de mí una lección de especialista, ni en Teología Pastoral ni en Medios de Comunicación Social, pues deben saber que no he cursado ninguna de estas dos carreras ni he regentado una cátedra sobre estas materias. He pensado que esperarán de mí, más bien, una reflexión y unas impresiones sobre la comunicación en la Iglesia hoy y sobre la importancia de las revistas.

³ Conferencia pronunciada en 2012 a raíz de la celebración del congreso por el Centenario de la revista jesuita *Sal Terrae*.

⁴ Obispo emérito de Sigüenza-Guadalajara. <jsanchezob@odsigus.e.telefonica.net>

Comenzaré con unas pinceladas sobre la historia de los medios modernos en el magisterio de la Iglesia. Pasaré después a describir a grandes rasgos la situación de la Iglesia en España en los últimos tiempos. Haré una breve referencia a las revistas en la Pastoral de la Iglesia. Terminaré con unas sencillas recomendaciones o deseos.

1. Breve reseña histórica del magisterio de la Iglesia sobre los modernos medios de comunicación

Doy por supuesto que la Iglesia, por la necesidad de comunicar su mensaje, se ha servido, desde el principio de su existencia, de los medios de comunicación de su época. Pero quiero fijarme solamente, aunque sea con brevedad, en los modernos medios de comunicación, como prensa escrita, radio, televisión, Internet y novísimos medios.

Desde que apareció la imprenta, la Iglesia utilizó este magnífico medio para multiplicar y facilitar su tarea docente, educativa y pastoral. Cuando van apareciendo los modernos medios de comunicación de masas, como la prensa escrita, después la radio, el cine la televisión, etc., la Iglesia se hace presente en ellos y crea sus propios medios, con mayor o menor importancia, efecto o fortuna.

Podríamos poner cantidad de ejemplos de reacción rápida por parte de la Iglesia o de determinadas personas o instituciones de la misma. En esto, generalmente las instituciones de la vida consagrada, y de modo significativo la Compañía de Jesús, actuaron con más prontitud en el uso de los nuevos medios. Considero también que la Santa Sede ha solido reaccionar positivamente, creando sus propios medios y animando a la creación de otros, a hacerse presente en los ajenos y al uso correcto de los mismos.

A veces, por parte de algunas personas se da una especie de recelo ante lo novedoso y una apreciación demasiado negativa de los posibles peligros que los modernos medios entrañan, para lo que determinados medios o protagonistas de los mismos dan motivos por su actitud negativa u hostil ante la Iglesia, la fe o la religión.

El Decreto «Inter Mirifica» del Concilio Vaticano II

Se puede decir con verdad que la aprobación y promulgación del Decreto *Inter Mirifica* del Concilio Vaticano II marca un antes y un después en la valoración y uso de los medios de comunicación en la Iglesia.

Entre las intervenciones más relevantes antes del Concilio, hay que destacar la del Papa Pío XII con el documento *Miranda prorsus*⁵ (1957), así como, después del

⁵ PÍO XII, *Miranda prorsus*, 8 de septiembre de 1957: “hay también otra razón por la cual la Iglesia

Concilio, la de Pablo VI, con la *Evangelii mmtiandi*, y Juan Pablo II, con su encíclica *Redemptoris missio*.

Para muchos fue una sorpresa que la Iglesia incluyera entre los principales temas a tratar en el Concilio Vaticano II los medios de comunicación. Nada extraño, por otra parte, en un Concilio, el Vaticano II, en el que por primera vez en la historia de los concilios los medios de comunicación social estuvieron tan presentes y jugaron un papel tan importante que, gracias a ellos, el Concilio no solamente fue una asamblea mundial católica, sino también un acontecimiento social y de la opinión pública mundial. Pero, paradójicamente, en el mismo Concilio el tema de los medios de comunicación social no parecía estar en la estimación de todos los padres conciliares a la altura en que estaba el fenómeno de las comunicaciones como tal.

Ya el 5 de junio de 1960, en el proceso de preparación del Concilio se crea un *Secretariado de la prensa y del espectáculo*, que preside el Arzobispo Martin John O'Connor, Rector del Colegio Norteamericano en Roma y Presidente de la Comisión Pontificia para Cine, Radio y Televisión. Siguiendo las indicaciones recibidas, el Secretariado preparó un esquema que fue presentado al final de la primera sesión del Concilio, el 23 de noviembre de 1962. Constaba de cuatro partes y 144 párrafos.

Conviene hacer notar que se pidió introducir este tema de las comunicaciones sociales como algo más ligero de digerir por los padres conciliares después de los largos y acalorados debates a que habían dado lugar los esquemas sobre la Liturgia y sobre las Fuentes de la Revelación. Parece que no hubo gran entusiasmo: faltaron varios padres conciliares, no hubo muchas intervenciones, se llegó a proponer que se dejase este tema, por ser menos relevante, para una instrucción pastoral posterior al Concilio. Finalmente, se aprobó como documento base, pero con el encargo a los responsables de reducirlo sensiblemente.

En el transcurso de la segunda sesión del Concilio, en el mes de noviembre de 1963, los responsables de la marcha del Concilio se dieron cuenta del problema que podía suponer ante la opinión pública el que pudiera terminar esta segunda sesión sin que se aprobara y publicara otra constitución de las previstas que no fuera la de la Liturgia. Por lo cual quisieron compensar esta pobreza de publicaciones introduciendo, casi por sorpresa, el esquema sobre medios de comunicación social, tratado ya en la primera sesión. Pero notablemente reducido: de 40 páginas a 9, y de 114 párrafos a 24. Se habían incluido algunas enmiendas solicitadas en la sesión anterior, como una mayor atención a los seglares a propuesta, entre otros, del Cardenal Tarancón.

El documento fue considerado por algunos tan pobre que hubo varias propuestas, una de varios representantes de importantes medios de comunicación social, y otra de varios cardenales, pidiendo que se retirase el esquema, se enriqueciera y volviera

muestra un interés especial por los medios de difusión: porque ella misma, más que ningún otro, ha de transmitir a los hombres un mensaje universal de salvación”.

al Aula en otro momento. No fueron aprobadas. Se estudió y se votó definitivamente el 4 de diciembre de 1963, después de la constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la sagrada liturgia, y fue promulgado por Pablo VI al día siguiente. El resultado de la votación fue: 2.103 votos, de ellos 1960 positivos y 164 negativos. El menor número de votos positivos y el mayor de negativos de todos los documentos del Concilio.

Con todo, el mero hecho de que el Concilio Vaticano II aprobase para ser publicado por el Papa un documento sobre los medios de comunicación social supone un hito importantísimo en la Iglesia, en su relación con los medios y en la importancia de los mismos en la pastoral, y constituyó el comienzo de una nueva época de una mayor preocupación, valoración, interés, presencia y uso de toda la Iglesia en relación con los medios de comunicación y con las comunicaciones sociales.

No voy a entrar en un análisis pormenorizado del decreto *Inter Mirifica*. Resumiendo, diré que en él la Iglesia valora, acoge, fomenta, usa e invita a usar los MCS, constata su utilidad para la evangelización, advierte de sus riesgos y peligros e insiste en los derechos de la Iglesia a la información, al uso de los medios y a poseer medios propios. E insiste también en el derecho de las personas a una veraz y correcta información y al uso de los medios, en la necesidad del respeto a las normas morales en la confección y uso de los medios, en la responsabilidad de todos los relacionados con los medios: empresarios, autores, profesionales, usuarios, padres, autoridades, etc.

En la segunda parte se centra en el servicio de los medios para la pastoral, anima a los cristianos -obispos, sacerdotes, personas consagradas, seglares- a implicarse en ellos, en su creación, participación y uso correctos; a la formación para los medios y para su uso; a crear organismos en las diócesis y episcopados. Se crea una jornada especial, la única que crea el Concilio, para sensibilizar en la importancia y papel de los MCS, para orar por las personas implicadas en ellos y para ayudar económicamente. Se anuncia una instrucción pastoral para aplicar las normas y principios del decreto conciliar.

Efectivamente, el Papa Pablo VI promulgaba el 17 de Mayo de 1971 la constitución pastoral *Communio et progressio*, respondiendo al mandato conciliar en el decreto *Inter Mirifica*. En ella se desarrollan y se señalan caminos a obispos sacerdotes, personas consagradas y fieles cristianos laicos para poner en práctica los principios y normas del decreto conciliar.

La Iglesia contempla a Cristo como un verdadero comunicador. Se reafirma en su visión y valoración positiva de los MCS, como «dones de Dios» y ve en ellos grandes posibilidades para llegar a la comunión, deseada por Dios, de los hombres con Él y de los propios hombres entre sí y para fomentar y colaborar en el verdadero progreso o desarrollo -cultural, económico, espiritual, religioso- de personas, grupos y pueblos. Al mismo tiempo, no deja de ver los riesgos y peligros de los medios cuando se utilizan mal. Insiste en la necesidad, por una parte, de la formación de comunicadores, responsables y usuarios de los medios y, por otra, de la presencia de

la ética y la moral en la creación y uso de los medios y en la responsabilidad de todos. Dedicar un amplio espacio a la opinión pública y establece los límites de la publicidad y la propaganda.

Defiende la libertad de opinión y de expresión y el derecho de todos a estar correctamente informados. Valora los medios en su función de educar, servir a la cultura y al ocio. Señala, en general y en particular, la misión y el papel de la Iglesia y de los católicos en diversos medios, con su oración, su interés, su ayuda y su implicación y compromiso como buenos profesionales o usuarios, convencidos de que, sirviendo a los medios, sirven también a la causa del Evangelio. Resalta la importancia del testimonio. Desciende a señalar a las diócesis y a los episcopados de las naciones la obligación de responder a la demanda de las actuales comunicaciones sociales con las correspondientes estructuras y con el personal adecuado y bien formado.

Tengo la impresión de que este importante y programático documento no ha sido suficientemente conocido, estudiado y, menos aún, aplicado. Tal vez fuera también esa la impresión del Consejo Pontificio para las Comunicaciones Sociales cuando, el 22 de febrero de 1992, con motivo de cumplirse los veinticinco años de la publicación de la Constitución Pastoral *Communio et progressio*, publicó la exhortación pastoral *Aetatis novae*. Ante el creciente desarrollo de los medios de comunicación, la presencia de nuevos medios y su influjo en los comportamientos individuales, familiares y sociales, el Consejo Pontificio, en el espíritu de la constitución pastoral *Communio et progressio*, publica la mencionada exhortación pastoral como reflexión sobre dicha constitución en el nuevo contexto, con los nuevos lenguajes y las nuevas dificultades, que plantean también nuevas posibilidades.

Recojo una cita muy socorrida de la exhortación que define con bastante exactitud la nueva situación creada por el fenómeno actual de las comunicaciones: «El cambio que hoy se ha producido en las comunicaciones supone, más que una simple revolución técnica, la completa transformación de aquello a través de lo cual la humanidad capta el mundo que le rodea y que la percepción verifica y expresa. El constante ofrecimiento de imágenes e ideas, así como su rápida transmisión, realizada de un continente a otro, tienen consecuencias, positivas y negativas al mismo tiempo, sobre el desarrollo psicológico, moral y social de las personas, la estructura y el funcionamiento de las sociedades, el intercambio de una cultura con otra, la percepción y la transmisión de los valores, las ideas del mundo, las ideologías y las convicciones religiosas. La revolución de las comunicaciones afecta incluso a la percepción que se puede tener de la Iglesia y contribuye a formar sus propias estructuras y funcionamiento. Todo esto tiene importantes consecuencias pastorales» (*Aetatis novae*, 4).

Insiste en la visión positiva de los medios como don de Dios; tiene ante ellos una actitud positiva y abierta, a la vez que crítica; concibe las comunicaciones sociales como un servicio y advierte de su abuso como instrumentos para el exclusivo beneficio o para el dominio del mercado o de la influencia política. Hace referencia a

la contribución de los medios a la comunión, al progreso -resaltado en *Communio et progressio*- y al diálogo.

Hace notar que los medios no solo son medios para anunciar el mensaje, sino que tienen la misión de integrar el mensaje en la nueva cultura. Es lo que se ha dicho de «evangelizar la cultura». Recoge la feliz expresión de Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi*: Ciertamente, «la Iglesia se sentiría culpable ante Dios si no empleara esos poderosos medios, que la inteligencia humana perfecciona cada vez más»⁶.

Como servicio de la Iglesia a los medios de comunicación social, le ofrece criterios morales de respeto a la verdad, a la libertad, a la dignidad de la persona, al derecho a la información, así como el servicio de los cristianos a los medios y en los medios, con la exigencia a estos de una buena formación, teniendo presente que no solo ejercen una profesión y que han de hacerlo con competencia, sino que actúan siempre como testigos de Jesucristo.

Desciende la instrucción pastoral *Aetatis novae* a ofrecer los elementos, el método y las directrices para un plan pastoral sobre la comunicación en las diócesis y en las conferencias episcopales.

Además de estos tres documentos, que son básicos en la historia del servicio de la Iglesia -Concilio y Santa Sede- a las comunicaciones, hay otros numerosos documentos del Papa, del Pontificio Consejo y de diferentes episcopados y obispos. Importantes son también los mensajes del Papa con motivo de la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales.

Termino este apartado haciendo referencia a tres momentos que considero significativos en la evolución del pensamiento y de la pastoral de las comunicaciones por parte de los papas.

Si ya en la constitución pastoral *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II se hacía referencia a las comunicaciones sociales como uno de los signos de nuestro tiempo (cf. *Gaudium et Spes*, 6) la encíclica *Redemptoris missio*, al hablar de los nuevos areópagos de la evangelización, en el sentido de «símbolo de los nuevos ambientes donde debe proclamarse el Evangelio», señala los modernos medios de comunicación social como uno de los más importantes (cf. *Redemptoris missio*, 37). Finalmente, el documento *Lineamenta* para la preparación de la próxima Asamblea ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre *La nueva evangelización para la transmisión de la fe católica*, al hablar de los «nuevos escenarios» surgidos en los últimos tiempos «para habitarlos y transformarlos en lugares de testimonio y de anuncio del Evangelio», señala como uno de los más importantes los medios de comunicación social (cf. *Lineamenta*, 6).

⁶ Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, 45, en AAS LXVIII [1976], p. 35.

2. La Iglesia en España y los MCS

Vaya por delante mi admiración y reconocimiento a las personas e instituciones que en España han vivido la tensión de los medios de comunicación social y han puesto todo su empeño, trabajo y recursos en la puesta en marcha, cultivo y desarrollo de estos valiosos instrumentos para la pastoral, para la cultura y para la educación.

Cito solamente, en representación de otros muchos, al P. Ángel Ayala Alarco, SJ (1867-1960) y al Cardenal D. Ángel Herrera Oria (1886- 1968) en el pasado siglo; y, entre los que aún viven, a Mons. Antonio Montero, Arzobispo emérito de Mérida-Badajoz.

Sería interminable la lista de personas católicas -obispos, sacerdotes, personas consagradas, seglares- e instituciones que han dedicado su tiempo, su saber y sus recursos a promocionar y crear medios de comunicación y a trabajar en ellos o en la pastoral de los mismos.

El balance con respecto a la aplicación de la doctrina conciliar sobre las comunicaciones sociales en el mundo eclesial puede considerarse positivo. Destaca el esfuerzo en el campo de la formación y la educación, con la creación, por ejemplo, de Facultades de la Iglesia sobre Comunicación⁷, para formar periodistas o comunicadores con un recto sentido moral.

Importante ha sido también, tal como lo quería precisamente el decreto conciliar *Inter Mirifica*, la puesta en marcha de estructuras organizativas destinadas a la pastoral de las comunicaciones sociales tanto en las conferencias episcopales como en la mayoría de las diócesis. En ellas colaboran numerosos profesionales cada vez más cualificados, lo que ha redundado en una mejor comunicación por parte de la Iglesia⁸.

En otro orden de cosas, considero también que en estas últimas décadas se han dado pasos para fomentar en los profesionales cristianos de la comunicación la toma de conciencia de que la realización competente de esta tarea ha de ser para ellos una forma eminente de realizar su vocación y apostolado cristiano, ya sea de forma personal o asociada.

Con todo, creo que se puede afirmar que nuestra Iglesia en España no ha estado interesada e implicada en los MCS en la medida que la importancia de los mismos requiere. Desde luego, se constata una notable diferencia en el empeño y los recursos humanos y materiales dedicados a los medios y a la pastoral de los mismos, comparados con los dedicados a otros aspectos, también sin duda muy importantes,

⁷ Universidad de Navarra, Universidad Pontificia de Salamanca, Universidad San Pablo-CEU (Madrid), Universidad Francisco de Vitoria (Madrid), Universidad Ramon Hull (Barcelona), Universidad Cardenal Herrera Oria-CEU (Valencia), Universidad Católica S. Antonio de Murcia y Universidad de Deusto (San Sebastián).

⁸ Cf. *Inter Mirifica*, 3.

de la acción evangelizadora de la Iglesia. Un dato significativo es el escaso número de sacerdotes y de personas consagradas destinados a formarse en la acción y en la pastoral de los medios, comparados con los que han realizado estudios superiores en otras materias.

Por sectores de la pastoral de los medios, la presencia de la misma en los medios escritos, periódicos y revistas es superabundante, aunque muy dispersa. Comenzando por la prensa escrita, se habla de las aproximadamente 1.000 revistas de la Iglesia; pero pocas con prestigio universal. De especial importancia fue el lugar que ocupó en la Conferencia Episcopal en los años ochenta el intento, al final fallido, de encontrar una solución para EDICA, con el periódico diario YA como buque insignia. Al final, fracasó por causas que sería muy complicado examinar en el espacio de esta mi intervención.

En el campo radiofónico, hay que destacar la existencia de la Cadena COPE, hoy con la Conferencia Episcopal como socio mayoritario, que también ha sufrido una serie de vicisitudes que han hecho plantearse a algunos si es la mejor solución el que la Conferencia Episcopal sea la propietaria de un medio comercial. Con todo, se ha optado por esta fórmula, con sus ventajas e inconvenientes. La Cadena COPE es, sin duda, una iniciativa laudable y meritoria, con todos sus defectos y limitaciones. Es el único medio de comunicación de la Iglesia en España con capacidad de incidir en la opinión pública.

En televisión ha habido varios intentos que no han cuajado. Ahora está dando sus primeros pasos el Canal 13TV, con la mayoría de las acciones por parte de la Conferencia Episcopal Española. Fórmula discutible, pero por la que en este momento se ha optado.

La presencia y responsabilidad de la Iglesia en el cine se puede calificar de muy modesta. Con respecto a los modernísimos medios, la presencia es muy desigual por edades; pero, desde luego, poco influyente.

Tratando de los medios de comunicación, surge siempre la pregunta de si es lo más conveniente el que la Iglesia, como institución, tenga medios comerciales o generalistas, que necesariamente tendrán una implicación económica, a veces política y siempre en competencia con otros medios similares. Suele darse la respuesta de que el ideal sería la presencia con competencia profesional en los medios que no son propiedad de la Iglesia, aunque no se puede excluir el derecho, a veces la obligación, de que la Iglesia tenga medios propios de diversa naturaleza. Sabemos, por otra parte, que no es fácil mantener la libertad y la independencia en medios ajenos, sobre todo en momentos de fuerte ideologización y politización.

Reconociendo todas estas realidades, echo de menos una mayor inserción apostólica de los profesionales cristianos en los medios civiles y en las grandes estructuras de la comunicación, así como la notable ausencia de una pastoral adecuada con los

profesionales de la comunicación -empresarios, comunicadores...- y con los usuarios de los medios.

Creo que puede considerarse importante la evolución y desarrollo de la comunicación por parte de la Conferencia Episcopal, gracias a la labor de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social, que ha impulsado y acompañado el desarrollo y formación de la pastoral de las comunicaciones en la propia Conferencia Episcopal y en las diócesis, respetando siempre la competencia de estas. Por ejemplo, en el rejuvenecimiento, la especialización y la pluralidad -sacerdotes, personas consagradas, seglares— de las personas responsables y colaboradoras en la pastoral de los medios, en la renovación y dotación de los servicios diocesanos o en la formación en la pastoral de las comunicaciones.

No se ha desarrollado suficientemente la comunicación institucional de la Conferencia Episcopal ni se ha logrado siempre la sintonía entre la pastoral de los medios, encomendada en principio a la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social y la Portavocía e Información de la Conferencia Episcopal, responsabilidad de la Secretaría General...

Por otra parte, y a pesar del empeño de algunos obispos en que la pastoral de los medios ocupe un lugar destacado en la preocupación y trabajo de los propios obispos, ese empeño no ha surtido el efecto deseado. Aunque el tema ha sido tratado varias veces en Asamblea Plenaria, no se ha llegado a la elaboración y publicación de un documento de dicha Asamblea sobre la pastoral de la comunicación o de un plan pastoral de la comunicación. En las diócesis han mejorado los servicios; pero la pastoral de los medios ocupa, en general, un lugar modesto en el organigrama de las diócesis.

3. Las Revistas en la Pastoral de la Iglesia

Como apuntaba antes, es muy significativa la pluralidad y variedad de revistas en la Iglesia en España. Se habla de unas mil. Desde luego, pocas pueden contar con el palmarés de cien años de existencia como *Sal Terrae*. Por eso, y por el bien que ha hecho y que me consta que sigue haciendo, bien merece que se celebre un congreso para honrar a quienes la crearon y a quienes han trabajado y siguen trabajando en ella.

Me consta que ha sido y sigue siendo valorada y utilizada, hoy quizá menos que en otros tiempos, por la pluralidad de otros medios similares y la mayor facilidad para acceder a ellos. Más de un sacerdote me ha dicho, cuando he informado de que estaba comprometido con esta actuación, que la revista *Sal Terrae* ha sido para él muy útil en el campo de la pastoral. Alguno me ha dicho que colaboró en la misma.

Solamente aportaré dos ideas en relación con la importancia de las revistas para la pastoral. Ambas, fundamentadas en sendas opiniones ajenas. La primera se la oí, en mis tiempos de estudiante, a un profesor que nos decía: «Si quieren estar al día en cualquier tema que traten, estudien, o sobre el que han de escribir, tienen que acudir a las revistas especializadas en la materia, porque en ellas viene lo último que hay sobre el tema antes de que se publique en los libros». Considero que este criterio vale también para la pastoral.

La segunda idea se la oí a un obispo mayor que yo en una reunión de obispos. Nos lamentábamos todos en general de la dificultad de encontrar tiempo para leer. Ll, con la sabiduría y la experiencia de los años, nos dijo: «La causa de sus lamentos, y de su posible frustración en el deseo de seguir leyendo, viene de que se empeñan en leer libros gordos. No le es fácil a un obispo encontrar tiempo para leer libros gordos. Seleccionen ustedes artículos de revistas, capítulos de libros, libros más pequeños...». Efectivamente, las revistas nos ofrecen la posibilidad de informarnos, con brevedad y profundidad a la vez, sobre un tema concreto, o de recibir una valiosa ayuda para ver por dónde va el pensamiento, la praxis, las opiniones sobre un asunto determinado.

La pregunta que hoy nos hacemos muchos es si ya en el presente y, desde luego, en el futuro, la revista en papel seguirá ocupando el importante puesto que le ha correspondido en la pastoral en tiempos anteriores o en las personas de nuestra generación, educadas en la lectura, antes del gran desarrollo de los medios audiovisuales. Internet, etc. Ciertamente, todas las publicaciones en papel han optado también por su publicación en los formatos de los novísimos medios. Algunos te dicen que si no bajan la información de la pantalla y la ponen en papel, no les satisface. Pero yo creo que las actuales y futuras generaciones se servirán más de las pantallas -la grande de la televisión o del ordenador, o bien la pequeña del teléfono móvil y dispositivos similares. La pregunta es si con este método, sometido a las prisas, a la inconsistencia de lo efímero, de lo provisional, de lo fragmentario, del «cortar y pegar», se puede dejar el poso de la lectura reposada y en silencio, sin otro ruido ni distracción, propio de la lectura del artículo de una revista. Quede ahí la pregunta.

4. Algunas recomendaciones o deseos

1. La primera recomendación que quiero hacer es que tomemos conciencia y saquemos las consecuencias de algo que todos decimos: que vivimos en la llamada *sociedad de la información*, aunque, por otro lado, no hay unanimidad a la hora de definirla, salvo para señalar el papel predominante que en ella tienen el conocimiento y los medios de comunicación. Según algunos documentos de la Unión Europea, «participar en la sociedad de la información significa demostrar una mayor

creatividad, comunicar más rápidamente, avanzar nuevas ideas y aprender a formarse de una manera permanente»⁹.

2. La segunda recomendación la hago transcribiendo, sin más comentario, las palabras de san Juan Pablo II, que, en su mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales de 1999, reconocía en la búsqueda de la verdad, algo tan propio del hombre, «la influencia excepcional de los medios en la cultura contemporánea y, por lo tanto, la especial responsabilidad de los medios para atestiguar la verdad sobre la vida, sobre la dignidad humana, sobre el verdadero sentido de nuestra libertad y mutua interdependencia. En la trayectoria de la búsqueda humana, la Iglesia desea la amistad con estos medios, consciente de que toda forma de cooperación será para bien de todos»¹⁰.

3. La tercera es una referencia a dos textos, uno de Juan Pablo II y otro de Pablo VI. «Es obvio -reconocía Juan Pablo II en su mensaje del año 2000- que las circunstancias han cambiado profundamente en dos milenios. Y, sin embargo, permanece inalterable la necesidad de anunciar a Cristo»¹¹. De allí que «la Iglesia se sentiría culpable ante el Señor, decía Pablo VI, si no utilizara estos poderosos medios» (*Evangelii nuntiandi*, 45)¹².

4. Tenemos un nuevo escenario -una sociedad más secularizada, más plural, más tecnificada, con mayor relativismo- para la misión evangelizadora de siempre. La cuestión se dirime ahora en cómo adquirir no solo nuevo ardor, sino también nuevos métodos y, sobre todo, nuevos lenguajes para la nueva evangelización en esta sociedad de la información.

5. En sintonía con la preocupación de los papas Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI por la nueva cultura, marcada entre otros signos por la ruptura, se impone la concepción de la comunicación desde una dimensión *cultural* superando así la simple consideración *instrumental*. «El trabajo en estos medios [...] no tiene solamente el objetivo de multiplicar el anuncio. Se trata de un hecho más profundo, porque la evangelización misma de la cultura moderna depende en gran parte de su influjo [...]. No basta, pues, usarlos para difundir el mensaje cristiano y el Magisterio de la

⁹ Comisión de las Comunidades Europeas, *Comunicación Ac Id Comisión sobre la Sociedad de Id Información: las nuevas prioridades surgidas entre Corfú y Dublín*, Bruselas, 24-VII-96, 395 final, p. 7.

¹⁰ Juan PABLO II, «Mensaje para la XXXIII Jornada M. de las Comunicaciones Sociales», 1999.

¹¹ JUAN PABLO II, «Mensaje para la XXXIV Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales», 2000.

¹² «Mensaje de los Obispos de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación para la XXXIV Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales», EDICE, Madrid 2000.

Iglesia, sino que conviene integrar el mensaje mismo en esta “nueva cultura” creada por la comunicación moderna»¹³.

6. Esta situación reclama para la presencia de la Iglesia en los medios la necesidad de practicar la *pastoral del pensamiento*, la de ser *generadora de sentido*. A través de los medios, la Iglesia tiene que ayudar al hombre y a la mujer de hoy a responder a las preguntas que siguen haciéndose, como: ¿Quién soy?, ¿de dónde vengo y a dónde voy?, ¿por qué existe el mal?, ¿qué hay después de esta vida?¹⁴ A todo esto se une que la oferta de sentido que ofrece la Iglesia es una propuesta de ideales, de contenidos, y el mundo de los medios es fundamentalmente un mundo donde prima lo pragmático, el interés económico, la comercialidad, hasta el punto de que solo tiene cabida un contenido si este es rentable, si es susceptible de conseguir audiencias numerosas previamente inducidas al consumo, con la consiguiente pérdida del sentido social de la comunicación.

7. La consideración cultural, especialmente la reflexión sobre la dimensión ética de los medios, es el terreno donde ha de estar la principal contribución que haga la Iglesia a los medios de comunicación. La Iglesia aporta, como señala también el documento *Ética en las comunicaciones sociales*, una larga tradición de sabiduría moral, enraizada en la revelación divina y en la reflexión humana. Según esta sabiduría, «los medios de comunicación social no hacen nada por sí mismos; son únicamente instrumentos, herramientas que la gente elige usar de uno u otro modo. Al reflexionar en los medios de comunicación social, debemos afrontar honradamente la cuestión “más esencial” que plantea el progreso tecnológico: si gracias a él la persona humana se hace de veras mejor, es decir, más madura espiritualmente, más consciente de la dignidad de su humanidad, más responsable, más abierta a los demás, particularmente a los más necesitados y a los más débiles, más disponible a dar y prestar ayuda a todos» (cf. *Redemptor hominis*, 15)¹⁵.

8. Otra cuestión es la de los distintos lenguajes usados por la Iglesia y los medios y que dificultan enormemente la relación entre ambos. La Iglesia, al menos en su vertiente jerárquica, suele usar fundamentalmente los lenguajes de la liturgia, la catequesis y la teología; mientras que la comunicación social tiene otros lenguajes muy diferentes que le son propios, dependiendo, además, de lo específico de cada medio o formato, muchos de ellos desconocidos o inusuales para la Iglesia. Así tenemos que se hablan, pero no se entienden, lo que provoca numerosas

¹³ *Redemptoris missio*, 37.

¹⁴ Cf. *Fides et ratio*, 1.

¹⁵ Consejo Pontificio para las Comunicaciones Sociales, *Ética en las Comunicaciones Sociales*, 4-5, Editrice Vaticana, Roma 2000.

frustraciones. En el terreno de la Iglesia se produce, por ejemplo, una gran decepción por la escasa y confusa recepción de los documentos magisteriales por parte de los medios y su consiguiente transmisión a los fieles. Si a ello unimos los frecuentes contagios de lenguajes de los eclesiásticos, que usan en los medios los propios de la predicación o de la liturgia, tenemos otra fuente de desengaños, porque además se comprueba la ineficacia de estos lenguajes cuando no son los propios de los medios con los que, sin traicionar a los contenidos y a la fe, se ha de transmitir el mensaje.

9. Otra aportación importantísima de la Iglesia en el mundo de las comunicaciones sociales es la de la trascendencia. Es deseo de la Iglesia que los medios sean puestos al servicio de la dimensión religiosa y trascendente del ser humano y que el Evangelio pueda inculturarse en la *sociedad de la información*. Esta reivindicación nace no solo en virtud del inviolable derecho de la presencia de Dios en lo humano, sino también por el no menos importante derecho de la persona a vivir su dimensión religiosa, ya que ello es condición de su misma humanidad plena. Los obispos españoles de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social (CEMCS), en su mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones del año 2000, constataban la ausencia de los contenidos religiosos en los medios de comunicación y pedían que se hiciera un examen de conciencia por parte de los medios: «Salvo excepciones, la religión católica es silenciada en muchos medios, como si esta no formara parte del vivir cotidiano y de las motivaciones de la mayoría de los hombres y mujeres de nuestro pueblo, de su cultura y sus manifestaciones festivas. La realidad social que los medios han de reflejar queda así desfigurada, con evidente deterioro de la profesionalidad». El primer reto que se nos plantea es favorecer en el mundo de la comunicación una mayor presencia de Dios y de lo religioso.

10. Es preciso también cambiar el talante eclesial con respecto a los medios. La Iglesia ha de concebir la comunicación social en *positivo*, contemplarla más en clave de responsabilidad que de angustia: la voz de los pastores de la Iglesia, cuando se manifiestan, no ha de ser solo para condenar los excesos o desviaciones de las comunicaciones sociales, sino también para proponer iniciativas de una Iglesia que quiere estar presente en ese mundo y dar a conocer adecuadamente, en él y desde él, a Cristo y su mensaje.

11. Uno de los retos importantes en la pastoral de las comunicaciones sociales es el de insistir en la formación en *mass media*, necesaria tanto para los propios pastores como para el resto de los agentes pastorales y, derivado del mayor protagonismo de los usuarios en la nueva era comunicativa, también para los usuarios, para el público. La responsabilidad ética no está solo en el terreno de los estados, de las empresas informativas y de los comunicadores o periodistas; lo está también en el

público. La formación de su criterio ético y moral ha de entrar dentro de la tarea pastoral de la Iglesia, que ha de iluminar a los protagonistas de la cultura mediática con los criterios morales del Evangelio.

12. Pienso que el nuevo y complejo fenómeno de la *sociedad de la información* o *sociedad del conocimiento*, como síntesis de todos los avances a los que ha llegado la humanidad en el terreno de las comunicaciones, es enormemente positivo y contribuye de forma global al progreso y mejora de nuestro mundo.

Hay que hacer esta valoración positiva, sin renunciar a señalar y remediar sus carencias innegables, especialmente las que se refieren al olvido de valores morales esenciales cuando el uso de la comunicación se vuelve entonces contra la dignidad del ser humano, contra la verdad del hombre, fundamentalmente de los más pequeños, como ocurre con la violencia, la pornografía y la manipulación de la verdad, y lo mismo contra el bien común, con la pérdida del sentido social de la comunicación en aras del mercantilismo imperante, el cual origina la aparición de «brechas digitales» y comunicativas que relegan al olvido, cuando no al colonialismo cultural, a los más pobres y desvalidos del mundo, hasta el punto de hacer necesario, hoy más que nunca, el advenimiento de un nuevo orden internacional de la información y la instauración —no solo formal, sino real y con la ayuda de los recursos oportunos— del derecho a la información, que tan acertadamente proclamó el decreto *Inter Mirifica*¹⁶.

13. Pasando al apartado de los buenos deseos o expectativas, pienso que la mejor aportación que la Iglesia puede hacer para favorecer una comunicación a la medida de la dignidad humana y del bien común es mucho. Esta ayuda eclesial no está tanto en el terreno de la creación de costosas estructuras mediáticas propias —también necesarias, por otra parte, para hacer presente de forma clara y distinta la voz del Evangelio en el mundo de hoy, tan saturado de mensajes— cuanto en el terreno formativo, inspirado cristianamente y desplegado en la vida eclesial: desde la acción catequética elemental o la enseñanza religiosa escolar de los más pequeños, hasta la alta formación cualificada de comunicadores en las aulas de los centros superiores universitarios católicos, pasando por la educación en comunicación de los padres de familia, educadores, agentes pastorales, sacerdotes y obispos. Tendremos así una mejor pastoral de las comunicaciones sociales y una pastoral más comunicativa.

14. La «educomunicación» a la luz de los principios cristianos es una tarea inexcusable para la comunidad cristiana, aunque sus frutos —que llegarán— no se perciban con la celeridad con que se operan los cambios tecnológicos. La Iglesia,

¹⁶ Concilio Vaticano II, Decreto *Inter Mirifica*, 5.

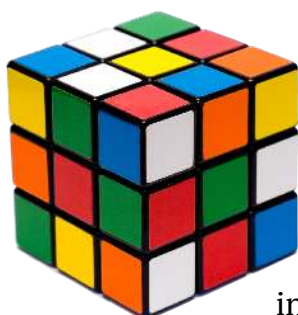
Madre y Maestra, *experta en humanidad*, sabe que solo cambiando el corazón de las personas puede cambiar la sociedad entera, con la ayuda del Señor.

15. Uno de mis deseos o esperanzas sería propiciar no solo la existencia de medios propios confesionales, sino animar también a que los comunicadores y empresarios cristianos desplieguen, sin complejos y con coherencia, las exigencias de su fe en el ámbito de los medios civiles, en los que han de ejercer con competencia su trabajo de forma habitual. Acompañarlos pastoralmente en este empeño ha de ser una de nuestras más importantes tareas en este campo.

🎯 Vida salesiana

El cubo mágico. A vueltas con Don Bosco

Carlos Rey Estremera¹⁷



¿Quién no lo conoce? Pero por si acaso, aquí está su imagen¹⁸. Es un rompecabezas tridimensional que solo se resuelve cuando cada una de sus seis caras queda de un solo color. Para conseguirlo, el jugador da vueltas y más vueltas al artilugio. Algunos no lo hemos conseguido nunca; otros pueden armarlo en menos de dos minutos e incluso en apenas 30 segundos.

¿Qué tiene que ver este juego, el más vendido del mundo, con el tema de *lo esencial y lo indispensable*, al que vuelvo también hoy? Que a veces conviene dar vueltas y más vueltas a ciertos temas hasta descubrir la clave o claves que mejor los iluminan y resuelven. Es lo que hacemos hoy.

Me pasó hace algunos años. Al leer las MO y lo que algunos autores decían de ellas, había algo que no me cuadraba. Intuí entonces que la clave para comprenderlas estaba en la triple finalidad de su autor. Escribe Don Bosco:

¿Para qué puede servir, pues, este trabajo? Servirá de norma para superar las dificultades futuras, tomando lecciones del pasado; servirá para dar a conocer cómo Dios mismo guio siempre todos los sucesos; servirá de ameno entretenimiento para mis hijos, cuando lean los acontecimientos en los que tomó parte su padre y, con mayor gusto, cuando -llamado por Dios a rendir cuenta de mis actos- ya no esté entre ellos (MO 5).

¡Me parecía tan esencial entender bien estas líneas para captar el sentido más hondo de las MO! Las explicaciones que leía me parecían insuficientes o parciales, pues dejaban fuera partes importantes del texto, predominaba el sentido funcional y utilitarista y no llegaban al meollo de las mismas, al no dar fe ni razón suficiente de la experiencia que Don Bosco tuvo de Dios, de sus opciones más determinantes, de la

¹⁷ Texto inédito para Forum.com.

¹⁸ Inventado por el escultor y profesor de arquitectura húngaro Erno Rubik en 1974.

fuerza que le sostuvo en las mayores angustias y de la gigantesca desproporción entre su humilde condición y la grandeza de sus obras.

Tenía la impresión de que estaba “en juego una *dinámica espiritual superior* que trasciende la literalidad de los textos”¹⁹, “un elemento vital, difícilmente perceptible y definible, transmitido casi por generación espiritual, una sensibilidad, un estilo, un espíritu, una intuición, que crea una misteriosa connaturalidad entre Don Bosco y sus hijos”²⁰.

Lo dicho no implica, estimado lector, que lo que ahora diré sea la verdad absoluta. ¡No! Es solo un intento, que comparto, de entender mejor a mi padre fundador. Además hay nuevos y buenos estudios sobre el tema.

Don Bosco se pregunta: “¿Para qué servirá este trabajo?”, y al responder mezcla tres realidades muy diversas: *norma*, *Dios* y *entretenimiento*. ¿Son tres o una sola triple finalidad? ¿Tienen algo en común? ¿Hay unidad entre ellas? Porque a primera vista no lo parece.

Damos algunas vueltas a este particular rompecabezas de Don Bosco buscando la respuesta. Puede que el lector, como le sucede al inexperto en el uso del cubo de Rubik, se sienta desorientado al leer lo que sigue. No se desanime. Descanse un poco y continúe más tarde; o si lo prefiere, haga una lectura rápida y vuelva al texto otro día, con más sosiego y mayor capacidad reflexiva. Esto, como el citado cubo, tiene su truco y no se resuelve a la primera. Y puede que ni a la segunda, pero se resuelve.

Visión de conjunto

Cuando Don Bosco dice que las MO servirán “de norma para superar las dificultades futuras, aprendiendo la lección del pasado” (1ª finalidad), solemos entender que su larga experiencia nos ofrezca abundante información y criterios prácticos de acción, útiles en nuestro tiempo. Cuando leemos que servirán para “hacer conocer cómo Dios ha guiado siempre todas las cosas” (2ª), los hijos de una cultura laica y de la autonomía del hombre tendemos a interpretarlo como fruto de su visión providencialista, propia de su tiempo. Y cuando añade que servirán “de ameno entretenimiento a sus hijos” (3ª), los habituados a la TV, a internet y a las redes sociales no entendemos cómo narraciones tan antiguas pueden servir para entretener.

Si parásemos aquí concluiríamos que lo que escribió Don Bosco nos es poco útil, pues su experiencia nos resulta lejana y nuestro contexto y desafíos son otros. De hecho, no es probable que la fidelidad a nuestra vocación nos exija opciones tan

¹⁹ BROCARDI, P., *Uomo e santo. Don Bosco ricordo vivo*, LAS - Roma 1990, 52-54.

²⁰ PERRENCHIO, F., *La Bibbia negli scritti di Don Bosco*, LAS - Roma 2010, 11.

radicales como las que él hizo; tampoco que iniciemos, como él, una nueva obra sin ningún tipo de cobertura, que pasemos casi dos años yendo de un sitio a otro o que suframos atentados o persecuciones... Y menos todavía que fundemos una congregación o tengamos un conflicto de catorce años con el Arzobispo..., por indicar algunos hechos de su vida más conocidos.

Podemos alegar que no se trata de eso, sino de aprender su constancia, su adaptabilidad, su capacidad de ganar amigos, de vencer obstáculos, de ser fiel a sus principios, etc. Pero aun así, permanecemos al nivel de los valores, de lo que el hombre puede hacer y conseguir con su esfuerzo y fuerza de voluntad, aunque sea difícil... Pero esto, tratándose de un santo, es claramente insuficiente.

Ampliando horizontes

Las primeras vueltas que hemos dado al texto no nos han aclarado mucho. No parece que la cosa sea por ahí. Descansamos un poco y seguimos..., ahora desde otro punto de vista.

Quien lee al santo fundador constata, sin dificultad, que sus referencias a *la presencia activa de Dios son reiteradas y determinantes*. Las MO surgen, nos dice, de la exhortación repetida de una persona de autoridad, que no identifica, y “del mandato” del Papa Pio IX de escribir todo lo que tuviese *alguna apariencia de sobrenatural* (MO 3.12), lo que además “puede ser útil a la institución que Dios confió a la Sociedad salesiana” (Cf. MO 3.4) y servir para “manifestar las obras de Dios para su mayor gloria, la salvación de las almas y el crecimiento de la Congregación”²¹.

Vista la centralidad de esta cuestión en Don Bosco, nos preguntamos: ¿Y si iluminamos la cuestión que nos ocupa desde el “dar a conocer como Dios ha guiado él mismo todas las cosas en todo tiempo”? ¿Qué pasará? Veamos.

Si damos al verbo *conocer el sentido bíblico de experiencia de Dios*, nos abrimos a una nueva perspectiva y nuestro horizonte se amplía. Si nos fijamos en la frecuencia con que Don Bosco *se refiere a Dios, a la búsqueda de su gloria y a la salvación de las almas*, sin atribuirlo sólo a la cultura de su época, intuimos, con fundamento, que busca lo mismo que Jesús: hacer la voluntad del Padre. Y si *tenemos la experiencia personal de que Dios cambió nuestras vidas*, entonces conectaremos con él y no podremos dudar de que se refiera a la misma secular experiencia de Israel de *que Dios como Señor de la historia*.

²¹ BOSCO, G., *Memorie dell'Oratorio di S. Francesco di Sales dal 1815 al 1855*. Introduzione e note e testo critico a cura di A. DA SILVA FERREIRA, LAS - Roma 1991 [1º 10-15, nota].

Animados por estos avances, observamos que la 1ª finalidad: “servirá de norma para superar las dificultades futuras...” y la 3ª: “servirá de ameno entretenimiento para mis hijos...” tienen consistencia y sentido propios, pues se basan en la vida real: la experiencia de Don Bosco (1ª) y nuestro afecto por él (3ª). Dicho de otro modo: la experiencia del pasado es lección para el futuro y el recuerdo del padre ocasión de nostálgica pero agradable conversación. Pero sin la 2ª: “servirá para dar a conocer cómo Dios mismo guió siempre todos los sucesos...”, el pasado es sólo eso: experiencia de la vida y anecdotario nostálgico. Sin conciencia de que Dios es el “Señor de la historia”, no se puede ir más allá de lo meramente antropológico.

La 2ª finalidad es paradójica: no tiene consistencia propia, sino que necesita de las otras dos para existir y solo existe en ellas. Pero cuando esto sucede, proporciona un nuevo sentido, tanto a la experiencia del pasado como al recuerdo nostálgico, y las proyecta más allá de ellas mismos, hasta su origen, fuente y fundamento: Dios mismo. Veamos:

La experiencia del pasado (1ª), permaneciendo tal cual (nivel antropológico), es también experiencia de Dios que actúa en la historia, cuida de los suyos y es de fiar (nivel de fe). Ésta parece ser la Gran Lección que el pasado aporta y que Don Bosco propone a sus hijos como norma: vivir en confianza y abandono en Dios es la mejor garantía de futuro.

El recuerdo de aquello en que tuvo parte el padre (3ª), siendo motivo de diálogo nostálgico, lo es también de entretenimiento y gozo porque los frutos de la acción de Dios en él muestran que la historia está impregnada y llena de Dios, lo que como creyentes nos alegra y nos mueve a compartir sentimientos y vivencias.

Así, la 2ª finalidad, respetando el sentido inicial de las otras, les confiere un sentido más hondo: el propio de la Historia de la Salvación, que prevalece.

La gran lección del testigo

En efecto. Si lo que Don Bosco busca es, al igual que Juan, dar testimonio de lo que ha visto, oído y palpado (1Jn 1,1-4), entonces se nos confirma que la Gran Lección (norma) que quiere que sus hijos aprendan es esta: *reconocer la presencia de Dios en la historia y aprender a leer e interpretar los acontecimientos desde Dios*. Recordar cómo esto se dio en él y actualizarlo en sus propias vidas, no solo les evitará errores, sino que será para ellos motivo de ameno entretenimiento y de gozo, como lo es para él hablarles de sus intimidades (MO 5). Dicho de otro modo: la evocación de su experiencia personal del auxilio divino, junto con la de sus hijos, configurará sus corazones, como configuró el suyo (Ez 36,26-27), en la certeza de fe de que Dios cuida de todo y les llevará a vivir confiados en él. Éste es el, definitivamente, el criterio o norma del pasado que asegura la superación de las dificultades futuras.

Nuestro particular rompecabezas ha adquirido un nuevo color: el de la esencia del vivir cristiano, reflejado en Don Bosco. Paramos, pues, de dar vueltas y contemplamos, sorprendidos y agradecidos, el don de Dios en nuestro padre fundador. Queda claro que remitirnos a las gestas de Dios en él nos es de gran utilidad y comentarlas motivo de ameno entretenimiento y gozo.

En contraste con la sensación de pobreza e insuficiencia de nuestro planteamiento inicial, la densidad de este último sintoniza con la experiencia global de Don Bosco y el multiseccular testimonio bíblico. El motivo es claro: la lectura de la Biblia o de un santo, desde cualquier perspectiva que no sea la de la fe, siendo legítima, no está a la altura de su verdadero sentido.

Conviene recordar algo elemental, que suele olvidarse: la fe no es una interpretación de los hechos sino iluminación del corazón humano, por parte del Espíritu Santo, para captar la presencia de Dios habitando en el hombre y en la historia. Solo en Dios y desde Dios es posible alcanzar el sentido más hondo y verdadero de ambos.

Dios impregna, vivifica y transforma toda la realidad. Tener experiencia de ello no solo ilumina, sino que configura el corazón humano, haciendo de la confianza y del abandono en Dios norma (criterio) de acción ante las dificultades del futuro, como lo fue en el pasado. Esto crea identidad de fe, certeza de que Dios no falla y de que vivir fundamentado sólo en Él es posible y muy deseable.

El cristiano, en toda circunstancia y como quiera que le vayan las cosas, es siempre confiado, optimista, alegre incluso, porque cree firmemente que nada ocurre «por casualidad», que Dios nunca se distrae, que es capaz de escribir recto con renglones torcidos y de hacer que acaben bien las cosas que «parecen» ir mal. El cristiano tiene la gracia de creer que todo se transformará en bien, más aún, en un «bien mayor», porque Dios ha de superar el mal (cf Rom 8,28; 5,3-5), porque es el verdadero protagonista de la historia (cf. Dt 32,10-12). Por eso, su confianza, que es optimismo y alegría, no se apoya en el débil fundamento de la psicología, sino en el solidísimo e indestructible de la fe infundida por el Espíritu²².

¿Tiene lo dicho algo que ver con *lo esencial y lo indispensable*? ¡Claro!, en el sentido de que, cuando lo esencial impregna lo imprescindible, en este caso la experiencia de la vida o el recuerdo nostálgico, les confiere un sentido nuevo y una hondura insospechada: la propia de Dios.

Muy útil para vivir..., y muy entretenido.

¡Gracias, Don Bosco, por tu pedagogía con nosotros!

²² A. DAGNINO, *Conformidad con la voluntad de Dios*, en: Dic. Mist., 444-445.

Testigos de Dios en el claroscuro de la vida En la ambigüedad del “poder” y del “tener”

Miguel Ángel Calavia

Lo hemos oído muchas veces, incluso lo hemos predicado en homilías y reflexionado con los jóvenes en los itinerarios de fe: cuidado con el *poder* y el *tener*, pues son incompatibles con una fe cristiana auténtica. Pero todos somos conscientes de que ambos están presentes en nuestras vidas, y no necesariamente las experimentamos como un obstáculo en el camino de la fe. Todo depende de la perspectiva en que las situemos. *Poder* y *tener* configuran, por tanto, otro de los claro-oscuros de nuestra vida: pueden ser vehículo para el anuncio del Reino y del amor y servicio cristianos; o pueden ser síntoma de una búsqueda más o menos obsesiva de la propia realización, al margen de todo y de todos.

Esta ambigüedad la experimentamos cuando revisamos nuestro testimonio, como cristianos y consagrados, en una sociedad en las que el *poder* y el *tener* forman parte del contexto socio-cultural y son objeto de búsqueda en todos los niveles sociales.

1. El “poder” como posibilidad, o como prepotencia e imposición

La palabra “poder” es ambigua. Resuena dentro de nosotros con matices diversos, dependiendo siempre de nuestra biografía e historia personal y del momento en que estamos viviendo. Suena a “posibilidad”, pero también a “imposición” y a “prepotencia”.

Decir “yo puedo”, en efecto, es descubrir que es posible algo nuevo y distinto en mi vida, gracias a los dinamismos y posibilidades de mi persona. El niño nace casi indefenso, casi sin poder; pero a medida que crece va siendo consciente de sus posibilidades en el campo físico, intelectual, relacional, afectivo.

Pero el problema aparece cuando la capacidad de *poder* se convierte en una carrera más o menos fanática hacia una pretendida prepotencia: El “seréis como dioses” bíblico o el Prometeo encadenado por querer apoderarse del fuego de Zeus, son una muestra del manejo de una inadecuada omnipotencia. Pero también lo es la fantasía

de la impotencia, reflejada en aquellas personas, que como Sísifo, se consideran nadie o poca cosa.

Omnipotencia e impotencia amenazan, pues, el sano crecimiento y la maduración del *poder* humano.

2. El “tener”, una palabra necesaria pero peligrosa...

Vivimos en una cultura del tener y poseer. Lo cual, en principio, es bastante normal, pues necesitamos *tener* para vivir. Tenemos nombre, apellidos, saberes, afectos, responsabilidades, status social, dinero y otras muchas cosas materiales... Es difícil *ser* sin *tener* algo; pero *teniendo mucho* es casi imposible *ser* en profundidad.

Necesitamos cosas, de todo aquello que hace la vida más fácil, pero sin dejarnos anestesiar por una sociedad que se las ingenia para crear nuevas necesidades, para así apuntarnos a la cola del consumo desenfrenado. Por eso no es fácil el equilibrio: Hay que *tener* lo necesario para *ser* de verdad, pero hay que liberarse de aquello que lo impide.

Se rompe este equilibrio cuando de tanto decir “yo tengo”, acabamos creyendo y afirmando “yo soy”. Entonces lo que tengo destrona y sustituye a mi ser más auténtico, y acaba erigiéndose en norma de vida, de éxito, de triunfo. Es como si el médico auscultara el vestido que llevamos para conocer el estado de salud de nuestro organismo.

Aprender la sabiduría del *tener* es mantener ese sano equilibrio entre necesidad, deseo, renuncia y libertad de ser lo que somos. Es conocido un cuento de Tony de Mello que ilustra esta sabiduría: Tres novicios budistas caminaban por la selva hacia un monasterio, en humilde y devota peregrinación. Al llegar a la orilla de un caudaloso río e intentar pasarlo por un vado, encontraron a una bellísima joven llena de miedo por la impetuosidad de la corriente. Ella les pidió por favor que le ayudasen a pasar el río. Uno de aquellos fornidos novicios la cogió en brazos y cruzó el río por el vado, dejándola en la otra orilla. Los tres novicios prosiguieron su camino hacia el monasterio; y uno de ellos, observante y puro, no dejaba de murmurar constantemente: “has tocado a una mujer, la has cogido en brazos, has tenido contacto con su piel”. El camino continuaba, y el novicio observante no cesaba en sus reproches. Al cabo de tres días, el fornido novicio que había ayudado a la joven a pasar el río, se paró y dirigiéndose al observante, le dijo: “tienes razón, toda la razón. Yo ayudé a la joven a pasar, cogida en mis brazos, el vado de aquel río; pero entre tú y yo hay una diferencia: yo la dejé en la orilla, y tú llevas tres días y tres noches con ella, pensando en ella”

3. Testigos de Dios...

Es cierto que la carrera por el *poder* y el *tener*, con todas sus manifestaciones, ha oprimido e incluso aniquilado otros sueños y perspectivas de vida más humana. Y es que cuando el *poder* y el *tener* empiezan y terminan en uno mismo, ambicionan y devoran todo lo que encuentra a su paso. Incluso están en el origen de la pérdida de la fe, llevando a muchos creyentes a la indiferencia religiosa o al secularismo

No por eso hay que tener miedo al *poder* y al *tener*; se trata de manejarlos con cuidado; sin apegarse ni identificarse con ellos como si fuera nuestra segunda piel; sabiendo que es una herramienta de servicio y solo así se justifica su uso.

Pero el equilibrio en el uso del *poder* y del *tener*, como cristianos y consagrados, no es el resultado de meras estrategias psicológicas o ascéticas; es un fruto de la calidad de nuestra fe, y por tanto pone a prueba nuestra capacidad de ser testigos de Dios en este *claro-oscuro* de la vida. Indicamos dos perfiles de este testimonio:

Vivir la centralidad de Dios, sin pretender llenar los huecos del espíritu con cosas superfluas o utilizando a las personas

Ser testigos de Dios en este claro-oscuro del *poder* y del *tener* implica revisar constantemente el lugar ocupan las cosas en nuestra vida, convencidos de que ningún cargo, rol u objeto llenan plenamente nuestro corazón; por eso no absolutizamos o idolatramos aquello que es solo un medio en nuestra vida y misión.

Jesús ya ponía en guardia a los discípulos de caer en la codicia, pues *la vida no depende de los bienes* (Lc 12, 15), o de poner la esperanza en el dinero al ser incompatible con la comprensión y aceptación del Reino de Dios (Lc 18, 25)

Este testimonio es una alternativa en una sociedad consumista con la nuestra, donde el *tener* es el ámbito en el que se construyen y se desvanecen la mayoría de los sueños y esperanzas humanos

Lo mismo se puede decir de la experiencia del *poder*. El ejercicio del poder en nuestra sociedad muestra signos que apuntan más al beneficio y prestigio personal o de partido, que no como “posibilidad” de ofrecer un servicio al bien común, sobre todo a los más necesitados.

Como testigos de Dios, es bueno que nos preguntemos por el lugar que ocupan las personas (los hermanos, los jóvenes...) en nuestra vida y la relación que tenemos con ellos. No es ningún secreto en la vida comunitaria y en la misión educativo-pastoral, que las relaciones pueden estar presididas por la gratuidad y el servicio, pero también por el interés y el beneficio propios; en ese intento, nada evangélico, de llenar los huecos o lagunas de la propia persona o compensar soledades y desvalimientos afectivos.

También en este aspecto, Jesús invitó a los discípulos a ser alternativa a todas las manifestaciones de la erótica del *poder*, invitando a la gratuidad y al servicio desinteresado: *Os he dado poder sobre todo el ejército del enemigo...y nada podrá haceros daño. Si embargo no sea vuestra alegría el que se os sometan los espíritus; sea vuestra alegría que vuestros nombres están escritos junto a Dios (Lc 10, 17-20)... Sabéis que los que pretenden gobernar a los pueblos los tiranizan y oprimen; no sea así entre vosotros, el que quiere subir, sea servidor vuestro, y el que quiera ser el primero, sea esclavo de todos.* (Mc 10, 43s)

Esta alternativa evangélica en la manera de abordar el *poder* y el *tener* conlleva una experiencia previa, vivida por el mismo Jesús y por tantos santos a lo largo de la historia: la *centralidad de Dios como cimiento y futuro de la propia vida*. Con palabras de Pablo, la experiencia de que en Él *vivimos, nos movemos y somos* (Hech 17, 28) y ya *no soy quien vive, es Cristo que vive en mí* (Gal 2, 20), o la de Teresa de Jesús: *Solo Dios basta*.

Eliminar los lastres que dificultan el trabajo por el Reino, convencidos de que somos testigos por lo que somos

Ser testigos de Dios en este claro-oscuro del *poder* y del *tener* implica también vivir y actuar desde el convencimiento de que somos significativos para los demás por lo que *somos*, y no por el poder que tenemos o el rol que representamos, y menos todavía por las cosas de las que nos rodeamos. Solo así nuestro testimonio es alternativa en una sociedad que califica a las personas más por lo que tienen o el poder que ostentan, que por lo que realmente son.

Semejante convencimiento influye también en los criterios y actuaciones en el campo pastoral. Concretamente nos ayuda a abordar el trabajo pastoral confiando más en las posibilidades de los jóvenes, en la sinceridad y coherencia de nuestra vida y en definitiva en la presencia del Espíritu, que trabaja siempre en ellos y en nosotros; y poniendo en un segundo plano las estrategias e instrumentos que utilizamos; y, desde luego, dejando de lado los miedos y complejos que tenemos.

Como los apóstoles, y no por nuestros méritos sino por nuestra configuración con Cristo Jesús, también a nosotros se nos ha dado poder y autoridad sobre todos los demonios y enfermedades que esclavizan a nuestros jóvenes (cf. Lc 9,1), y así abrirles el horizonte del Evangelio. Pero semejante responsabilidad hay que llevarla a cabo, como dice Pablo, sin pretensiones: *que nadie se tenga en más de lo que hay que tenerse, según el nivel de fe que Dios haya repartido a cada uno* (Rom 12,3). Con total disponibilidad ante la urgencia del Reino; solo así se comprende y se vive la recomendación de Jesús: *no llevéis nada para el camino: ni bastón ni alforja, ni pan ni dinero, ni llevéis dos túnicas* (Lc 9,4). Y sin vivir obsesionados o agobiados por los medios o las estructuras, porque las personas son más importantes, y además Dios nuestro Padre ya sabe que necesitamos de todo ello (Cf. Mt 6, 25-34)

Si hay algo que nos debe preocupar para hacer más posible y creíble nuestra vida comunitaria y el trabajo pastoral, es la renovación y el crecimiento en el seguimiento de Cristo, porque *al que produzca se le dará, pero al que no produzca se le quitará hasta lo que cree tener* (Lc 8, 4, 21-25).

La experiencia nos dice que pararse en el camino de la fe, o vivir obsesionados por lo que no es fundamental, es añadir *lastre* a las posibilidades de nuestra vida y misión.

Para la reflexión personal y diálogo de la comunidad

- 1. ¿Cómo resuenen en este momento de mi vida las palabras “poder” y “tener”? ¿Cómo frustración por no tenerlos, o cómo añoranza de tiempos pasados cuando los tenía? ¿O cómo medios, entonces y ahora, para el servicio de los hermanos y de los jóvenes?*
- 2. Nuestra condición de cristianos y salesianos nos pide situar el poder y el tener al servicio del Reino de Dios. ¿Este criterio está presente en la reflexión y comunicación de la comunidad?*
- 3. Ser testigos de Dios en el poder y en el tener, implica algún novedad o cambio en la vida y misión de la Comunidad*

🎯 Pastoral juvenil

Significatividad de la pastoral juvenil en el ámbito de la reestructuración de las congregaciones

Rosa Ruiz Aragoneses²³

1. Para empezar, un “pero”...

Es un pero posible... No sé si la PJV está siendo -de hecho- significativa en los procesos de reestructuración que todas las Congregaciones, de un modo u otro estamos viviendo. Pero sí sé que creo en la importancia que tiene hoy este tema y de lo mucho que nos jugamos al incluir esta pastoral como criterio o dejarla fuera.

No se me ha pedido que fundamente ni oriente la reestructuración de las congregaciones ni que diga cómo podría ser una PJV más significativa hoy (aunque algo de las dos cosas habrá). Mi objetivo es transmitirlos como agentes de pastoral y responsables de la animación en las Congregaciones, que si vosotros no estáis convencidos de la significatividad de la PJV para el futuro de nuestras Congregaciones, más allá de “tener” más o menos vocaciones, los procesos de renovación que Dios pide en este momento de la Historia, quedarán cojos. Y eso, es una tarea y una responsabilidad vuestra, nuestra... de todos.

Serán los equipos de gobierno o las personas que cada Congregación decida quienes lleven a cabo los procesos, pero los implicados en PJV pueden aportar una mirada y un corazón propios, desde esta perspectiva. No porque sea la única importante, sino porque creo que lo vocacional está llamado a ser de alguna manera, el corazón de todas ellas. Hay que tener en cuenta la sostenibilidad económica... hay que tener en cuenta el futuro de nuestros jóvenes y el presente digno de nuestros mayores... hay que responder al patrimonio y a las estructuras apostólicas creadas... Pero nada de esto podemos hacerlo bien si no está animado por el anuncio del Reino a los que han de venir... y a los que están.

Ahora bien, seguramente, ni todas las PJVs pueden ser significativas en procesos de reestructuración, ni todos los movimientos o decisiones congregacionales pueden ser campo de juego apropiado para una PJV vital. No es tiempo de atajos pero tampoco podemos dejar las cosas como están y esperar a que cambien solas... No

²³ Religiosa de María Inmaculada Misionera Claretiana.

solo sería ingenuidad. Es irresponsabilidad y podemos estar quemando a mucha gente por el camino, religiosos y laicos que se involucran en nuestros procesos y les mareamos. No tomar decisiones es también una forma de decidir. Y creo que una de las peores porque nunca nos responsabilizamos de las consecuencias²⁴.

Voy a tener dos momentos en la charla. Uno primero para pensar juntos qué PJV puede ser significativa hoy en estos procesos que vivimos. Y una segunda parte en que también pensemos qué reestructuración es capaz de dar significatividad a la PJV hoy.

2. Una PJV significativa que

Responde a una nueva Cultura Vocacional y la promueve

No hay duda del interés por la pastoral vocacional en las congregaciones, en la Iglesia e incluso últimamente en el magisterio eclesial. Sin embargo, también podemos reconocer con paz que quizá en los últimos tiempos hemos ido olvidando algunos principios fundamentales para la PJV²⁵. Entre ellos, hoy se habla intensamente de promover una cultura vocacional²⁶. Más allá de modas es, sin duda, una llamada prioritaria, un “signo de los tiempos” que nos está gritando y que corremos el peligro de creer que ya lo vivimos por ser un término conocido y usado y por incluirlo en nuestras programaciones y planes. Sin embargo, creo que no llegamos a ver del todo el cambio de paradigma tan radical que supone y las consecuencias que traería tomarlo en serio.

Aparece como tema específico en el *Instrumentum Laboris* del Sínodo de Obispos sobre Nueva Evangelización (cf. nn 159-161), aparece en escritos, charlas... La preocupación es sincera, pero a la hora de la verdad todavía nuestro discurso y nuestros deseos van por un lado y nuestras decisiones organizativas y apostólicas por otro. Podríamos decir que vivir la vida como vocación no es tan evidente, como si “*el elemento vocacional intrínseco a la fe cristiana se hubiera desplazado en la vivencia*

²⁴ Cf. M MARTÍNEZ HIGUERAS, *Actitudes personales y comunitarias. Requisitos imprescindibles ante el proceso de mejora y organización*. J.C.R. GARCÍA PAREDES-F.PRADO (ed): *Revitalización carismática y mejora organizativa* (Publicaciones Claretianas 2007) 249-264.

²⁵ Cf. I. DINNBIER, *La pastoral vocacional ante el joven de hoy* (Frontera Hegian 2010, n? 72)

²⁶ Desde 1993 venimos hablando de “cultura vocacional” a raíz del mensaje de la XXX Jornada Mundial de Oración por las vocaciones de aquel año. A este tema se dedicó el Congreso Europeo sobre las Vocaciones al Sacerdocio y a la Vida Consagrada en Europa (1997), el III Congreso Continental sobre las Vocaciones al Ministerio Ordenado y a la Vida Consagrada en América del Norte (2002) y en 2009 el Congreso Vocacional en Oriente. Por tanto, una llamada eclesial y transcultural. Juan Pablo II se refirió a tal concepto repetidas veces en sus intervenciones magisteriales. Benedicto XVI ha señalado el creciente desaliento en familias, educadores, evangelizadores, ante una cultura que parece no favorecer lo vocacional. También en las Conclusiones de la Asamblea Nacional de Pastoral Vocacional, celebrada en Toluca, México (mayo de 2008), los términos ‘cultura’ y ‘cultura vocacional’ son centrales. Y ha sido el tema del último congreso Latinoamericano en Costa Rica (febrero 2011).

de la fe de muchas comunidades a una zona marginal sin que constituya parte del núcleo esencial”²⁷:

“La escasez de vocaciones específicas es, sobre todo, carencia de conciencia vocacional de la vida o bien, carencia de cultura de la vocación (...) Se impone, en este momento, un razonamiento nuevo sobre la vocación y sobre las vocaciones, sobre la cultura y sobre la pastoral vocacional. El congreso ha creído percibir una cierta sensibilidad, ya largamente extendida respecto a estos temas, proponiendo, sin embargo, una «sacudida» adecuada para abrir tiempos nuevos en nuestras Iglesias (NVNE 13).

Sin duda, la CV será vivida y promovida por todas las instancias congregacionales o no llegará a ser verdadera CV, sino más de lo mismo. Pero no es menos cierto, que quienes estamos implicados directamente en la PV tenemos una responsabilidad clara. Ya en el documento *Nuevas vocaciones para una nueva Europa* (NVNE)²⁸ se presentaba la promoción de una nueva cultura vocacional en los jóvenes y en las familias como un componente de la nueva evangelización y **“probablemente -dice el documento- es el primer objetivo de la pastoral vocacional o, quizá, de la pastoral en general”**.

Sin duda, el momento actual es difícil y requiere muchas y diversas respuestas (profesionales, estructurales, económicas...) No vale una única acción. Nuestra sociedad es mucho más plural e hipervinculada que todo eso. En época **de crisis** y de cambio aumenta siempre la demanda de futurólogos, pitonisas y echadores de cartas (lo vemos ahora en España). **Se buscan soluciones** rápidas, fáciles y seguras. **La CV no aporta** ninguna de las tres cosas. Es más fácil pero menos eficaz, seguir corriendo tras la escasez, el lamento y el vertiginoso ritmo de nuestro mundo actual, intentando alcanzarlo para dar respuesta (casi siempre mimética y por tanto, estéril). La CV es un “salto cualitativo” (NVNE) pedido por la Iglesia. Es vivir la vida como vocación. La nuestra... ¡y la de todo ser humano! Responder con la CV a la situación actual de descenso vocacional, escasez de fuerzas personales y económicas, desprestigio de nuestra vida en muchos lugares, etc... **es, ciertamente, un SALTO teologal, de confianza**, al estilo de Indiana Jones.

Generar una CV nueva podría ser hoy la respuesta que podemos dar con mayor fecundidad porque ninguna otra atañe tanto al corazón o a la raíz de nuestra vida como la vivencia vocacional de toda persona. Cuando hay muchos frentes que atender es fácil cierta dispersión... Vamos, venimos... **queremos hacer cambios, pero a veces nos falta una raíz vertebral desde donde hacerlo... Creo que promover y vivir una CV es uno de los mejores servicios que podemos hacer por el Reino. La PV** será significativa para la reestructuración entendida no como

²⁷ G. URÍBARRI, *La vida cristiana como vocación*: Todos Uno 149 (enero-marzo 2002).

²⁸ *Nuevas vocaciones para una nueva Europa (In verbo tuo...)*. Documento final del Congreso Europeo sobre las Vocaciones al Sacerdocio y a la Vida Consagrada en Europa (Roma, 5-10 de mayo de 1997).

un conjunto de actividades sueltas hechas para los jóvenes, sino como creadora de CV para todos, los de dentro y los de fuera.

No quisiera dejar de recordar que hablar de CV es hablar de CULTURA y por tanto, hay que aplicar los mismos parámetros y definiciones que manejamos con cualquier otra cultura: ese “entramado estable de significados compartidos... que nos hace ser lo que somos, de modo que recrea y modela nuestra identidad”²⁹ y que siempre busca transmitirse a las siguientes generaciones.

Dicen los sociólogos y filósofos que las culturas no tienen vida propia, es decir, su buena o mala salud depende de los sujetos que la viven y expresan. Además, conviene no olvidar que, por definición, esos significados compartidos se alimentan de creencias verdaderas o falsas, conscientes o no, que están generando actitudes consistentes. Cuanto más estables son estas actitudes, más se agrupan formando valores que determinan nuestra conducta o el modelo ideal de vida de ese grupo. Si todo grupo humano genera una cultura propia, nuestras congregaciones también. Aunque a primera vista pareciera que todos somos iguales y hacemos lo mismo, no es verdad... Está ese entramado oculto y en su mayoría inconsciente, como la masa del iceberg, sosteniendo acciones y decisiones y dándonos un aire de familia que quizá no podemos explicar, pero sí percibirlo. El modo de hacer PJV en una congregación también participa de esta cultura interna y sin duda, está afectando siempre a la CV que queremos gestar y promover. Cuanto más cerrado y endógeno sea el grupo, más dificultades para caer en cuenta de las propias creencias internas que nos están fortaleciendo o debilitando.

La CV la proponemos, sostenemos y alimentamos quienes compartimos ESA determinada visión de la vida y valores... y no otros. En una Iglesia vocacional, todos *somos* animadores vocacionales (NVNE 6c) y la crisis vocacional de los llamados es también, hoy, crisis de los que llaman (NVNE 19d). *Que la* opción por la PV en cada congregación se haga realidad en cada hermano/a, como compromiso vital que a todos nos interpela y urge, implica que la CV engloba toda la vida del instituto (porque es colectiva o no es), no solo la PV. Y aquí es donde creo que una PJV que se forme decididamente al servicio de la CV y no de sí misma, que se organice para promoverla y haga propuestas en este sentido, será significativa para nuestros organismos y familias religiosas.

Es más fácil que reorganicemos y pensemos sobre acciones, fruto de esos significados compartidos... pero qué pocas veces nos atrevemos a bucear en el agua helada donde se esconde la masa de hielo del iceberg de nuestra cultura. Quizá por eso, muchos planes estratégicos y buenas acciones aprobadas por todos, acaban frustrándose. Solemos hablar más de la parte visible pero no de las creencias que no nos decimos... Los comentarios frente a la tele en las noticias pueden ser un lugar muy fecundo para detectar estas creencias vocacionales de fondo: opiniones sobre las familias de hoy, expectativas ante el futuro de los jóvenes, su capacidad o

²⁹ X. QUINZÁ, *Formarse es transformarse*, CONFER 46 (2007) 340.

incapacidad para el compromiso, la vivencia esperanzada de la Iglesia y del futuro de la propia congregación o todo lo contrario, la confianza en que es Dios quien lleva la Historia o más bien depende del éxito de un partido político o del fatalismo que nos envuelve:

“¿hemos renunciado a tener herederos? ¿No tenemos quien se anime a seguir a Jesús en esta vocación porque hemos interiorizado que ya no es camino útil en las circunstancias de nuestra iglesia? ¿O es que las motivaciones profundas de nuestra vida han dejado de interesar a los jóvenes sanos de hoy, que los hay, como los ha habido siempre? (...) Es cierto que el desarraigo de las jóvenes generaciones no les dirige fácilmente hacia las orillas de nuestros grupos religiosos. Pero si el problema radica en que hemos renunciado, al menos inconscientemente, a tener herederos, entonces es más un problema nuestro que de los mismo jóvenes”.³⁰

Vivir la vida como vocación implica renovar nuestras creencias, nuestra sensibilidad y nuestra praxis, los tres ámbitos implicados en cualquier cultura. Es decir: renovar nuestra teología vocacional (ideas-ideología), nuestra espiritualidad vocacional (actitudes-sensibilidad) y nuestra pastoral vocacional (acciones-praxis)³¹. Nos jugamos mucho más que transmitir nuestro carisma a las siguientes generaciones, garantizar la permanencia de un Instituto o trabar una buena pastoral vocacional. Por eso me atrevo a calificarlo de respuesta teologal. Y en nuestros ámbitos, cuando no se responde teologalmente, se dan respuestas cuasi-religiosas... es decir, bajo capa de religión. Y eso es un peligro... enorme. La gente y especialmente los jóvenes huyen de todo lo que les huele a cumplimiento vacío o a apariencias, falta de autenticidad. No quiere decir que ellos lo sean, pero lo buscan.

Si nuestra PJV sigue midiendo su éxito por el número de candidatos que han iniciado el prenoviciado en casa, no está viviendo la CV. Si las acciones que promueven sólo se dedican a esta área, no está promoviendo la CV. Si la vocación laical no tiene mucho que decir en nuestra PJV y en el mejor de los casos sólo son ayudas puntuales para labores que nosotros no podemos hacer, no está al servicio de la CV. Si la congregación no percibe en quienes llevan adelante la PJV un interés real y serio por la fidelidad vocacional de cada persona, y por tanto, la necesidad permanente de renovación en todos los miembros, seguiremos abriendo brechas entre pastoralistas más o menos formados y cercanos a los jóvenes, con cierta mentalidad y espíritu flexible y comunidades religiosas ocupadas y preocupadas por otros asuntos que poco tienen que ver con esto. Es un dato objetivo, con todos los matices que queramos hacer, que los nuevos movimientos o realidades que llaman la atención por el gran número de vocaciones consagradas, son carismas que cuidan la CV, el sentido de la vida desde Cristo sin ningún reparo y, de hecho, alrededor de estos

³⁰ Cf. X. QUINZÁ, *El horizonte de una nueva cultura vocacional* (CON ÉL, n2 4, II, 2012).

³¹ Cf. A. CENCINI, *No cuentan los números. Construir una cultura vocacional* (Paulinas 2012) 21.

núcleos no solo crecen las vocaciones consagradas apostólicas y contemplativas sino laicales, matrimonios, sacerdotes, familias...

Hace poco leía un artículo -para mí al menos, duro- que llevaba por título: “¿Por qué muchos institutos no acaban de renovarse?”³² Decía cosas como ésta:

... No se renuevan porque realmente no quieren hacerlo... sistemáticamente rechazan casi todo ofrecimiento que les viene hecho desde lo alto como para concretar las necesarias transformaciones, dado que “ya *está* bien así y *con* lo realizado ya hemos cumplido”... Poca gente o por poco tiempo hace opciones permanentes de vida en nuestros institutos, en los que incluso a nosotros mismos, muchas veces, *nos* resulta difícil perseverar... La inercia institucional relega a quienes podrían aportar algo novedoso... Cada vez *es más* difícil un relevo, un cambio de orientación, ya que la matriz institucional del conjunto solo podría ser regida por personas que socio culturalmente participen de ese *mismo* estilo o talante o que en el mejor de los casos, intenten o simulen una aculturación más o menos artificial y nunca del todo bien lograda...

La CV implica creer de verdad que ninguna vocación se resuelve en un día concreto, sino que conlleva toda la vida. No basta con sembrar... ni siquiera con recoger... Se precisa una cierta armonía, una visión unitaria de qué somos, dónde vamos y cómo queremos llegar allí. Y sin embargo, con frecuencia, la urgencia de lo inmediato nos puede impedir esta visión global, aunque deseemos tenerla. Cada asunto nos exige mayor dedicación y capacitación cada vez y, a veces, podemos sacrificar esta mirada holística en aras de la resolución de asuntos concretos: revisar posiciones provinciales, mejorar la organización de las casas de mayores, ofrecer formación a los laicos en puestos directivos, resolver dónde y con quién se atiende la formación de las primeras etapas...

Para llevar a cabo una pastoral que tenga como horizonte la CV se hace necesaria la animación de los Gobiernos provinciales, la coordinación decidida de las diversas posiciones, formación cualificada... pero la PJV es muchas veces la cara visible, la carta de presentación de una Congregación, al menos entre los más jóvenes. Ojalá también de alguna manera sea el recordatorio permanente de la urgencia de vivir y transmitir el seguimiento como una opción vocacional que se discierne y renueva cada día, hasta el final. Por eso la PJV será significativa si se mantiene en este empeño de responder a una CV nueva, tanto hacia dentro de la institución como hacia fuera.

³² G. DANIEL RAMOS, *¿Por qué muchos institutos no acaban de renovarse?: Vida Religiosa* (marzo 2012) núm. 23, vol 113, 33-39.

Forma parte de una propuesta evangelizadora por el Reino

A veces me han preguntado si realmente debemos hacer PV. Salvando el anacronismo, Jesús no hizo PJV. Pero sí fue continuamente mediación y llamada de Dios para todo el que se cruzaba con Él. Llamó a muchos... confrontó a unos cuantos... acogió a todos. Su interés era anunciarles el Reino, no que lo vivieran de una manera determinada de entrada... Eso siempre es un segundo momento. Quizá es otro punto que nuestras PJsV pueden aportar significativamente a este momento de cambios organizativos en la VR. No sería bueno anteponer la PV explícita al anuncio del Reino en cualquiera de sus formas pero a la vez, creo que nos falta mucho para que la PV sea, según Juan Pablo II, “dimensión obligada de todo plan pastoral”³³.

Muchos dicen que el problema es del entorno, de nuestra sociedad antivocacional... Yo no estoy tan de acuerdo pero aunque así fuera, ¡no importa! Para eso estamos nosotros... Para anunciar, para ayudar a otros a descubrir el tesoro oculto en el campo, para acercarlos a Jesús... Pero quizá hemos priorizado otras líneas. La vida cristiana es constitutivamente vocacional. Mientras no lo vivamos así, difícilmente recuperamos una pastoral vocacional consistente y las propuestas vocacionales concretas no encontrarán lugar propio en nuestros proyectos evangelizadores. Estarán siempre como “de prestado”, un postizo, una pastoral paralela. Y esto, si lo vemos de verdad, tiene que tener reflejos claros en la forma de organizar nuestros proyectos apostólicos y nuestros métodos. No llegamos a todo... eso es claro. Hay que elegir. Y eso es muy difícil, porque no elegimos entre algo bueno y malo sino entre cosas buenas que hay que dejar... No para ser más o más fuertes... Sino para ser mejores y más significativos.

Hace muchos años que venimos hablando del cambio de modelo: de apostar más por propuestas pastorales tipo “red” que “camino lineal”... Y que la pluralidad de experiencias y modos de vivir el proceso exige que quienes hacemos la propuesta tengamos el horizonte muy claro, no fragmentado, sabiendo que se puede llegar a él desde diversos itinerarios para que cada uno haga su propio proceso y a su ritmo³⁴.

No viene mal recordarlo para caer en la cuenta de las implicaciones que esto tiene para organizarnos y para priorizar dónde y cómo queremos estar como VR y como congregación. Y, ciertamente, implica un esfuerzo mayor que en otras épocas para coordinar el proceso, las distintas posiciones y equipos. Alguien capaz de implicar al mayor número de personas sin por ello perderse en la diversidad. Alguien que lidere pero no se quede solo o sola en esta tarea:

³³ JUAN PABLO II, *Carta del Santo Padre con motivo del Congreso de Pastoral Vocacional en el Continente de la Esperanza*. Mayo de 1994.

³⁴ Cf. OBISPOS DEL QUÉBEC, *Proponer la fe a los jóvenes. Una fuerza para vivir*, en D. MARTÍNEZ (ed.) *Proponer la fe hoy* (Sal Terrae 2005) pp.161-191; A. GINEL, «Itinerario» y «proceso» en la acción pastoral (Misión Joven n? 390-391); A. CHORDI, *Los jóvenes nos hacen mover ficha: cómo impulsar la pastoral con jóvenes, aquí y ahora* (Misión Joven, 2006. Julio-agosto n? 354-355).

Vocacionalizar toda la pastoral implica que toda expresión de la pastoral manifieste de manera clara e inequívoca un proyecto o un don de Dios hecho a la persona... O la pastoral cristiana conduce a esta confrontación con Dios, con todo lo que ello supone en términos de tensión, de lucha, a veces de fuga o de rechazo, pero también de paz y gozo unidos a la acogida del don, o no merece tal nombre (NVNE 26 b).

Son todos los agentes los que están llamados a “vocacionalizar toda la pastoral”. También las directoras de un colegio o quienes gestionan las casas de mayores o quienes deciden el calendario de actividades para el año o quienes atienden un comedor social. Como pasa en todas las cosas, si desde el equipo que coordina o la persona que lidera no hay claridad del proyecto que se quiere transmitir o la hay pero no se transmite con suficiente decisión, no saldrá adelante. Si cada una de las posiciones o grupos implicados no sienten realmente que ese proyecto evangelizador “vocacionalizado” es un cauce de calidad para su propio ámbito, buscarán resquicios que acabarán quebrando la propuesta y de nuevo, lo vocacional se convertirá en algo paralelo a todo lo demás, no integrado con normalidad en la propuesta evangelizadora.

La mayoría de nuestras congregaciones, por no decir todas, llevan tiempo buscando coordinar acciones, equipos, multiplicar colaboraciones... pero llega un momento en que la realidad nos plantea si estas colaboraciones son suficientes o se nos llama a una respuesta más radical. Mientras no seamos capaces de tener un proyecto apostólico nuevo que todos lo sintamos como propio en los diversos organismos de una institución, la reorganización será parcial y se reducirá a mover personas y cambiar casas.

Además, la diversidad entre unas congregaciones y otras es enorme. Por carisma, por número de personas y posiciones, por historia... Por eso no creo que se pueda decir que un esquema apostólico para la PJV es mejor que otro: equipo provincial con personas dedicadas plenamente a ello? Con personas en posiciones locales que se coordinan? Sin equipo provincial y optando por algunas presencias locales que se fortalecen y se dejan otras? Creo que todos conocemos ejemplos de ambas cosas. Lo importante es optar por un modelo, el que sea y en ese apostar todo. Si no funciona, se evalúa, se corrige y se sigue caminando. Lo peor es estar dando palos de ciego por nuestra propia indecisión y superponiendo estructuras para hacer más “suave” el proceso. Ciertamente, sí creo que además de buscar alguien que coordine y ayude a tener esa visión global de cuerpo apostólico, hay que cuidar alguna presencia local de calidad, vital vocacionalmente, con una fraternidad rica y fuerzas vivas en la misión. De lo contrario, si no se puede ver, tocar y palpar nada que encarne el proyecto evangelizador que proponemos a jóvenes y menos jóvenes, acabará diluyéndose. Y esto se puede promover y proponer desde la PJV pero es una decisión estructural de la congregación.

3. Una reestructuración significativa que...

Nace de la misión y tiene la misión como horizonte

Todos los artículos y ponencias que conozco en torno a la reestructuración coinciden en que la MISIÓN es el primer objetivo y la razón de ser de cualquier movimiento. Tomar decisiones para garantizar la pervivencia de nuestras congregaciones es lícito y debemos tenerlo en cuenta. Pero si ese es el motor y horizonte y la misión se reduce a un área a la que responder uniendo fuerzas, el planteamiento se hace ambiguo, corto de miras. Un cuerpo que se sabe vocacionalmente apostólico es un cuerpo que acompaña y posibilita una PJV viva y significativa porque sabe que es la raíz de nuestra vida: llamados y enviados.

J. Cristo Rey escribía hace poco haciendo esta distinción:

El principio regenerador de la re-organización para que no resulte caótica o inconsistente es aquel que nos hizo nacer: la misión que viene de Dios y *nos* pide obediencia y creatividad en este momento histórico en el que vivimos... La misión no es solo acción apostólica, también es pasión apostólica... No implica solo a las personas activas porque es también testimonio y testigos podemos y debemos ser todos³⁵.

Aparecen escritos últimamente para decirnos que hay que saber morir, como un don, también en lo referente a nuestros Institutos, si eso es lo que Dios quiere. Pero aprender a morir no es resignarnos a una especie de suicidio asistido o eutanasia corporativa, convencidos de que lo mejor de nuestra vida ya pasó y esto que ahora nos toca, ya no merece la pena vivirse... Es una irresponsabilidad y una profundísima falta de fe y confianza en Dios, Señor de nuestra historia. Si Dios quiere que en algún momento una congregación se acabe y muera no será por ser pocos o muy mayores, sino por haber dejado de tener una palabra y un gesto que ofrecer al mundo en la construcción del Reino. Eso no depende del número pero sí de la actitud vital con la que estemos respondiendo a Dios y a la misión encomendada.

Dice Sandra Scheneiders, teóloga americana, que frente a los que comparan la VR o la iglesia con un dinosaurio pesado, que acabará muriendo y desapareciendo en el proceso evolutivo, hay que recordar que científicamente los dinosaurios no desaparecieron: se transformaron en pájaros más pequeños y más adaptados a las nuevas condiciones del entorno. El problema es si ponemos más fuerzas en no perder nuestra apariencia de dinosaurios que en transformarla para seguir siendo un ser vivo, como Dios quiere que seamos.

Muchos dicen que nuestra sociedad actual está abotargada, medio dormida, “tienen ojos y no ven, oídos y no oyen...” No sé si es verdad del todo, pero sí sé que este mal

³⁵ J.C.R, GARCÍA PAREDES, *Reorganización: kairós, pereza y siete principios*, VR 107, n? 10 (diciembre 2009), 37. A. CENCINI, *Llamados para ser enviados. Toda vocación es misión* (Paulinas 2009).

de vivir como estatuas, puede haberse alojado en nuestra Vida Religiosa, en nuestras comunidades y por supuesto, en nuestro corazón consagrado. En una roca, por grande y firme que sea, no hay vocación, no hay escucha, no hay posibilidad de vivencia vocacional renovada ni de ardor apostólico:

“Hay actualmente un infantilismo espiritual difuso, con varias formas de fuga de la responsabilidad respecto a Dios, de los demás y en último término, de sí mismos (...) Cuantas misas, oraciones, ritos, sacramentos... multiplicados y simplemente echados encima al individuo sin que estimulen una conciencia misionera; cuánta gracia, palabra de Dios y bienes espirituales secuestrados por individuos creyentes, individualistas impenitentes; sobre todo cuánta mentalidad de que ser cristianos significa observar ciertos preceptos, no cometer transgresiones, celebrar cultos... y qué poco somos capaces de difundir la idea de que el que es salvado por la cruz de Cristo, debe hacerse agente de salvación, según un proyecto de vida específico y responsabilizante. Qué poco damos la idea de que ser amados por Dios no es sólo seguridad consoladora, sino que significa ser asumidos por Él -no importa si como obreros o dirigentes, si en la primera o en la última hora-, a participar responsablemente en la obra de la redención, cada uno con una misión personal que cumplir, tan personal que si no la cumple él, quedará un vacío”.

Conocemos mejor a alguien cuando le vemos actuar en situaciones límite, tanto de dificultad como de alegría. En esos momentos salen de nosotros cosas que ni sabemos que tenemos... pero ahí decimos con verdad lo que somos. En las instituciones también puede pasar algo así. Cuando abundan los recursos, las personas y las fuerzas, ¿cómo no íbamos a arriesgar en misiones de frontera, en proyectos creativos y visibles? Pero en una situación de escasez en todos los sentidos y de enorme inseguridad, podemos preguntarnos en qué medida se prioriza el criterio de la misión y de los jóvenes a la hora de reorganizarnos. O hasta qué punto destinamos las fuerzas vivas en proyectos apostólicos de PJV o de compromiso social en lugar de atender otras frentes que también son necesarios.

Promueve una nueva Cultura vocacional

El documento NVNE va desgranando distintos ingredientes para la «nueva cultura vocacional» (NVNE 13) que pide la Iglesia como parte de la *nueva evangelización*. Puede servirnos recordarlo para caer en cuenta que no son criterios aplicables solo a la PJV que los promueve directamente, sino a la vida comunitaria, fraterna, espiritual, formación humana...

1. Es **cultura de la vida y de la apertura a la vida**, del significado del existir, pero también del morir.

2. En especial hace referencia a valores... como, la **gratitud, la aceptación del misterio, el sentido** de lo imperfecto del hombre **y, a la vez, de su** apertura a lo trascendente, la disponibilidad a dejarse llamar por otro (**o por Otro**) **y preguntar por la vida, la** confianza en sí mismo y en el prójimo, la libertad de turbarse ante el don recibido, el afecto, la comprensión, el perdón, admitiendo que aquello que se ha recibido es inmerecido y sobrepasa la propia capacidad, y fuente de responsabilidad hacia la vida...
3. **capacidad de soñar y anhelar...**
4. **cultivar el asombro que permite apreciar la belleza y elegirla...**
5. **el altruismo** que no es sólo solidaridad de emergencia, sino que nace del descubrimiento de la dignidad de cualquier ser humano.
6. **... una cultura capaz de** encontrar valor y gusto por las grandes cuestiones, las que atañen al propio futuro (NVNE 13).

Si lo único que conseguimos al final de este proceso es una buena estructura organizativa y un buen proyecto apostólico ilusionante, será similar a la reestructuración de una empresa multinacional para cambiar los modelos de producción y producir más y mejor. No servirá de mucho, porque nosotros no somos una multinacional ni una empresa, sino un cuerpo apostólico, eclesial, y si no renueva la vida espiritual, la propia vocación personal y comunitaria y, en consecuencia, la misión, esta reestructuración no habrá logrado sus objetivos³⁶.

Crear una Cultura Vocacional carismática no es nuevo... Lo hemos hecho siempre inconscientemente pero ahora se nos pide hacerlo consciente y desde otras claves de comunión de vocaciones, de apertura, de itinerancia, de pobreza y de discernimiento. Esta cultura vocacional carismática será la que las religiosas y laicos que viven un carisma estén generando. Querer cultivar una CV propia, dejando a los laicos como meros espectadores o receptores de nuestro carisma y vocación, es un error, no responde al momento actual. Recordemos una y otra vez que toda cultura es fruto de la interacción de las personas que la viven. No de los de fuera... y no de una pequeña parte, por importante que sea. Nadie arrima el hombro y se deja la vida en algo que no siente como destino propio, parte de su vida.

Todos estos cambios de estructura afectan a obras apostólicas que están llevadas por laicos, por lo tanto, deben estar presentes de alguna manera, no solo ser informados. ¿Cómo acompañamos y cuidamos la vocación laical en nuestra congregación? Dentro de los procesos formativos para la misión compartida, ¿dónde queda el crecimiento vocacional? Ningún apóstol lo es sin experiencia de discipulado. Que el estado primero y más habitual sea el laical seglar no quiere decir que todos los laicos

³⁶ Cf. E.ROYÓN, *La reestructuración de las provincias*, CONFER.

creyentes hayan discernido su vocación y mucho menos que la hayan elegido con radicalidad.

Es un tema complicado. Sin quererlo, quizá hemos dedicado más fuerza, tiempo, personas y dinero a que conozcan a nuestros fundadores sin preguntarnos cuánto conocían y amaban a Cristo, que es el único que da sentido a nuestros fundadores. Y por tanto, hemos podido perder la fuerza vocacional de muchos educadores, profesionales, voluntarios ... La misión compartida puede convertirse en suplencias laborales, amalgama indiferenciada de vocaciones, confusión entre lo laboral y lo vocacional... Hemos de ser claros con nosotros mismos en las motivaciones, en lo que queremos proponer y a dónde queremos llegar.

Toda reestructuración supone también un cambio de acentos y prioridades vitales. De lo contrario... ¿para qué tanto esfuerzo si vamos a seguir teniendo la misma visión y horizonte?

Pasa de "sumas y restas" a... ¡integrales!

Reducir la reestructuración a sumar, restar, multiplicar y dividir es confundir lo que se busca. Las restas y divisiones quizá estén más claras, pero las sumas pueden confundirnos. Al sumar unimos cantidades. Pero hay otra operación: las integrales, que para sumar cantidades fijan un "eje de integración", lo que hace de ellas una herramienta matemática potentísima. Yo soy de letras, pero esta comparación³⁷ me parece muy lúcida. Sumar no siempre es la operación más acertada. En ocasiones lo que tenemos que hacer es integrar. ¿Pero cuál es el eje de integración? ¿Qué criterios usar para poder sumar? Sin duda, es una labor pendiente para quienes se les encomienda la puesta en práctica hoy de la reestructuración congregacional. La PJV puede ser uno de estos ejes de integración porque puede ser un proyecto apostólico que ilusione a todos y es una pastoral llamada a ser "vocación de toda pastoral" (NVNE 26). Una PJV que apuesta por una renovada vivencia vocacional y un acercamiento decidido y confiado a los jóvenes. No se trata de hacer muchas cosas porque podemos darnos a hacer y hacer y no cambiar nada de lo que somos y vivimos que, sin duda, es lo que más nos cuesta.

Seguramente habéis oído hablar de aquella anécdota en una tribu africana:

Un antropólogo propuso un juego a los niños de una tribu africana. Puso una canasta llena de frutas cerca de un árbol y le dijo a los niños que aquel que llegara primero ganaría todas las frutas. Cuando dio la señal para que corrieran, *todos* los niños se tomaron de las manos y corrieron juntos, después

³⁷ *Todos a una con la pastoral con jóvenes*. Comunicación ofrecida en el Encuentro Interdiocesano de Pastoral con Jóvenes para curas y diáconos organizado por las diócesis de Bilbao, San Sebastián y Vitoria en el santuario de Arantzazu en febrero 2008.

se sentaron juntos a disfrutar del premio. Cuando él les preguntó por qué habían corrido así, si uno solo podía ganar todas las frutas, le respondieron: UBUNTU, ¿cómo uno de *nosotros* podría estar feliz si todos los demás están tristes? UBUNTU, en la cultura Xhosa significa: **“Yo soy porque nosotros somos”**.

Cultivar este valor y esta actitud es mucho más que sumar. Tiene en cuenta las peculiaridades de cada provincia o de cada zona, pero gesta una nueva que es mucho más que la suma de las anteriores. Y no puede ser solo nueva en la declaración de intenciones, sino en la estructura, también de la PJV. Si solo unimos fuerzas vivas de cada organismo para una nueva PJV pero no partimos de que alguien nuevo nos lidere e integre a todos y entre todos gestemos un nuevo proyecto, no hay novedad. Hay suma. 5 plátanos y 2 naranjas dan 7 frutas pero los plátanos siguen siendo plátanos y las naranjas, naranjas. Sólo si estamos dispuestos a dejar de ser lo que somos para ser algo mayor que pueda servir al Reino y al mundo en este momento... seremos capaces de ser otra cosa nueva. Cuando ponemos impedimentos para unirnos con otros, por razonables que sean, ¿no será que en el fondo pensamos que vamos a perder algo en esa nueva realidad?

Algo muy concreto a afrontar es cuál será la mejor estructura organizativa de pJV en cada instituto en estos momentos porque las propuestas no se sostienen solas. Es propio de los agentes de PJV ser creativos, soñadores, audaces... Es normal. Pero a veces esa capacidad puede herirnos si no va acompañada de lucidez y el respaldo de la institución con decisiones valientes, ajustadas en el tiempo. Crear nuevas estructuras o equipos pastorales integrando varios organismos, cuando aún no hay una decisión clara ni planificación real para que nazca algo nuevo, puede ser contraproducente, como echar vino nuevo en odres viejos (cf. Me 2, 18-22). Lo nuevo implica dejar atrás lo anterior. Todas las provincias tienen una cultura, una historia y eso es un valor que da identidad a todos sus miembros. Pero cuando ese valor se prioriza por encima de un bien mayor, puede convertirse en un obstáculo, un palo en la rueda de la reestructuración que tendrá como efecto la dificultad en nuestra propuesta vocacional y en los equipos de pJV. En el fondo, quizá, indica falta de confianza en la bondad del momento, viviéndolo más la reestructuración como un mal menor que afrontar por la escasez de fuerzas. Y eso, está abocado al fracaso. No solo apostólico. También fraterno.

No se trata de lograr que todas las “partes” queden tranquilas y representadas, como un sistema de cuotas, sino de ver cómo responder mejor a la misión encomendada. Ojalá fuéramos capaces de discernir juntos con suficiente libertad y generosidad para ver desde los diversos organismos qué persona o personas son más indicadas para una determinada misión, provenga de la cultura provincial y pastoral que provenga.

Cuando sólo “lo nuestro” es verdaderamente nuestro y lo común, común... no avanzamos. Necesitamos creer y vivir que lo común es nuevo y por tanto, tan nuestro como lo mío, lo de antes. Y esto a todos los niveles: económico, personal, de recursos, de ideas, de modos de proceder... Nuevos equipos y proyectos de PJV que

sintamos tan nuestros como el de antes puede ser una potente herramienta en la reestructuración, un servicio que prestar.

No tiene miedo a equivocarse ni a perder

El miedo siempre nos aleja, nos encoge y nos radicaliza. Quien tiene miedo tiende a dar un paso atrás, a protegerse. No puede arriesgar. No puede perder. No sé si en la VR hoy somos tan generosos con los demás como Dios lo es con nosotros. Vivimos angustiados porque bajan las entradas y suben las salidas... no solo de vocaciones sino de dinero. Cada vez pedimos o necesitamos mayores comodidades que antes eran impensables (aire acondicionado, diversas marcas de comida según gustos o personas, nuevas tecnologías...) y en muchos lugares no nos queda más remedio que retirarnos de misiones de vanguardia porque la gente envejece y no somos suficientes para continuar allí.

Podríamos recordar a Ananías y Safira en los Hechos (cf. Hch 5,1-11). No se les reprocha que no den todo sino que pudiendo hacerlo lo nieguen y se guarden parte de sus bienes. ¿No nos pasará algo de esto a nosotros hoy? Creo que la Vida Religiosa y la Iglesia en general da muestras sobradas de su generosidad y solidaridad. Me refiero más bien a “guardarnos” parte de nosotros mismos por temor, por no arriesgar, por no perder, por no equivocarnos... Me pregunto más bien si no estaremos ocultando parte de los dones recibidos como la luz se oculta bajo el celemín (cf. Me 4, 21-23), perdiendo parte de la radicalidad evangélica de nuestra vida. Entre los jóvenes no hay tanto anticlericalismo o anti Iglesia (que lo hay) cuanto una profundísima indiferencia: la VR no les cuestiona nada. No les conmueve. Quizá porque hemos ido adormeciendo lo que a nosotros mismos nos conmovía. Dejadme contaros un cuento:

EL OTRO YO (MICRO RELATO, M BENEDETTI)

Se trataba de un muchacho corriente: en los pantalones se le formaban rodilleras, leía historietas, hacía ruido cuando comía, se metía los dedos en la nariz, roncaba en la siesta, se llamaba Armando. Corriente en todo, menos en una cosa: tenía Otro Yo.

El Otro Yo usaba cierta poesía en la mirada, se enamoraba de las actrices, mentía cautelosamente, se emocionaba en los atardeceres. Al muchacho le preocupaba mucho su Otro Yo y le hacía sentirse Incómodo ante sus amigos. Por otra parte, el Otro Yo era melancólico y, debido a ello, Armando no podía ser tan vulgar como era su deseo.

Una tarde Armando llegó cansado del trabajo, se quitó los zapatos, movió lentamente los dedos de los pies y encendió la radio. En la radio estaba Mozart, pero el muchacho se durmió. Cuando despertó, el Otro Yo lloraba con desconsuelo. En el primer momento, el

muchacho no supo qué hacer, pero después se rehizo e insultó concienzudamente al Otro Yo. Éste no dijo nada, pero a la mañana siguiente se había suicidado.

Al principio la muerte del Otro Yo fue un rudo golpe para el pobre Armando, pero en seguida pensó que ahora sí podría ser íntegramente vulgar. Ese pensamiento lo reconfortó.

Sólo llevaba cinco días solo, cuando salló a la calle con el propósito de lucir su nueva y completa vulgaridad. Desde lejos vio que se acercaban sus amigos. Eso le llenó de felicidad e inmediatamente estalló en risotadas. Sin embargo, cuando pasaron junto a él, ellos no notaron su presencia. Para peor de males, el muchacho alcanzó a escuchar que comentaban: “Pobre Armando. Y pensar que parecía tan fuerte, tan saludable”.

El muchacho no tuvo más remedio que dejar de reír y, al mismo tiempo, sintió a la altura del esternón un ahogo que se parecía bastante a la nostalgia. Pero no pudo sentir auténtica melancolía, porque toda la melancolía se la había llevado el Otro Yo.

Histórica y teológicamente, la VR nace en un momento en que lo cristiano se había hecho tan “normal” y mediocre que ya no interrogaba a nadie. Metz lo califica de “rebelión intraeclesial, exageración de Dios... ser Pasión de Dios”³⁸. Hombres y mujeres que hicieran presente con su vida el “SOLO DIOS” como algo real y verdadero. No porque lo demás fuera malo, sino como *memoria Iesu* permanente y plástica. Nuestras distintas obras apostólicas son formas posteriores de encarnar a Dios en este mundo y hoy tendremos que seguir, como siempre, buscando a Dios, apasionados por él y por el mundo³⁹. Sin esto, perdemos en época de crisis la oportunidad de transformarnos para purificar lo esencial. Nos convertimos en algo insulso, soso... todo lo contrario de lo que Jesús nos pide siendo sal de la Tierra. O simplemente sólo somos atractivos para un tipo de jóvenes que huyen de lo inestable y buscan desesperadamente alguien que les dé seguridad y les diga cómo vivir y qué hacer y qué pensar y cómo rezar... el resto de su vida.

Quizá seguimos queriendo ser los centros neurálgicos de nuestros proyectos apostólicos (colegios, hospitales, área social...) y nos negamos a reconocer que los datos de realidad gritan diciendo que no es eso lo que podemos hacer. No nos dan las fuerzas. Pero estamos olvidando nuestro Otro Yo!, podríamos ser el corazón humano y espiritual de todo ello para los demás. Perdemos poder de decisión pero quizá ganáramos en evangelización, en calidad evangélica. Y eso supone un cambio de mentalidad total. Si sólo nos reestructuramos para no perder poder en nuestras obras, creo que estamos abocados al fracaso, antes o después.

³⁸ J.B. METZ, *Pasión de Dios. La existencia de las órdenes religiosas hoy*, (Herder 1992) 15-16. También así se define la VR en *Lumen Gentium* 43: *pasión de Dios en el interior del mundo y en el seno de la Iglesia*.

³⁹ J.A. GARCÍA, *Desde el Vaticano II hasta hoy, cuatro paradigmas de VR* (CON ÉL, N2 6, etapa II, 2012).

Ofrecer al mundo personas formadas en lo espiritual, personas vertebradas para decir con su vida otra palabra distinta de la que dicen los bancos o los asesores de organizaciones... eso sí podría ser nuestra misión hoy. Eso sí es contracultural. Y eso, sin duda, crearía cultura vocacional. Qué triste sería que la gente cercana a nosotros, buscara en otros sitios lo que en nosotros no encuentra: en sesiones de relajación, de yoga, de meditación, de contacto con la naturaleza o de compromiso con la justicia...

Quizá en algún momento haya que contar con asesores o gente experta en organizaciones y cambios, sin hacernos mucho problema, sin miedo. Con la misma normalidad que si se rompen las tuberías de casa no intentemos solucionarlo nosotras, sino que llamamos a un fontanero... Sin más... Para poder dedicar nuestras fuerzas a lo que nadie puede hacer por nosotras... nuestro Otro Yo...

Cuenta con los jóvenes... y los ancianos

Los macabeos son el mejor de los ejemplos: no los recordáramos si no hubiera habido jóvenes capaces de dar la vida mientras su madre los miraba profundamente apenada y profundamente serena (2Mac 7), porque estaban haciendo lo que querían hacer. No los recordáramos si no hubieran contado con el anciano Eleazar⁴⁰, que lejos de decir frases como “yo ya di la vida... yo he pasado mucho y ahora merezco descanso”... optó por ser fiel a lo más pequeño (un trozo de carne) para dar testimonio a los que vendrán después de que esta vida merece la pena vivirla con radicalidad.

Son una llamada permanente a la fidelidad y autenticidad. Y nosotros, para mucha gente hoy, también estamos llamados a serlo. Quizá, por eso, el mayor riesgo que tenemos no es la disminución

numérica sino la mediocridad espiritual⁴¹ que ya aparecía en *Caminar desde Cristo* (12-13). Una mediocridad que suele ir unida a la búsqueda de poder, al individualismo, al aburguesamiento, a la dureza de corazón... Rasgos que curiosamente son la otra cara de los rasgos que leemos y escuchamos una y otra vez cuando se nos dice qué necesita la VR hoy: ser humildes y sencillos, austeros, fraternos, humanos, cercanos a los más pequeños, comprometidos con la justicia. Y todo esto no puede venir solo de los más jóvenes, suponiendo que eso fuera posible. Necesitamos entrar en esa dinámica todos y a cualquier edad, discerniendo siempre.

La primera Iglesia fue una iglesia martirial, de testigos. Primero es la *martirio*, la referencia a personas que dan la vida en relación a una persona, a Cristo. Y para eso no hay edad. Jóvenes que eligen dar la vida sin doble vida, sin infantilismo, sin

⁴⁰ Cf. 2 Mac 6,18-31.

⁴¹J. ROVIRA, *La vida religiosa en Europa. Realidad actual y actitud teológico-espiritual*: F. PRADO (ed), *A donde el Señor nos lleve. Vida consagrada en el mundo, tendencias y perspectivas* (Publicaciones Claretianas 2004).

refugiarse en ciertas comodidades que da la institución, sin escatimar esfuerzos en nombre de los propios gustos o inclinaciones. Hombres y mujeres ancianos, que a pesar de estar enfermos, débiles, jubilados o inactivos, siguen alegres, centrados, orantes, formados, amando al mundo y al Evangelio. Esa fuerza sería imparable si estuviera activada, porque mayores desde luego, sí tenemos. ¿Acaso no provenían muchas conversiones en los primeros siglos de paganos que veían morir a los cristianos entre los leones? Y justamente, por su forma de morir y acercarse a la muerte, ellos decían: ¿quiénes son estos que cantan y bendicen con paz al salir al foso? ¿Quiénes son estos y qué hay en su vida que les permite vivir así cuando ya no tienen actividad laboral ni fuerzas ni prestigio ni salud?

Contar con los mayores no puede querer decir que sean ellos quienes tomen las decisiones en casa y en la misión. Si dejáramos que todo siga su curso, “una persona joven que entrara hoy en la VR estaría condenada a vivir toda su vida como en casa de sus abuelos: con estilos comunitarios, estilos pastorales, proyectos y métodos que sirvieron a sus padres o a sus abuelos. Con conversaciones, ilusiones y preocupaciones de abuelos.... Nada halagüeño”⁴².

De nuevo, se nos lanza a la confianza: no solo en Dios, sino también en el don recibido que es carisma compartido por todos los que formamos el Instituto en las distintas vocaciones, y confianza en los jóvenes que se incorporan -¡POR GRACIA!- a este proyecto de Dios.

4. Para acabar, “sin peros”: dispuestos a saltar...

El salto teologal: vivir más abiertos al Espíritu

Nadie niega que la situación es complicada. No hay pasos definitivos ni se nos asegura el éxito en las decisiones. Todo lo dicho, de lo más concreto a lo más general, pasa por el salto de FE, de CONFIANZA, al estilo de Indiana Jones: no vamos a ver el camino hasta que no demos el primer paso con pleno convencimiento, sin guardarnos nada. Y entonces, será Dios mismo quien nos ponga suelo firme a cada paso. Pero solo así, a cada paso, como dice el salmo 118: *lámpara es tu Palabra para mis pasos...*

Puede sonar a tópico, pero creo que es lo que nos toca en este momento: algo de oscuridad, bastante noche... También el pueblo de Israel caminaba a oscuras con Dios: *de día en una columna de nube para guiarlos; de noche, en una columna de fuego, para alumbrarles; así podían caminar día y noche* (Ex 13,21-22). Si Dios nos alumbraba en la noche y nos guía de día, ¡no seamos nosotros quien le digamos cómo debe hacer las cosas!

⁴²J.A. GUERRERO, *Reestructuración con Espíritu*, CON ÉL n? 2, etapa II (diciembre 2011) 7.

Así comentó el avance y la magia que supuso el descubrimiento de la electricidad un coetáneo: poder enroscar una bombilla y romper la noche. ¡Romper la noche! Una pequeña, humilde y frágil bombilla puede hacer eso: romper la noche. Quien hablaba así, lo supiera o no, era un poeta... La luz es divina pero la bombilla... la bombilla es nuestra... ¿Cómo ha podido el ser humano descubrirlo?... Han sido personas, seres humanos como nosotros, quienes, volcados con entusiasmo en su trabajo, han ideado la forma de conseguir la luz cuando el sol se va. Podemos romper la noche. No sólo *somos* ingeniosos e inteligentes, no sólo somos tenaces, voluntariosos. *Somos* poetas... Deberíamos tenerlo presente en los momentos de desánimo, cuando el presente nos abrumba con sus injusticias, cuando la impotencia arraiga en nuestro espíritu y *vemos que* no somos nada, una mínima partícula, inquieta y disconforme, que gira con el girar del planeta. Hemos inventado la luz, nuestra luz. Podemos romper la noche. ¿Es la huella divina? Quizá se nos hayan otorgado más dones de los que a primera vista parece que tenemos... Aspirar a tener esa capacidad, la de romper la noche, nos hace grandiosos, heroicos, seres a la búsqueda de lo imposible, de lo sagrado. Seres a la búsqueda de la luz. Ya veces sucede, a veces encontramos la luz⁴³.

En este momento, no pueden tomarse decisiones aisladas, por buenas que sean. Tampoco en PJV. La respuesta será global, en cada Institución, o no se mantendrá. Pero la PJV puede ser memoria vocacional para estos procesos; memoria de que el centro de nuestra vida está llamado a ser también el centro de la reestructuración cuando nos ponemos a organizar y a decidir... porque si no, nos perdemos y no alumbramos. “*Cuanto más lejos del Sinaí, más disminuidos*”, dice un proverbio judío⁴⁴. Cuanto más nos alejemos de aquello que da el significado a nuestra vida, más nos debilitamos.

Tenemos pocos recursos, pocas personas y mucha demanda, mucha mies... Soñar alto es fundamental. Necesitamos guiarnos por los sueños y no por los miedos, pésimos consejeros... Y soñar de tal manera que sepamos que estamos soñando, que no perdemos el contacto con la realidad. No es fácil. Ayudémonos unos a otros en lugar de acusarnos como hacían con José: *¡por ahí va el soñador, la soñadora... miradle!* Cada vez creo más que “llegamos allá donde fijamos la mirada”... pero eso solamente si de verdad apostamos por los sueños en la realidad.

Una pequeña parábola⁴⁵ para terminar a modo de aviso para navegantes:

Una bandada de aves en forma de “V” cruzaba el cielo cuando una nube curiosa que les vio, quiso saber adonde se dirigían y qué planes tenían. Esperó cruzarse en su camino y, con delicadeza, sin molestar ni entorpecer la marcha, que adivinaba sería importante, se acercó cuidadosamente al último pájaro en una de las ramas de la “V” y le preguntó:

⁴³ SOLEDAD PUÉRTOLAS, *Romperla noche* (artículo aparecido en un Semanal. No tengo la referencia).

⁴⁴ A. GESCHÉ, *El destino* (Sígueme 2007) 57-58.

⁴⁵ Herminio Otero / Parábolas en son de paz.

Dime, querido pájaro, si se puede saber y puedes decírmelo, ¿adonde os dirigís en un vuelo tan recto y tan largo, y qué vais a hacer allí?

El pájaro, sin dejar de volar al ritmo de sus compañeros, contestó:

¡Ay, si yo lo supiera! Pero no tengo ni idea. Yo no hago más que seguir al compañero que me precede. Voy adonde va él, y vuelo hacia donde él vuela. Pregúntale a él. Él lo sabrá.

La nube se adelantó un poco, hasta alcanzar al pájaro anterior, y recibió la misma respuesta. Y así fue pasando de un pájaro a otro y de una rama de la “V” a la otra, sin lograr saciar su curiosidad. Todos le decían que ellos no sabían nada y que preguntase a los demás, que ellos sabrían. Pero nadie sabía nada. Cada uno seguía al que tenía delante, sin preguntarse más, y no podían dar respuesta.

A la nube se le acrecentaba la curiosidad con ello, y no le quedó más remedio que dirigirse al pájaro del vértice de la “V” aún a riesgo de molestarlo y distraerlo en su importante tarea de liderar el grupo. Se disculpó y le preguntó a dónde iba con todos aquellos compañeros que los seguían.

El pájaro de guía contestó:

¡Qué más querría yo que saberlo! No tengo ni idea de adónde vamos. Pero todos éstos me vienen empujando por detrás, y no tengo más remedio que seguir volando, aunque sin saber adónde me llevan. ¡Ellos lo sabrán! Pregúntaselo a ellos.

No vamos a terminar así... esto no nos pasa, pero por si acaso, tengámoslo en cuenta. Atrevámonos a preguntarnos y a poner en duda lo que sea necesario, si eso conduce a mayor verdad y a mayor lucidez. No tengamos miedo. Pero tampoco nos volvamos locos recurriendo solamente a los gurús técnicos del momento, que los necesitamos, pero no pueden tener ni la primera ni la última palabra. Por eso quiero terminar con este pequeño fragmento, precioso, que tenéis copiado en las hojas. Esto que se dice de cada persona creo que se puede decir de la Iglesia, de cada comunidad eclesial y por supuesto, de cada uno de nuestros Institutos, porque están vivos y existen porque Dios los ama y si no, no existirían. Tienen una vocación y una misión que los engrandece infinitamente. Y eso es un ámbito “natural” para la gente de PJV... o debería serlo cuando estamos decididos a promover y vivir en una nueva cultura vocacional.

Las decisiones globales son mucho más complicadas que todo eso y la realidad se impone muchas veces... pero podemos romper la noche... No lo olvidemos. Más aún, en nosotras mismas, al interior, donde está el tesoro por el que decidimos dejarlo todo, está el mapa para volar sabiendo donde vamos:

En nosotros se encuentra una dimensión oculta que me gustaría llamar un «mapa del cielo», como el que se dice que tienen las aves migratorias que trazan en el cielo *su* camino [...] Si esto es así, no cabe duda de que es **Importante que volvamos a aprender a descifrar este mapa o esta frase, como si se tratara quizás de nuestro más profundo secreto. Y que, aunque sin saberlo, nos comunica la vida,** encerrado dentro de nuestro corazón, como si fuera la lamparilla trémula, pero indudable, del santuario. Lamparilla vacilante [...] que tenemos que amparar y proteger con nuestras manos, ya que ha sido colocada en nosotros por Aquel que ha hecho de nosotros una maravilla casi insospechada a nuestros propios ojos, pero a quien tenemos el derecho de creer y el deber de amar.

Ancianidad y vida consagrada ¿Problema o kairos?

Francisco Álvarez⁴⁶

1. ¿De qué edad hablamos?

En tomo a la llamada “tercera edad”, además de las connotaciones peyorativas que veremos, proliferan los eufemismos (revestidos a veces de un cierto candor poético) y la confusión. Esto no es atribuible únicamente a la cultura. También la medicina y las ciencias del comportamiento tienen su parte. La medicina, porque, al alargar la esperanza media de vida, ha ampliado mucho el tiempo que va desde la jubilación laboral hasta la muerte. De ahí que sea ya frecuente distinguir la tercera de la “cuarta edad”, y que se hable incluso de “anciano joven” y “anciano anciano”.

Por su parte las ciencias del comportamiento (especialmente la psicología del envejecimiento, de la vejez y del anciano) están ofreciendo una visión de la ancianidad en la que junto con los factores de declive se reconozcan y potencien los recursos de crecimiento. De este modo, se va retrasando progresivamente la línea divisoria que separa a la persona mayor de la persona anciana.

Por el enfoque de este cuaderno, aquí no tomamos en consideración únicamente al anciano. Nos interesa en primer lugar el proceso del envejecimiento y el arte de envejecer. Hay que aprender a envejecer, so pena de que la ancianidad psicológica y espiritual se adelante a la cronológica. Sin embargo, nos referimos sobre todo a los ancianos; y, siguiendo una pauta hoy bastante generalizada, entendemos que la ancianidad, en circunstancias normales, también dentro de la vida consagrada, no comienza habitualmente antes de los 75-80 años. Y, aún en este caso, además del factor edad, es preciso tener muy en cuenta otras variables y criterios.

⁴⁶ Material elaborado por el religioso camilo Francisco Álvarez, publicado por los cuadernos Frontera-Hegian con el título *Salud y ancianidad en la vida religiosa, ¿ocaso o plenitud?*

2. La “edad ocultada”

“Una de las situaciones en las que la vida comunitaria se encuentra hoy con mayor frecuencia es el progresivo aumento de la edad de sus miembros. El envejecimiento ha adquirido un relieve especial tanto por la disminución de nuevas vocaciones como por los progresos de la medicina” (VFC 68).

Es evidente que la vida consagrada está envejeciendo a un ritmo superior al de la sociedad. Llama sin embargo poderosamente la atención el hecho de que en España, no existan datos globales que nos permitan hacer una valoración ante todo cuantitativa de este importante fenómeno. Mientras sabemos con bastante exactitud los porcentajes del clero secular comprendidos en cada una de las franjas de edad, ignoramos incluso el promedio de edad de los consagrados y consagradas del Estado. Las investigaciones han sido siempre parciales, y consta incluso la reticencia de algunas congregaciones en hacer públicos sus propios datos.

Tomando como referencia la situación de un conjunto de congregaciones masculinas y femeninas, bastante significativas por el número de miembros, puede afirmarse que la edad media oscila entre los 62-64 años. Se supone que cada congregación o provincia religiosa conoce exactamente su propia situación a este respecto. Pero cabe también preguntarse si, a la vista de la situación conocida, se ha hecho una adecuada prospección de futuro para valorar las consecuencias de todo orden que desata y desatará en un próximo futuro nuestro acelerado envejecimiento. Con frecuencia tengo la sensación de que, en asunto de tanta importancia, vivimos a medio camino entre la confianza y la imprevisión. ¿Tal vez la actitud del avestruz?

Cuesta hacer frente, con discernimiento sereno, a una realidad que esconde en su interior no pocos interrogantes y que remite a cuestiones todavía no resueltas.

Como veremos más detalladamente, vivimos inmersos en una cultura que se distingue por una cierta gerontofobia. La ancianidad, deseada y temida a la vez, está marcada por estereotipos negativos, favorecidos en parte por la mentalidad y actitudes de los mismos ancianos. Nos corresponde envejecer en tiempos hostiles hacia esta fase de la vida. También los consagrados corremos el riesgo de descuidar el “arte de envejecer” y de soslayar el problema capital del atardecer de la vida: la integración de la propia muerte.

La escasez de nuevas incorporaciones a nuestras comunidades produce un desequilibrio de fuerzas, prolonga necesariamente (a veces con costes excesivos) el “tiempo laboral”, genera pluriempleo y sobrecarga de trabajo, interrumpe en buena medida la continuidad generacional, y, sobre todo, siembra más o menos subliminalmente la duda sobre la validez de nuestro estilo de vida y de nuestras ofertas a la juventud. En el fondo, aunque todavía excepcionalmente, late la incertidumbre sobre la misma supervivencia de la propia comunidad.

Por otro lado, venimos de una larga tradición que cifraba la comprensión de la vida consagrada en la categoría de la “utilidad”; en definitiva, una categoría laboral. Nos distinguíamos por lo que hacíamos. Nuestras obras institucionales, en tantos aspectos ejemplares, ocupaban un espacio tal vez excesivo en nuestra identidad y en nuestro corazón. Hacer frente al fenómeno del envejecimiento significa, entre otras cosas, revisar una vez más nuestra propia identidad, ahondar en la actitud de desprendimiento, buscar nuevas formas de presencia y de colaboración de y con los seglares, pensar y programar el futuro sin volver las espaldas a una realidad que es problemática y reveladora.

3. La “edad acogida”

“Para la comunidad este hecho (el del envejecimiento) comporta, por un lado, la preocupación de acoger y valorar en su seno la presencia y los servicios que los hermanos y hermanas ancianos pueden ofrecer, y, por otro, la atención que se ha de poner en procurar, fraternalmente y según el estilo de vida consagrada, los medios de asistencia espiritual y material que los ancianos necesitan” (VFC 68).

La ancianidad es hoy para la vida consagrada una fuente generosa de nuevas exigencias morales y evangélicas. La sociedad tiende a institucionalizar cada día más la vejez encomendándola al servicio de la administración pública o de la iniciativa privada, alejándola del núcleo familiar. En nuestras congregaciones, en cambio, los ancianos todavía residen en cualquier comunidad, o bien, según las circunstancias, en “residencias” o casas habilitadas expresamente para ellos. En principio, no cabría esperar otra alternativa. Pero ¿cuál es su precio?

En 1997, con motivo del Día del Enfermo, desde el Departamento de Pastoral de la Salud de la Conferencia Episcopal Española realizamos una amplia encuesta entre los/as Superiores/as Provinciales y los religiosos/as ancianos/as enfermos. Dejando para otro momento los testimonios de los últimos, veamos ahora algunos de los tonos del paisaje descrito por los primeros.

El problema mayor no radica en la ancianidad en cuanto tal, sino cuando ésta va acompañada de patologías o pluripatologías y de severos deterioros psicológicos y mentales; es decir, cuando el anciano necesita ser atendido o su integración dentro de la comunidad está seriamente afectada.

Sentado este presupuesto, las situaciones son muy dispares. Algunos ejemplos dan prueba de ello. Tienen ventaja las comunidades femeninas sobre las masculinas, las numerosas sobre las pequeñas, las sanitarias sobre las que realizan otros ministerios. Es frecuente la constatación de que el ministerio habitual deja poco margen para la atención al anciano enfermo, de que muchos no han sido preparados para ofrecerles una asistencia adecuada o que incluso no se sienten vocacionados ni disponibles para ello. Otros expresan el temor de que su comunidad pueda convertirse en una

especie de “comunidad de servicio social *ad intra*”, con las repercusiones que este hecho comportaría. Existen incluso congregaciones que manifiestan especial dificultad en afrontar los costes económicos actuales (y sobre todo futuros) derivados de la necesidad de habilitar nuevos espacios físicos, de contratar personal preparado, de adquirir material sanitario.

Dentro de la variedad de experiencias y situaciones, los Provinciales concuerdan en afirmar que los cuidados prestados a sus ancianos, sobre todo cuando están enfermos, van siempre más allá de la atención física y médica. Se preocupan, pues, de no descuidar su mundo relacional, su integración comunitaria y sentido de pertenencia, sus necesidades y aspiraciones espirituales; por tanto, su calidad de vida.

Es, sin embargo, en la trama humana -entendida en sentido amplio- donde la presencia del anciano constituye un verdadero test o campo de prueba para la comunidad y para él mismo, Sí difícil es el arte de envejecer, no lo es menos, con alguna frecuencia, la convivencia con los ancianos. También ésta se ve condicionada por estereotipos nacidos de la cultura y que se traducen en actitudes y comportamientos viciados en su raíz. No es infrecuente que en las comunidades se confunda la “jubilación laboral” (apostólica-ministerial) con la “jubilación social” (comunitaria); que la fácil catalogación de los ancianos, según criterios más convencionales que científicos, los prive de una atención personalizada y de una consideración positiva.

Es bien sabido que normalmente los ancianos consagrados no desean en modo alguno sentirse expatriados de la comunidad y ajenos a la vida de la congregación. Es también normal que muchos vivan, en cierto modo, más de recuerdos que de presente y que se apoyen en el pasado para hacer frente a las disminuciones que experimentan. Tampoco debe causar extrañeza el hecho de que su atención se polarice en muchos casos sobre su propio cuerpo y que se reduzca visiblemente el abanico de sus intereses, hasta el punto de ser o parecer más o menos sorprendentemente egoístas. Se dice que su mentalidad contrasta con la de los demás, que su sensibilidad se enciende en exceso o, por el contrario, parece extrañamente muerta; que la reducción de su autonomía física y psicológica convive, ora con la reivindicación de derechos, ora con la cesión incluso complaciente de los mismos. También es cierto que a veces son o se sienten aislados, incomprensidos, no queridos y defraudados, que sólo la soledad los acompaña en sus largas horas.

Por eso mismo, la atención debida a los ancianos -especialmente cuando están enfermos- no es un asunto meramente asistencial, organizativo y técnico. La presencia de ancianos en una comunidad puede ser vivida como una oportunidad (un *kairós*) o simplemente como un problema. No es cuestión de acentos, sino de planteamientos. En el primer caso, la comunidad se siente interpelada no sólo desde el punto de vista de la geriatría y de la gerontología, sino también desde su misma identidad. Una buena atención geriátrica, cada vez más costosa y difícil, no exime -al contrario- de una acogida fraterna, de una valoración positiva del anciano, de un

replanteamiento de la actividad apostólica, de un redescubrimiento de la comunión fraterna inspirada en la gratuidad. En el segundo, en cambio, se tiende a buscar soluciones, que pueden ser incluso eficaces o tranquilizadoras, o por el contrario se cubre la situación con un manto de resignación institucional y personal.

4. La “edad relativizada”

El envejecimiento, además de un fenómeno biológico y social, es fundamentalmente un hecho personal.

Camina de la mano de la historia del individuo. Es desembocadura y, al mismo tiempo, el puerto de salida para una nueva singladura. Existe, en cierto modo, una dirección marcada de antemano por el recorrido anterior, por las experiencias acumuladas y por los lastres adquiridos. Es frecuente que el anciano se mueva más al ritmo de los vientos que de los remos. Pero lo determinante consiste en que la ancianidad es una nueva experiencia de vida. Se asienta obviamente sobre un soporte biológico, sujeto al deterioro; y está condicionada por numerosos factores. Sin embargo, como se verá más concretamente, es preciso afirmar que no es una edad encadenada ni condenada irremisiblemente al declive integral.

Existen experiencias y vivencias, tan íntimas y arraigadas, que son las que marcan decididamente no sólo el curso sino también el sentido de la vida. Se colocan más en las ondas largas del ser que en las cortas del tener; por eso pueden convivir con un cuerpo gastado y desgastado, e incluso con una mente disminuida en sus funciones cognitivas. Por ahí circula la vida consagrada como proyecto de vida asumido en profundidad. Y de esa misma condición participan las experiencias fundantes del consagrado: sus edades, la vivencia de su corporeidad, de la misión, del amor.

Un trasvase indebido de las ciencias biológicas a las ciencias sociales y del comportamiento ha generado en la sociedad de hoy una oposición excesiva entre crecimiento y envejecimiento. Éste es visto en términos exclusivos de declive. Se acentúan las pérdidas sobre las ganancias, la rigidez por encima de la capacidad de adaptación, el estancamiento más que las posibilidades de aprendizaje. Existe, en cierto modo, una fijación en la edad.

Es preciso relativizar la edad. Envejecer no es sinónimo de muerte ni de inactividad. No se trata de negar la fecha de nacimiento; tampoco de borrar páginas del calendario de la vida. Significa más bien tomar conciencia del camino recorrido, de los cambios sobrevenidos, de los progresos realizados y de la evolución experimentada. Relativizar la edad quiere decir poner el acento en la persona, en su singularidad original e irrepetible, en sus capacidades reales y posibles, sean cuales fueren sus años.

He aquí una de las oportunidades más estimulantes para la vida consagrada. Por su misma naturaleza, en ella cabe la jubilación laboral, pero no la misionera-apostólica. Su fuerza no está en los brazos, sino en el corazón conquistado por Dios. La cuestión fundamental no reside, pues, en saber cuándo hemos de retirarnos de la actividad, sino en cómo mantener viva la tensión, cómo estimular la vitalidad espiritual, cómo coronar el curso de la fe, cómo hacer la autoentrega última a Dios y a la propia congregación; cómo permanecer, en definitiva, “enganchado” a la cadena del ser.

La perspectiva de la consagración, precisamente en estos tiempos de envejecimiento tan manifiesto, ofrece a la vida religiosa la oportunidad de rescatarlo de su encadenamiento biológico y cultural. Las comunidades están llamadas a ser un lugar desde donde se interpreta y se vive esa fase de la vida en términos de “acontecimiento espiritual”, incluso como profecía para una sociedad que se resiste a reconciliarse con la vejez; un lugar para la difusión de una nueva cultura de la ancianidad.

Esta visión positiva y esperanzada (que, en parte, adelanta contenidos de otros capítulos) no vuelve la espalda a los serios problemas que plantea la ancianidad en nuestras congregaciones. Sobre todo no pierde vista los que, con mayor contundencia, planteará en el futuro. Ahora bien, los de orden técnico, logístico y organizativo no serán los más graves. Para afrontarlos correctamente es preciso abordar el envejecimiento desde una perspectiva diferente.

Sugerencias para la reflexión personal y un encuentro comunitario

1. La “edad ocultada”

- *En mi Provincia (o incluso en mi congregación) ¿se puede afirmar que hemos tomado conciencia de nuestra situación real con respecto al envejecimiento de sus miembros? ¿Qué datos tenemos sobre ello? ¿Se refieren únicamente al momento presente?*
- *Al abordar el fenómeno del envejecimiento en nuestras comunidades, las actitudes, los sentimientos predominantes son...*
- *Cuando pienso en mi ancianidad futura siento...*

2. La “edad acogida”

- *Si hay personas ancianas en nuestra comunidad (y especialmente si están enfermas), tratamos de discernir y compartir en qué medida se sienten acogidas, cuáles son las actitudes más llamativas, qué situaciones conflictivas se plantean más frecuentemente...*

3. La “edad relativizada”

- *Al pensar en el camino recorrido por mi congregación tal vez tenga la impresión de que se ha valorado en exceso el factor edad (en detrimento de los mayores) en la distribución de funciones y ministerios...*
- *¿Mi comunidad, mi congregación se interesan realmente por mantener viva la ancianidad? ¿De qué manera?*

El pensamiento del Papa Francisco sobre la familia. Algunos textos⁴⁷

José Luis Guzón

Claves de la familia cristiana

“Queridos hermanos y hermanas: ¡Buenos días! En este primer domingo después de Navidad, la liturgia nos invita a celebrar la fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret. En efecto, todo nacimiento nos muestra a Jesús, junto con la Virgen y San José, en la cueva de Belén. Dios quiso nacer en una familia humana; quiso tener una madre y un padre, como nosotros.

Y hoy el Evangelio nos presenta a la Sagrada Familia por el camino doloroso hacia el exilio, en busca de refugio en Egipto. José, María y Jesús experimentan la dramática condición de los refugiados, caracterizada por miedo, incertidumbre, estrecheces (cf. Mt 2, 13-15. 19-23). Por desgracia, en nuestros días, millones de familias pueden reconocerse en tan triste situación. Casi a diario, la televisión y los periódicos traen noticias de refugiados que huyen del hambre, de la guerra, de otros peligros graves, en busca de seguridad y de una vida digna para sí y para sus familias.

En tierras lejanas, incluso cuando encuentran trabajo, no siempre los refugiados y los inmigrantes encuentran una acogida auténtica, respeto, aprecio de los valores de los que son portadores. Sus expectativas legítimas se enfrentan a situaciones complejas y a dificultades que a veces parecen insuperables. Por eso, mientras contemplamos a la Sagrada Familia de Nazaret en el momento en que se ve obligada a convertirse en refugiada, pensemos en el drama de aquellos inmigrantes y refugiados que son víctimas del rechazo y de la explotación, que son víctimas de la trata de personas y del trabajo esclavo. Pero pensemos también en los demás «exiliados» —yo los llamaría «exiliados ocultos»—, en los exiliados que puede haber en el seno de las familias mismas: los ancianos, por ejemplo, que a veces son tratados como presencias que estorban. Muchas veces se me ocurre que una señal para saber cómo funciona una familia es ver cómo se trata en ella a los niños y a los ancianos.

⁴⁷ Revista “Familia” 48 (2014) 151-156.

Jesús quiso pertenecer a una familia que experimentó estas dificultades, para que nadie se sienta excluido de la cercanía amorosa de Dios. La huida a Egipto debido a las amenazas de Herodes nos muestra que Dios se encuentra allí donde un hombre está en peligro, allí donde un hombre sufre, allí donde huye, donde experimenta el rechazo y el abandono; pero Dios se encuentra también allí donde el hombre sueña, donde espera volver a su patria en libertad, donde proyecta y escoge en función de la vida y de la dignidad suyas y de sus familiares”.

Familia, jóvenes, vocaciones y pobres: tres atenciones y una exhortación

“Queridos hermanos en el episcopado: Os saludo cordialmente a cada uno de vosotros y a las Iglesias particulares que el Señor ha encomendado a vuestra paternal dirección. Doy las gracias a monseñor Józef Michalik por sus palabras, y sobre todo por asegurarme que la Iglesia que está en Polonia reza por mí y por mi ministerio.

Nos reunimos, como si dijéramos, en vísperas de la canonización del beato Juan Pablo II. Todos llevamos en el corazón a este buen pastor que, en todas las etapas de su misión —como sacerdote, como obispo y como Papa—nos dio un ejemplo luminoso de abandono total en Dios y en su Madre y de completa dedicación a la Iglesia y al hombre. Él nos acompaña desde el cielo y nos recuerda la importancia de la comunión espiritual y pastoral entre los obispos. La unidad de los pastores en la fe, en la caridad, en la enseñanza y en el desvelo compartido por el bien de los fieles, constituye un punto de referencia para toda la comunidad eclesial y para todo aquel que busque una orientación segura en su camino diario por las sendas del Señor. Queridos hermanos: ¡Que nada ni nadie siembre divisiones entre vosotros! Estáis llamados a construir la comunión y la paz enraizadas en el amor fraterno y a dar a todos un ejemplo alentador de ambas. Y dicha actitud será ciertamente fecunda y transmitirá a vuestro pueblo fiel la fuerza de la esperanza.

Durante nuestros encuentros de estos días he visto confirmado el hecho de que la Iglesia que está en Polonia tiene grandes potencialidades de fe, de oración, de caridad y de práctica cristiana. Gracias a Dios en Polonia hay una buena frecuentación de los sacramentos; hay iniciativas válidas en los sectores de la nueva evangelización y de la catequesis; hay una amplia actividad caritativo-social, y una evolución satisfactoria de las vocaciones sacerdotales. Todo ello favorece la formación cristiana de las personas, una práctica motivada y convencida, así como la disponibilidad de los laicos y de los religiosos a colaborar activamente en las estructuras eclesiales y sociales. Respecto al hecho de que también se detecte cierta disminución en algunos aspectos de la vida cristiana, ello requiere un discernimiento, una búsqueda de los motivos y de las formas de afrontar los nuevos desafíos, como —por ejemplo— la idea de una libertad sin límites, la tolerancia hostil o desconfiada hacia la verdad o el malhumor hacia la justa oposición de la Iglesia al relativismo imperante.

La familia, prioridad

Ante todo, en el ámbito de la pastoral ordinaria, quisiera centrar vuestra atención en la familia, «célula básica de la sociedad», «lugar donde se aprende a convivir en la diferencia y a pertenecer a otros y donde los padres transmiten la fe a sus hijos»⁴⁸. Hoy, por el contrario, el matrimonio es considerado, con frecuencia, como una forma de gratificación afectiva que puede constituirse de cualquier manera y modificarse de acuerdo con la sensibilidad de cada uno⁴⁹. Desgraciadamente, esta visión influye también en la mentalidad de los cristianos, causando un fácil recurso al divorcio o a la separación de hecho. Los pastores están llamados a plantearse cómo asistir a quienes viven en esta situación, para que no se sientan excluidos de la misericordia de Dios, del amor fraterno de otros cristianos y del desvelo de la Iglesia por su salvación, y cómo ayudarlos a no abandonar la fe y a permitir que sus hijos crezcan en la plenitud de la experiencia cristiana.

Por otro lado, hay que preguntarse cómo mejorar la preparación de los jóvenes al matrimonio, de manera que puedan descubrir cada vez más la belleza de esta unión que, si está correctamente basada en el amor y en la responsabilidad, tiene la capacidad de superar las tribulaciones, las dificultades, los egoísmos, mediante el perdón recíproco, reparando lo que corre el peligro de arruinarse y evitando caer en la trampa de la mentalidad del desecho. Hay que preguntarse cómo ayudar a las familias a vivir y apreciar tanto los momentos de alegría como los de dolor y debilidad.

Las comunidades eclesiales tienen que ser lugares de encuentro, de diálogo, de consuelo y de apoyo para los esposos en su camino conyugal y en su misión educativa. Estos han de hallar siempre en los pastores el apoyo propio de unos auténticos padres y guías espirituales que los protejan de las ideologías negativas y los ayuden a fortalecerse en Dios y en su amor.

Ante la JMJ 2016 Cracovia

La perspectiva de la próxima Jornada Mundial de la Juventud, que se celebrará en Cracovia en 2016, me lleva a pensar en los jóvenes, que, junto con los ancianos, son la esperanza de la Iglesia. Hoy en día, un mundo rico en instrumentos informáticos les ofrece nuevas posibilidades de comunicación, pero al mismo tiempo reduce sus relaciones interpersonales de contacto directo, de intercambio de valores y de compartición de experiencias. Sin embargo, en el corazón de los jóvenes hay un

⁴⁸ *Evangelii gaudium*, n. 66: *Ecclesia* 3.704-05 [2013/II], pág. 1827.

⁴⁹ Cf. *ibíd.*

anhelo de algo más profundo, que valore plenamente su personalidad. Hay que responder a este deseo.

En este sentido, la catequesis brinda amplias posibilidades. Sé que en Polonia participa en ella la mayoría de los alumnos de las escuelas, quienes adquieren un buen conocimiento de las verdades de la fe. Pero la religión cristiana no es una ciencia abstracta, sino un conocimiento existencial de Cristo, una relación personal con Dios, que es amor. Tal vez haya que insistir más en la formación de la fe vivida como relación, en la que se experimenta la alegría de ser amado y de poder amar. Es preciso intensificar el desvelo de los catequistas y de los pastores, para que las nuevas generaciones puedan descubrir plenamente el valor de los sacramentos como medios privilegiados de encuentro con Cristo vivo y fuentes de gracia. Hay que animar a los jóvenes a formar parte de movimientos y de asociaciones cuya espiritualidad se base en la Palabra de Dios, en la liturgia, en la vida comunitaria y en el testimonio misionero. Que tengan también ocasión de expresar su disponibilidad y su entusiasmo juvenil en las obras de caridad organizadas por los grupos parroquiales o escolares de Cáritas, o en otras formas de voluntariado y de misionalidad. Que su fe, su amor y su esperanza se refuercen y florezcan en el compromiso concreto en nombre de Cristo.

La tercera atención que quisiera recomendaros es la destinada a las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Doy gracias con vosotros al Señor, que durante los últimos decenios ha llamado, en la tierra polaca, a tantos operarios a su mies. Muchos sacerdotes polacos, buenos y santos, desempeñan con dedicación su ministerio, tanto en sus propias Iglesias locales como en el extranjero y en las misiones. ¡Pero que la Iglesia que está en Polonia no se canse de seguir rezando por las nuevas vocaciones sacerdotales! Vosotros, queridos obispos, tenéis el cometido de proveer para que esa oración se traduzca en compromiso concreto en la pastoral vocacional y en una buena preparación de los candidatos en los seminarios.

En Polonia, gracias a la presencia de buenas universidades y facultades de Teología, los seminaristas alcanzan una válida preparación intelectual y pastoral. Esta debe acompañarse siempre de una formación humana y espiritual, para que vivan una intensa relación personal con el Buen Pastor; para que sean hombres de oración asidua, abiertos al Espíritu Santo, generosos, pobres de espíritu; y para que estén llenos de amor ardiente por el Señor y por el prójimo.

En el ministerio sacerdotal, la luz del testimonio podría verse ensombrecida o «escondida bajo el celemín» si faltara el espíritu misionero, la voluntad de «salir», en una conversión misionera constantemente renovada, para buscar —también en las periferias— y acercarse a quienes aguardan la Buena Nueva de Cristo. Semejante estilo apostólico requiere también un espíritu de pobreza, de abandono, para ser libres en el anuncio y sinceros en el testimonio de la caridad. A este respecto, recuerdo las palabras del beato Juan Pablo II: «De todos nosotros, sacerdotes de Jesucristo, se espera que seamos fieles al ejemplo que él dejó: por consiguiente, que seamos "para los demás". Y si "tenemos", que tengamos también "para los demás". Y

ello con mayor razón porque si tenemos, tenemos "de los demás" [...]. Con un estilo de vida cercano al de una familia media, o, mejor aún, al de una familia más pobre»⁵⁰.

No olvidemos, queridos hermanos, las vocaciones a la vida consagrada, especialmente las femeninas. Como habéis observado, preocupa el descenso, también en Polonia, de incorporaciones a congregaciones religiosas: se trata de un fenómeno complejo, cuyas causas son múltiples. Espero que todos los institutos religiosos femeninos puedan seguir siendo, de manera adecuada a nuestros tiempos, lugares privilegiados de afirmación y de crecimiento humano y espiritual de la mujer. Las religiosas deben estar dispuestas a afrontar tareas y misiones incluso difíciles y exigentes, que valoricen sus capacidades intelectuales, afectivas y espirituales, sus talentos y carismas personales. Recemos por las vocaciones femeninas y acompañemos con estima a nuestras hermanas, que a menudo en el silencio e inobservadas dedican su vida al Señor y a la Iglesia en la oración, en la pastoral y en la caridad.

Concluyo exhortándoos al desvelo por los pobres. También en Polonia, pese al actual desarrollo económico del país, hay muchos necesitados, desempleados, sin techo, enfermos, abandonados, así como muchas familias —sobre todo las numerosas— sin medios suficientes para vivir y para educar a sus hijos. ¡Estad a su lado! Sé lo mucho que hace la Iglesia que está en Polonia en este campo, mostrando gran generosidad no solo en su patria, sino en otros países del mundo. Os agradezco a vosotros y a vuestras comunidades esta labor. Seguid animando a vuestros sacerdotes, a los religiosos y a todos los fieles a tener la «fantasía de la caridad» y a practicarla siempre. Y no os olvidéis de cuantos, por diferentes motivos, dejan el país e intentan construirse una nueva vida en el extranjero. Tal vez su número creciente y sus exigencias requieran una mayor atención por parte de la Conferencia Episcopal. Acompañadlos con una atención pastoral adecuada, para que puedan conservar la fe y las tradiciones religiosas propias del pueblo polaco.

Queridos hermanos: Os doy las gracias por vuestra visita. Llevad mi saludo cordial a vuestras Iglesias particulares y a todos vuestros compatriotas. Que la Virgen María, Reina de Polonia, interceda por vuestro país; que proteja bajo su manto a los sacerdotes, a los religiosos, a las religiosas y a todos los fieles, y que alcance para cada uno de ellos y para todas sus comunidades la plenitud de las mercedes del Señor. Recémosle juntos: «*Sub tuum praesidium confugimus, Santa Dei Genitrix: Nostras deprecationes ne despicias in necessitatibus, sed a periculis cunctis libera nos sermp, Virgo gloriosa et benedicta*».

⁵⁰ Discurso a los seminaristas, al clero y a los religiosos, catedral de Szczecin, 11-6-1987, n. 9.

🕉 Lectio Divina

«*Vosotros orad así...*»
Como hijos [primera parte]

Juan José Bartolomé⁵¹

Lectio sobre Mt 6,9; Lc 11,2

El *Padrenuestro* es la única plegaria que, según la tradición evangélica, Jesús enseñó a sus discípulos.⁵² Mateo y Lucas, los evangelistas que transmiten esta *oración dominical*⁵³, coinciden en verla como un *ejercicio más del magisterio de Jesús*. Pero se diferencian en el contexto narrativo en la que la insertan y, por tanto, también en su comprensión: en Lucas Jesús, encaminado hacia Jerusalén, ora y enseña a sus discípulos a orar (Lc 11,1); Mateo, en cambio, introduce el *Padrenuestro* en una cuidada catequesis sobre la oración, que es el centro del programático sermón de la montaña (Mt 6,9a). Lucas prepara a sus discípulos a afrontar la cruz, mostrándoles cómo rezar. Para Mateo orar pertenece a la esencia del discipulado.⁵⁴

Lectura

En Mateo es Jesús quien, por iniciativa propia, les enseña a rezar y les advierte antes de los riesgos de un orar ineficaz, por su hipocresía interesada (Mt 6,5) o por su excesiva palabrería (Mt 6,7); en Lucas Jesús suscita en un discípulo el deseo de saber orar, porque se ha dejado ver orando. En Mateo Jesús ejerce, soberano, como maestro de oración; la oración es algo que se aprende; en Lucas ejerce primero de orante modelo y, sólo después de terminar su oración y a instancias de un discípulo, de

⁵¹ Texto inédito para Forum.com.

⁵² J. P. MEIER, *Un judío marginal*. Nueva visión del Jesús histórico. II/1. Juan y Jesús. El reino de Dios, Estella, 1999, 359.

⁵³ Por su origen, y desde muy temprano, el *Padre nuestro* fue conocido como la *oración del Señor*: cf. *Did* 8,2; CIPRIANO, *De dominica oratione*, CSEL 3/1, 267-294; GREGORIO DE NISA, *De oratione dominica*, PG 44, 1120-1193.

⁵⁴ “Il ‘Padre nostro’ riassume tutto il cristianesimo, tutto ciò che noi siamo, che noi viviamo, tutto ciò di cui abbiamo bisogno, tutto ciò che ci qualifica come figli di Dio in cammino verso il Regno.” (C. M. MARTINI, *Incontro al Signore Risorto*. Il cuore dello spirito cristiano, San Paolo, Cinisello Balsamo, 2012, 179).

solícito maestro. En Mateo quien reza cumple con una orden de Jesús (Mt 6,9a: «*rezad así*»); en Lucas, sigue su ejemplo (Lc 11,1).

Mateo piensa en un orar que es obedecer, propio de los hijos de Dios; antes de decirles qué es lo que tienen que decir, Jesús les ha señalado cómo se han de situar, solos, ante el Padre, y en Él confiados. Lucas subraya que la enseñanza ha sido deseada y que el deseo del discípulo ha surgido del testimonio personal del maestro, quien ha ejercitado su magisterio, primero, con el ejemplo y solo después, y si es deseado, lo hará con la palabra.⁵⁵

«^{9b} Padre [nuestro...]»

«Padre», invocación habitual en Jesús cuando reza, (Mc 14,36; Lc 10,21; 22,42; 23,34.46; Mt 11,25.26; 26,39.42; Jn 11,41; 12,27.28; 17,1.5.11.21.24.25),⁵⁶ abre en Mateo, al igual que en Lucas, la oración. Traducción del enfático «*abba*» arameo, que aparece solo tres veces más en el NT (Mc 14,36; Rom 8,15; Gál 4,6), expresaba la veneración que un hijo tiene para con su padre o el respeto que un niño siente ante personas adultas. Jesús de Nazaret utilizó un término que se empleaba solo en el marco de las relaciones familiares («*mi Padre*», cf. Mt 11,27; 26,53), para hablar no sólo de Dios, sino, sobre todo, para conversar con Él sino sobre todo con Él.⁵⁷

El título no aparece en oraciones judías contemporáneas, que sí conocían, en cambio, la paternidad de Dios (Is 64,7; Mal 1,6; Eclo 23,1.4; Sab 14,3; 3 Mac 5,7; 6,3.8; Tob 13,4); que Dios se comportara con Israel como un padre era convicción básica de fe judía (Dt 7,6-15; 8,5; Is 63,16; Prov 3,12).⁵⁸ De hecho, y aunque atribuir el título a las divinidades era común en las religiones coetáneas a Israel,⁵⁹ el AT se muestra reticente a usarlo para referirse a Dios. Cuando lo utiliza lo pone en boca del mismo Dios, quien ha salvado a su pueblo por haberlo adoptado como hijo (Éx 4,22-23; 6,6-7; Dt 32,6) y sigue empeñado en salvarlo de toda servidumbre (Éx 20,3-6; Jer 2,17; 3,19-20). Los profetas retomarán el título como imagen de la solicitud entrañable de Dios por su pueblo (cf. Os 11,1-4.8-9; Is 1,2; 30,9; Mal 1,6; 2,10). Como invocación aparece, aunque raramente, en el judaísmo helenista reciente, en boca de individuos que llevan una vida virtuosa (Eclo 23,1.4; 51,10; Sab 2,16-18; 14,3). En la literatura intertestamentaria hay

⁵⁵ “La oración que Jesús enseña proviene de su propia oración; su oración es el fundamento y raíz de la nuestra” (A. GEORGE, *El evangelio según san Lucas*, Estella, 1976, 46).

⁵⁶ «Padre», en boca de Jesús, aparece 170 veces en los evangelios: 14, en Mc; 15, en Lc; 42, en Mt; 109, en Jn. Aunque no se pueda atribuir a Jesús todos estos usos del vocablo, es indiscutible que se sirvió de él para hablar de Dios e invocarlo orando. Cf. J. SCHLOSSER, *Le Dieu de Jésus. Etude exégétique*, Paris, 1987, 41-51.123-177.203-209.

⁵⁷ Es probable que, aunque su uso no sea exclusivo de Jesús, el término «*abba*» pertenezca al núcleo más seguro de las *ipsissima verba*.⁵⁷

⁵⁸ Dios es comparado frecuentemente con un padre (Dt 1,31; 8,4; 32,18; Mal 3,17; Sal 22,11; 103,13; Job 31,18; Prov 3,12; Sab 11,10); también con una madre (Is 49,15; 66,13; Eclo 4,19).

⁵⁹ “La fe en la paternidad divina es, sin duda, uno de los rasgos más universales de todas las culturas con que se encuentre el historiador de las religiones y cuya interpretación sigue siendo todavía objeto de hipótesis” (J. POUILLY, *Dios, nuestro Padre. La revelación de Dios Padre y el Padrenuestro*, Estella, 1990, 6).

ya pruebas de que la fórmula «*Padre nuestro*» era usada como invocación, aunque era más frecuente como afirmación.⁶⁰ Pero no existen datos seguros que indiquen el uso, como invocación, de «*Padre*» a título individual; y menos aún que reflejen la intimidad que caracteriza a la oración de Jesús.⁶¹

Es, pues, típico de la piedad personal de Jesús haberse atrevido a imaginar a Dios (Lc 15,11-32; Mt 18,21-35), más aún, a invocarlo (Mc 14,36; cf. Mt 7,21; 10,32; 12,58; 15,13; 16,17; Lc 22,41; Jn 11,41; 12,27; 17,1) con una inmediatez y familiaridad que sólo el lenguaje de la calle podía expresar, en un ambiente donde se evitaba dar nombre a Dios⁶² y se procuraba dejar a salvo su transcendencia. Pudo hacerlo, porque respondía así a su imagen de un Dios cercano y familiar; ésa es era el Dios que predicó (Lc 11,11-13; 15,11-32) y ante el que se sabía responsable (Mt 6,7-8; Lc 11,5-13; 18,1-8): un Dios ante cuyo querer se postró sumiso (Mc 14,3; Mt 26,39-42; Lc 22,42; Jn 12,27-28) y en el que confió totalmente (Lc 10,21-22; Mt 11,25-26).

Que Jesús invocara a Dios como Padre, origen indiscutido y protector solícito, era, pues, expresión de su fe personal, en la que fundaba la certeza de mantener con su Dios una estrechísima intimidad, mezcla de confianza filial y de total obediencia. Jesús pudo decir «*Padre mío*» (Mt 15,13), pero a los discípulos les hablaba de «*vuestro Padre*» (Mt 5,45.48; 6.32). Que Jesús enseñara a sus discípulos a decirle a Dios como primera palabra y único título «*Padre*», significa que quiso de ellos que, rezando, se sintieran hijos (cf. Mt 5,45), vivieran vivir en total dependencia (Mt 6,8-9) y gozaran de una profunda familiaridad (Mt 6.4.6.18.26.32).⁶³ Orando lo mismo, Jesús compartió con ellos sus sentimientos de hijo de Dios y, sobre todo, a su mismo Padre.

Pero bien entendido, la paternidad reconocida en la oración no es don exclusivo del que ora, sino cualidad que define a Dios (cf. Mt 5,9.16.45.48; 7,11.21), un Dios que hace hijos a sus orantes y, en cuanto tales, los convierte en hermanos.⁶⁴ Y de hecho, Mateo agrega a la invocación «*Padre*» el posesivo «*nuestro*», extremo que la versión lucana silencia.

La fórmula «*Padre nuestro*» era conocida, pero poco frecuente, en el AT (Is 63,16; 64,7; Tob 13,4). Al añadir «*nuestro*», Jesús identifica como orante, ya desde el inicio de la invocación, no ya a la persona que reza, por más solo y en secreto que lo haga (Mt 6,6), sino a esa comunidad que se (re)crea cuando reza a Dios Padre, una comunidad que equipara a los orantes, independientemente de su género, status

⁶⁰ *Jub.* 1,24-25.28; 19,29; 1QH 9,35-36. Ver más textos y su comentario, en POUILLY, *Dios*, 22-24.

⁶¹ W. MARCHEL, *Abba, Père! La prière du Christ et des chrétiens*, Roma, 1971, 91-92.

⁶² “A los de fuera de este ambiente parece ser que no les habló nunca de Dios como Padre más que en imágenes y parábolas, y que en todo caso no dijo nunca «*vuestro Padre*». Esta expresión es, pues, una de las características de la enseñanza dada por Jesús a sus discípulos” (J. JEREMÍAS, *Abba. El mensaje central del Nuevo Testamento*, Sígueme, 1983², 51).

⁶³ “Lo spirito filiale è la radice di ogni preghiera, è l’atteggiamento più importante, perché la vita eterna consiste nell’esplicitazione dell’essere figli di Dio” (MARTINI, *Incontro*, 180).

⁶⁴ En los formularios judíos aparece con más frecuencia padre *nuestro* que padre *mío* porque, en la oración, “el hombre une su alma siempre con la comunidad” (*bBer 29b*).

social o raza, y los considera hermanos, por el solo hecho de rezar al mismo Padre. “A todos concedió un mismo título de nobleza, al dignarse ser invocado por todos de la misma manera, Padre”.⁶⁵

Cuando un discípulo de Jesús habla con su Dios, habla siempre dentro y en nombre de la comunidad: ante el Dios de Jesús no se ora en soledad, por más solo que se rece. Rezar el *Padrenuestro* es crear, orando, comunidad,⁶⁶ convirtiéndose en hermanos de Jesús (cf. Mt 12,50) e hijos adoptivos de Dios (Jn 1,12; Rom 8,14-17; Gál 4,4-7).⁶⁷

«... *el que [está] en los cielos*»,

Mateo añade, de nuevo, a la invocación una fórmula familiar de la piedad judía (cf. Bill 283.394), pero no cambia su orientación básica. Que el Padre, al que se ha de dirigir el discípulo orante, esté «*en los cielos*», expresión que le es típica (Mt 5,16.45; 6,1.14.26.32; 7,11; 12,50; 15,13; 16,17; 18,10.19.35; 23,9), subraya no tanto su trascendencia personal, que también (cf. Mt 6,1.4.6.18.26.30), cuanto la diferencia con toda otra paternidad que pertenezca a la tierra. Los de la tierra son padres de los hijos que generan; el del cielo es padre de todos los que lo invocan como suyo, es decir «*nuestro*».

Por más intimidad y afecto que se sienta por Él, no nos pertenece, es completamente diverso; por no estar a nuestro nivel, no está a nuestro alcance: su hogar son los cielos, el nuestro, por ahora, la tierra. En donde Él está, estamos ya nosotros, pues nos lleva en su corazón de padre. Está por ver si nosotros, en la tierra, nos sentimos y queremos sus hijos.

Meditación

El doble contexto narrativo, en el que ha quedado insertado en Mateo y Lucas sus versiones del Padrenuestro, apunta claramente a un doble, y dispar, origen. Aunque en ambas ocasiones Jesús ejerciera de maestro de oración para sus discípulos (Mt 6,5.7.9; Lc 11,1-2), la causa que desencadenó la enseñanza fue diversa: en Lucas, el deseo de emular al maestro, que surgió en un discípulo tras haberlo contemplado rezando; en Mateo, fue Jesús mismo, quien en medio de su primer gran discurso,

⁶⁵ JUAN CRISÓSTOMO, *Hom in Mat.* 19,4: PG 57 278.

⁶⁶ “Ante todo no quiso el Doctor de la paz y Maestro de la unidad que orara cada uno por sí y privadamente, de modo que cada uno, cuando ora, ruegue sólo por sí... Es pública y común nuestra oración, y, cuando oramos, no oramos por uno solo, sino por todo el pueblo, porque todo el pueblo forma una sola cosa.” (CIPRIANO, *Oración dominical* 8, 204).

⁶⁷ “Se crea entonces una comunidad nueva, formada por todos los que se abren a la predicación de Jesús y a la acción salvadora que Dios realiza en los últimos tiempos y en la que se manifiesta como Padre” (H. SCHÜRMANN, *La prière du Seigneur à la lumière de la prédication de Jésus*, Paris, 1965, 21).

enseñó a todo el que le está escuchando (cf. Mt 5,1-2; 7,28), primero, cómo no se debe rezar para luego dictarles qué tenían que decir cuando rezaran.

Jesús, en Lucas, ha enseñado antes que con palabras con su ejemplo; ha podido ser maestro después de haberse ejercitado él. Ha suscitado el deseo de orar dejándose ver orando. Si el discípulo no le hubiera estado cercano, no lo podría haber visto. Si no lo hubiera podido contemplar, no le habría envidiado su forma de orar, ni querido aprender. Orar es objeto de aprendizaje; pero las ganas de aprender las tiene quien convive. Debemos el Padrenuestro, la oración de los hijos de Dios, a la curiosidad y al atrevimiento de un discípulo anónimo. Tendríamos que estarle agradecidos. Por haberlo observado de cerca, quiso aprender. Su petición «Señor, enséñanos a orar» nació tras percatarse de que no sabía rezar como Jesús rezaba. El Padrenuestro es, pues, la oración para quienes, como nosotros, seguidores cercanos de Jesús, no logramos rezar como él, ni tan a menudo ni tan asombrosamente. Si estuviéramos más con él, ¿no conseguiríamos contemplarlo e imitarlo? ¿Por qué una vida de seguimiento no nos conduce a una vida de oración?

En Mateo, en cambio, Jesús enseña a orar dentro de una amplia catequesis sobre la nueva forma de realizar la «mejor justicia» que espera de sus discípulos (cf. Mt 6,1). Es verdad, y el detalle no es insignificante, que Jesús se hace maestro de oración para quienes lo acompañan; solo enseñará a quien esté con él; lejos de su persona no se aprende a rezar. Pero Jesús no responde a una petición, impone una práctica. Y no se ha de rezar como él, sino lo que él diga. Según Mateo el discípulo que reza cumple una precisa orden de su Maestro: «vosotros, rezad así» (Mt 6,9a). A rezar se puede aprender; pero para aprender hay obedecer. Las consecuencias son obvias: por pura voluntad de Jesús, orar es tarea irrenunciable del discípulo; no nos lo ha dejado a nuestro arbitrio o para cuando dispongamos de ganas o tiempo. Y sin embargo, ¡qué pocos de entre nosotros consideran el Padrenuestro como obediencia debida a nuestro Señor! Se desacredita a sí mismo el discípulo que no alimenta su vida con la oración personal. Un auténtico seguidor de Jesús sigue su instrucción: rezará no solo cuando sienta necesidad, sino siempre que quiera obedecer a su Señor.

Lo primero que enseñó Jesús a sus discípulos fue a llamar a Dios como él lo llamaba: «Padre» (Mt 6,9b; Lc 11,2). Más que una palabra, por excepcional que se nos antoje, el único apelativo divino usado por Jesús deja ver un sentimiento de profunda intimidad, que quiso compartir con todos los que, curiosos u obedientes, rezaran como él. Quien teme al Dios a quien ora no es discípulo de Jesús. La oración que no nos hace sentirnos hijos de Dios no es digna de Él y nos hace indignos discípulos de Jesús. Obedecerle es, necesariamente, sentirse hijos del Padre común.

Pasa, quizá, desapercibido, pero nos arriesgamos a no aprender de Jesús no solo porque por no rezar le estamos desobedeciendo; incluso quienes sí lo hacemos podemos dejar de ser sus seguidores, si orar no acrecienta en nosotros nuestra conciencia de ser hijos de nuestro Dios. Lo mejor, no solo lo primero, que debemos decir a Dios es que lo vemos, y lo queremos, como Padre. Con esa invocación, que no nos hubiéramos

nosotros atrevido siquiera a soñar, Jesús nos convierte en hermanos suyos, al compartir el mismo Padre. Tenemos un maestro que hace hermanos a sus aprendices..., si rezan.

A diferencia de Lucas, Mateo ha precisado ulteriormente la paternidad de Dios. Es «nuestro», no solo del que reza; y «es quien está en los cielos», no pertenece ni habita el mundo del hombre. Por más solo y aislado que le rece, Dios es un Padre de todo el que acude a Él y se acepta como su hijo. Más aún, quien reza, también si nadie lo ve y con ninguno comparte su plegaria, se siente hermano de todos los hijos del Padre. Su Dios es un Padre a compartir, no con los orantes que me elijo sino con todos los que, como yo, lo ven como Padre. Anclado en la paternidad de Dios, el discípulo se encuentra con una comunidad, que sólo por rezar al mismo Padre, le son hermanos. Orar crea comunidad fraterna. Y habría que pensar seriamente por qué nuestra vida de oración no alimenta y sostiene nuestro vivir en común. Nadie, por solo que esté cuando reza, se encuentra solo ante Dios; al decirle «Padre nuestro» reencuentra a sus hermanos, recupera su familia. ¿No será que, puesto que no rezamos mucho solos, se nos hace tan penosa la vida de comunidad? Saber que el Dios de Jesús es Padre «nuestro», tendría que volver dulce y delicioso «el convivir los hermanos unidos» (Sal 133,1). No lograrlo, desmiente lo que decimos a Dios, cuando rezamos como Jesús nos enseñó.⁶⁸

A la invocación «Padre nuestro» Mateo ha agregado «el [que] está en los cielos», una formulación que utiliza con frecuencia. Con ella caracteriza la paternidad del Dios de Jesús en neta contraposición con la paternidad humana: Dios es padre de quien se reconoce hijo suyo, cuando lo llama «Padre» y acepta como hermanos a todos los que rezan como él; los padres en la tierra son los que generan a sus hijos, sean o no aceptados por ellos. Un «Padre... que está en los cielos» siempre nos trasciende, no ha quedado al alcance de nuestras manos o, ni siquiera, de nuestro corazón. Pero como «Padre» que es, lo encontramos donde nadie nos alcanza a ver, en lo más secreto (Mt 6,6). Y como es «nuestro» lo hallamos también entre nuestros hermanos.

Por sernos «Padre» siempre estaremos en su corazón, gozando de su ternura (cf. Sal 103, 13; 27,10; Is 63,16-17; 64,7; Jer 3,19-20; 31,9). Por «estar en los cielos», y aunque siempre nos sobrepase, tendremos el cielo donde Él esté o, mejor, Él, su corazón de Padre, es nuestro hogar.

Oración

Fuera porque un discípulo envidiara tu forma de orar, fuera porque quisiste enseñarnos cómo y qué deberíamos de rezar, el caso es que tengo que agradecerte,

⁶⁸ “Ninguno de nosotros osaría pronunciar tal nombre en la oración si no nos lo hubiese permitido Él mismo. Hemos de acordarnos, por tanto, hermanos amadísimos, y saber que, cuando llamamos Padre a Dios, es consecuencia que obremos como hijos de Dios, con el fin de que, así como nosotros nos honramos con tenerle por Padre, Él pueda honrarse de nosotros” (CIPRIANO, *Oración dominical* 11, 209).

Señor Jesús, que nos enseñaras el Padrenuestro. No encuentro otra plegaria más sencilla e íntima, más breve o profunda. Ahora que ya sé las palabras que he de decir cuando hable con Dios, dame los sentimientos de los que han de nacer para que sean, de verdad, auténticamente mías. Que no te imite solo en lo que digo, sino que experimente en mi lo que tú sentiste cuando te dirigías a Dios, tu Padre. Dame tu conciencia y tu afecto de hijo para que te sienta a ti mientras rezo al Padre.

Quiero hablar con Dios como tú, con tus mismas palabras e idéntico cariño y así convertirme, al mismo tiempo, en discípulo tuyo y en hijo suyo. Te doy gracias porque, al haberme enseñado a hablar con Dios como tú lo hacías, me has dado la oportunidad de sentirme como tú te sentías. Rezando así, Dios no solo me reconocerá más fácilmente como hijo suyo, sino que, además, me pareceré más a ti, su Hijo. ¡Cómo no agradecerte cuanto me has dado enseñándome a orar el Padrenuestro!

Que el Padrenuestro haya sido un acto concreto de tu magisterio significa que rezarlo es para mí ejercicio de esa obediencia que te debo como discípulo. No te soy fiel si no rezo como tú me has enseñado. Solo rezar, poco o mucho, no me hace seguidor tuyo. Lo seré, si rezo lo que, y como, tú me dijiste. No te contentas con tener discípulos que recen, ¡también rezan los paganos!, quieres que recemos lo que tú nos impusiste. Debería tenerlo muy en cuenta. No nos has mandado orar, aunque tú lo hicieras con notable frecuencia. Has querido que, cuando recemos, lo hagamos como tú nos indicaste. Rezar el Padrenuestro no ha quedado, pues, a nuestro arbitrio, ni para cuando sintamos alguna necesidad; es la oración que, cuando la practicamos, garantiza que hemos aprendido de ti y que nos dirigimos a Dios como tú lo hacías. Es la oración que nos convierte, al mismo tiempo, en seguidores tuyos e hijos de tu Padre.

No sé cómo agradecerte que compartieras conmigo las palabras y los afectos que tenías cuando te relacionabas con Dios. Identificando a Dios como Padre, cuando rezo me identifico contigo, Hijo suyo. ¿Podría soñar gracia mayor? Entonces por qué no dedicar más tiempo a sentirme hijo de tu Padre y hermano tuyo? ¡Qué necio soy por desaprovechar tamaña suerte! Perdóname, Señor: no sigo tu enseñanza y sigo sin sentirme hijo de Dios. No me pides grandes cosas; simplemente que rece como me has enseñado. No esperes nada mejor de mí, sino que rece como me has mandado.

¿De qué me sirve llevar una vida de oración, si no me consigue saberme hijo de tu Padre? Muéstrame qué me está faltando para orar como tú esperas de mí. Enséñame, de nuevo, cómo orar para que tu Padre vea en mí lo que en ti contempla, un hijo muy amado (cf. Mc 1,11; 9,7). Y para que me puedas recordar qué debo decir, cuando rece, hazme vivir siempre junto a ti. Si no me encuentras entre los tuyos, no podrás ser mi maestro de oración. Si no estoy contigo, ¿cómo podré envidiar tu vida de oración?

Aunque me has recomendado que, cuando rece, busque solo a Dios y lo encuentre donde nadie más me pueda localizar, me has enseñado también, Señor Jesús, que me dirija a tu Padre como «nuestro» Padre. El tuyo, Jesús, es un Padre que tengo que compartir, por solo que yo esté, en el mismo momento en que lo invoco. Invocarlo como «Padre nuestro» me hace entrar en una comunidad de orantes, en tu Iglesia. Y entro en ella, orando, como hermano de todos los que, sea donde y cuando sea, rezan como discípulos tuyos. Rezando como tú me dijiste construyo vida común, encuentro tantos hermanos, estén donde estén, como orantes.

¡Qué pena que no caiga en la cuenta de que rezar el Padrenuestro convierte en hermanos míos todos lo que rezan como yo! ¡Cuánto pierdo por no sentirme acompañado de quien sin estar conmigo, cuando rezo, se dirige a Dios Padre como Jesús nos enseñó! Eres Tú, mi Padre Dios, quien, así reconocido, me das tantos hermanos como discípulos tiene tu hijo, Jesús, mi maestro de oración. Y porque al hermano no lo elige uno sino que en una familia es el don de los padres, no me es lícito, mientras rece el Padrenuestro, rechazar a quien rece como yo, como Jesús nos enseñó.

Me llama poderosamente la atención, Jesús, que me hayas enseñado que, solo por rezar a Dios, Padre nuestro, pase a pertenecer a una comunidad de hijos tuyos y, al mismo tiempo, me hagas saber que nuestro Padre «está en los cielos», es decir, que no habita en nuestro mundo, que no queda ni a nuestro alcance ni a nuestra disposición. Pero no por ello, dejaremos de estar en su corazón de padre, objeto de su ternura y motivo de su preocupación. Te estoy profundamente agradecido por inculcarme que donde esté nuestro Padre Dios allí estará nuestro cielo y que, mientras nosotros no lleguemos al cielo, estaremos, como hijos, siempre en su corazón. ¿Podría desearme un Dios mejor?

🎯 El anaquel

Testimonio sobre el venerable Attilio Giordani, marido y padre⁶⁹

La vida de papá ha sido muy sencilla, sin acontecimientos excepcionales. Provenía de una familia normal, Trabajó mucho en el oratorio, siendo delegado de los aspirantes, catequista, animando a la comunidad oratoriana con el deporte, el teatro, organizando juegos, grandes eventos (como ahora se dice) pero que también ha trabajado normalmente como empleado de Pirelli, se ha casado, ha tenido hijos y los ha acompañado en su crecimiento.

También los valores que nosotros, sus hijos, hemos visto en papá eran sencillos, pero esenciales. Ante todo ha sido el hombre que ha conquistado por su bondad. No solo era generoso y disponible, siempre atento a captar las necesidades de los demás y a remediarlas, sino que tenía la capacidad de aceptar a los demás tal como eran. Nunca le oímos hablar mal de nadie o criticar actitudes o acciones, es más, se sentía muy mal si alguna vez, en familia, se emitían juicios sobre la gente; era algo que le hacía sufrir. Quería que las eventuales críticas, si eran necesarias, se hicieran a cara descubierta, al interesado, con humildad y dulzura para que pudieran aceptarse: saber apreciar a las personas sin lisonjearlas criticándolas después a sus espaldas; ser verdaderos y sinceros en las relaciones interpersonales, pero siempre con amor, conscientes de los propios límites y defectos. Sabía descubrir los aspectos positivos de cada uno: se llevaba bien con todos, con gente de derechas, de izquierdas y de centro; tenía amigos entre personas ricas (a las que sabía siempre proponer algún modo de remediar las necesidades ajenas) y muy pobres.

Centro de su vida era la fe, y estaba convencido de que no había necesidad de muchas palabras para testimoniarla: la vida misma debía ser la palabra más importante. Este es el sentido de su última intervención antes de morir, en el encuentro en Campo Grande (Brasil) entre los voluntarios de la Operación Mato Grosso.

Creemos que papá ha sabido verdaderamente vivir coherentemente su fe y los valores en los que creía, en todos los ambientes que ha frecuentado, incluido en el puesto de trabajo, quizá el ambiente en el que resulta más difícil ser coherente.

⁶⁹ Testimonio de sus hijos Pier Giorgio, Maria Grazia y Paola en el VII Congreso Internacional de María Auxiliadora.

Durante muchos años después de su muerte sus compañeros han frecuentado nuestra casa, no tanto para visitarnos a nosotros, que les habíamos conocido muy poco, sino para encontrar de alguna manera, en la atmósfera de casa, aquella serenidad que siempre había logrado difundir.

La fe de papá no era una fe severa e intransigente. Había respirado desde niño, en el oratorio, la alegría de Don Bosco, y la serenidad de su espíritu se manifestaba también en su constante buen humor. Le gustaba bromear, reír, vivir y difundir la alegría. En los momentos críticos de la vida, en la enfermedad y en la larga convalecencia después del primer infarto, incluso cuando hubo de limitar sus compromisos y resignarse a una vida más reducida, nunca lo hemos visto desanimado, nervioso o enfadado. La fuente de la alegría tenía en él raíces profundas y estaba alimentada por una vida interior en un fluir constante y pleno.

Papá era un hombre que no imponía las cosas, ni a los demás, ni a nosotros: se dedicó a muchos jóvenes, logrando conquistarlos, aunque muchos se fueron posteriormente por caminos que no eran aquellos por los que se les había orientado: pero ha intentado no romper relaciones con ninguno, no se ha retraído ante opciones discutibles: había entendido que la dinámica del crecimiento de una persona pasa, a veces, por caminos largos y tortuosos. Pero siempre ha insistido con nosotros y con sus jóvenes, para que en la vida se hiciesen opciones, que no nos dejásemos ir a la deriva, que nos dedicásemos a algo. Cuando Piergiorgio, después de años de vida más bien dispersa, se encontró con la Operación Mato Grosso y se entregó a ella, no solo se dedicó con mucha delicadeza y sagacidad a que tuviese éxito, sino que se entusiasmó de su propio entusiasmo y hasta quiso seguir también esta opción que, entre tanto, había cautivado también a Mariagrazia y a Paola.

Por otra parte estábamos convencidos de que cualquier cosa que hubiésemos hecho en la vida, aunque estuviera equivocada, no nos habría de faltar el afecto y cercanía suya y de la mamá. Y esta era la actitud que tenía con todos.

En el fondo, esta confianza en los otros, iba unida a la confianza en el Señor y en la providencia: eran los dos raíles que discurrían paralelos. Lo hemos visto en el modo de gestionar el dinero y los bienes: no nos ha faltado lo necesario, pero lo que sobraba era compartido, aunque fuese una parte del jornal, un vestido o un juguete. Tenía confianza en el mañana, no quería pesos inútiles. Y tenía razón: cuando llegaron tiempos difíciles, y él estaba enfermo y sin jornal, siempre hubo una mano que llegaba con discreción en nuestra ayuda.

Nos ha dejado totalmente libres de elegir nuestro camino y siempre nos ha acompañado. Los tres hemos podido seguir los estudios que preferíamos, aun cuando comportaba algún sacrificio, y ha aceptado serenamente que abandonásemos todo para dedicarnos a algo bello y bueno. Y así no se opuso cuando Piergiorgio interrumpió los estudios universitarios, faltándole pocas asignaturas para el doctorado, para ir al Brasil, como voluntario a largo plazo. Solo le dijo: “Piénsalo bien y no hagas algo de lo que podrías arrepentirte, pero sábetelo que nosotros

estaremos siempre contigo y que con nosotros podrás contar en todo momento”. Y Piergiorgio no solo ha ido, sino que también se ha casado en Brasil y ha tenido allí su primer hijo, precisamente contando con este apoyo incondicionado de papá y mamá.

Era la misma dinámica que empleaba en toda actuación: dejar correr, dejar libres, dejar en libertad incluso a los hijos, impulsar un cierto clima familiar, dar rienda suelta a su tranquilidad afectiva poniéndola a disposición de todos, sabiendo que hay Alguien que cuida de nuestra vida por encima de nuestro planes limitados y que las cosas se resuelven y se remedian: basta quererlo y ser pacientes.

Es verdad que durante los años de nuestra infancia y adolescencia papá estaba muy poco tiempo con nosotros, porque entre el trabajo, los compromisos en la parroquia y en el oratorio, estaba en casa lo justo para comer y al final de la tarde, pero nunca nos sentimos abandonados por él, también porque cuando estaba en casa era todo nuestro, y porque sabíamos que en cualquier momento que tuviéramos necesidad de él, de ser escuchados, de tener algún retazo de su tiempo, nunca hubiera rehusado. Y por esto le damos gracias, no solo a él, sino también a mamá, que ha sabido con gran amor e inteligencia formar equipo con el marido. Entre los dos hubo siempre pleno entendimiento; nosotros no sabemos muy bien cómo han podido lograrlo (éramos demasiado pequeños para comprender cómo ha ido aumentando con el tiempo) pero hemos visto y saboreado los frutos. Nunca hemos presenciado un desencuentro, un malhumor, un resentimiento, nunca hemos oído una palabra brusca. Hemos crecido con una idea de familia decididamente muy alta. Nuestra creencia, aun con todas las etapas y vicisitudes, ha tenido esta sólida base en la que germinar: el amor intercambiado de nuestros padres y difundido en nosotros. Podemos creer en la bondad del Señor porque hemos tenido ante nuestros ojos la de papá y mamá, entre ellos, con nosotros y con los demás.

Papá acostumbraba a decir que “la muerte debe encontrarnos vivos”. Y esto es lo que ha sucedido: la muerte lo ha encontrado “vivo” mientras estaba en Brasil. Voluntario maduro entre nosotros jóvenes, para compartir y colaborar en nuestro trabajo misionero. “Cuando recuerdo la muerte de papá –ha escrito Mariagrazia- me parece una cosa natural, tal como ha sucedido, porque le ha encontrado mientras hacía las cosas que amaba y en las que creía. No ha habido un corte en la vida de papá. Las cosas que ha elegido las ha llevado a cabo hasta el final, aunque quizá de modo diverso. No logro imaginarme a mi padre, como un viejo pensionista; está bien que haya sucedido de este modo y que haya encontrado al Señor mientras estaba aun corriendo con los jóvenes”

Queremos concluir con algunas páginas del diario de Paola referentes a la partida de papá y mamá en 1972 al Brasil, donde ya se encontraba Piergiorgio con su mujer Laura y a donde llegaría antes Mariagrazia, que hizo el viaje en avión.

Falta poco para la partida. ¡Cuántas sensaciones, qué nudos en la garganta! El 15 de junio lo pasamos con el tío Camilo (el hermano de papá, sacerdote salesiano) en Vendrognò. Me veo en un tren a rebosar. Papá siempre con su humorismo, con su

alegría casi infantil, como siempre, en todos sus viajes en tren. Estamos apiñados. Papá, a pesar de su casi total imposibilidad de moverse, busca las mejores posiciones para nosotros y para los demás. El tío nos espera en la estación de Bellano. Papá, en el coche, durante el trayecto de Bellano a Vendrogno hace locuras. Revuelve el pelo a mamá, nos abraza, reparte pellizquitos y no para de hablar: es un continuo sucederse de salidas alegres. Al pasar por el santuario de Lezzeno, el Avemaría como de costumbre.

El día anterior a la partida, mamá abrumada de cansancio. Papá da vueltas por la casa tratando de ser útil lo más posible: “Noemí, dime que hay que hacer”. También aquel día estuvo repartido entre la casa, los amigos y el oratorio. Debe despedirse de todos, no puede olvidar a nadie. Unos días antes se había despedido de los antiguos alumnos, que llenaban de bote en bote la capillita.

Y la mañana de la partida: 21 de junio. Esa mañana nos levantamos pronto; papá parece un jovencito. Antes de salir de casa, como de costumbre, la señal de la cruz y como última cosa, el saludo a la estatuita de escayola de la Virgen colgada en el recibidor. Nos lleva en coche don Bruno. Sigue un autobús lleno de muchachos y de amigos del oratorio. Llegamos al puerto... Cuando la sirena anuncia la hora del embarque, nos vemos envueltos en la confusión, se estrechan manos, se quiere abrazar a todos en el último instante, sin olvidar a nadie. En la nave nos asomamos a la barandilla de proa, Comienzan los saludos con la mano. Los amigos, desde el muelle, entonan unos cantos. Papá, naturalmente, se une de buena gana y con gusto, invitándonos a nosotros a cantar más fuerte. La nave comienza a alejarse del muelle y papá sigue el alejarse de los amigos recorriendo el puente de la nave en dirección contraria, como para retrasar el momento de la separación. Por último lanza a sus oratorianos el grito: ¡Hip, hip, - hurra! Ale, alé, alé”, y todos responden a mi papá: están acostumbrados a responder a sus gritos y a sus reclamos...

La sirena anuncia la hora de la comida. El camarero que nos sirve es un anciano grueso y calvo. Papá naturalmente rompe pronto el hielo. Le pregunta de dónde es, cuánto tiempo hace que trabaja en el mar..., logra ser bueno y cordial con todos. También para los de la mesa vecina tiene alguna palabra festiva...

Primera escala: estamos en España. En el puerto compramos muchas postales y sellos. Papá comienza a escribir a los amigos: son muchos y a todos hay que recordar. Nos hacemos a la mar, poco después de la comida. Hacemos otros conocimientos. Nos encontramos bien juntos. Con el grupo que hemos formado nos reunimos con frecuencia para intercambiar ideas y experiencias, o para alguna clase de portugués.

En realidad la idea de aprender un poco la lengua permanecerá viva durante los primeros días de navegación, pero el alumno más asiduo y constante en su estudio será papá. En la mesa enumera en portugués el nombre de los objetos que se encuentran a mano. Golpea el vaso con el cuchillo y sobre ese sonido conjuga el

“ten” (el presente del verbo “tener”) provocando la risa de muchos, incluido nuestro amigo el camarero.

Papá habla con todos. A veces dice que quiere dar una vuelta y se pone a recorrer la cubierta a grandes pasos: dice que de este modo se calienta, y hace la digestión. Al final del viaje afirma que muchos han querido copiarle la idea del paseo. Un tarde, paseando así, “se fija” en un señor anciano: se ha dado cuenta de que aquel señor siempre está solo. Se le acerca y comienza una conversación casual. Hablan largo y tendido. El señor le muestra las fotos de sus nietecitos. Ya no está solo; ha encontrado a alguien que se ha interesado por él. Papá tiene un sexto sentido para encontrar a las personas que tienen necesidad de alguien con el que intercambiar unas palabras.

Por la mañana temprano él y yo subimos a cubierta. Siempre es muy temprano y por todas partes se ven a los hombres que hacen la limpieza. Rezamos juntos las oraciones, después él lee la meditación. Nos intercambiamos pocas palabras. De vez en cuando hacemos proyectos sobre lo que nos espera.

Durante el viaje papá no permanece indiferente ente los niños. Muy pronto, en la primera tarde, se acerca a uno. Una palabra graciosa, un sencillo juego, pero el niño no quiere saber nada: le saca la lengua y escapa corriendo. Papa, en tanto, comienza a trabar conversación con un pequeño inglés: estamos sentados en las habituales sillas de popa. El niño se acerca, papá balbucea alguna palabra en inglés. El niño, titubeante al principio, y después cada vez más seguro, responde, sonríe, continúa hablando. Papá no entiende nada. Se divierte. Nos mira riendo. Finalmente ofrece al inglesito un caramelo.

Todos los días, por la tarde hay misa. Papá y mamá no faltan nunca y llegan a la capilla algunos minutos antes del comienzo para rezar el rosario. La capilla está a popa en un emplazamiento poco afortunado, en la que se nota más el movimiento de la nave. Además el capellán es un tipo extraño, de carácter cerrado y quizá hastiado de la vida despreocupada que se vive en el barco. Delante de él alguno lo critica, pero papá lo defiende.

Después de cenar se encuentra con sus amigos en cubierta. Papá pide cantar juntos. Y así, una tarde, primero tímidamente, después con mayor fuerza y seguridad nos ponemos a cantar. Algún otro se añade a nuestro grupo, entre ellos unas hermanas misioneras: al final llega el capellán. Papá está contento y con la voz ya un poco ronca continúa haciendo de contralto

Mamá normalmente por la noche baja pronto al camarote, después papá y yo la alcanzamos caminando del brazo por aquellos largos corredores. También se ha hecho amigo de los camareros que atienden a los camarotes. Se detiene a hablar con ellos, compra y regala paquetes de cigarrillos.

Finalmente llegamos a Santos, nos encontramos con Piergiorgio y su mujer Laura, con el padre Rocca, antiguo oratoriano y ahora misionero, con el tío Giorgio, religioso camilo, hermano de mamá y también él misionero. Por la noche llegamos a la casa de los camilos... Recuerdo una noche llena de estrellas, de luces, y luego unos cantos. Hay una guitarra: acompaño algunos cantos de montaña y luego la canción que tanto agrada a papá: “De colores”. Mientras tanto papá ha “descubierto” a un sacerdote muy anciano. Y ya le vemos hablando con él, y preguntar con interés...

Al otro día, por la tarde, vamos a la misión del padre Rocca, en Taruma.

El día siguiente es domingo: papá y yo nos encontramos a la puerta de la iglesia antes del comienzo de la misa. Papá rompe inmediatamente el hielo con los primeros niños que encuentra: me pide que les pregunte el nombre y la edad. Después de la misa se reúnen a nuestro alrededor un grupo de niños: comienzan a jugar haciendo el círculo. Cuando lo eligen para ponerse en el medio hace el papel de loco, hace caras, muecas. En los juegos está en su salsa y yo intento explicarlos en mi titubeante portugués. Llegamos así a las once y media, pero los niños nos hacen prometer volver a encontrarnos todos por la tarde. No hemos acabado aún de tomar el café y ya nos están llamando; ¡terrible! Son más de cincuenta. Organizar juegos y explicarlos (con mi portugués) a cincuenta niños no es empresa fácil, pero los niños nunca han sido más felices. Entienden. Siempre están pidiendo nuevos juegos. De este modo, los gritos y el alboroto atraen aún a más gente, y a más niños. A las cuatro y media ya estamos cansados. Acabamos con un abundante reparto de caramelos. Papá, ¡qué cosa más maravillosa cuando me dijiste: “¡muy bien!”: me abrazaste y me preguntaste preocupado: “¿Estás cansada?!”.

He vivido intensamente esos cuatro meses de estancia en el Brasil, porque ha sido él quien me ha hecho descubrir una vocación que era semejante a la suya.

El día siguiente a nuestra llegada a Poxoreu, las mujeres del grupo comenzaron a hacer algo. Papá da vueltas, quiere ayudar. Limpia, barre y pasará las mañanas siguientes limpiando y pelando patatas. Una tarea que reservará siempre para sí, será la compra: lo veo de mañanita partir con el capazo bajo el brazo para dar vuelta por el pueblo y buscar lo que querían las cocineras, con su balbuceante portugués, armado de su “¿ten?” (“¿hay?”), que tanto le agrada.

Cualquier momento es bueno para encontrarse con los muchachos. Después de cenar, está siempre en la plaza, organizando juegos. No duda en parar a los niños por la calle, en encontrarse con ellos en los campos de fútbol improvisados, y hacer a todos la misma invitación de encontrarse todos en el centro juvenil. El número de muchachos que asisten es considerable: papá les hace jugar, cantar, rezar. Inventa concursos, que implican a grandes y pequeños en una continua competición de bondad: quiere educar al amor por el Señor y a atender a los demás.

Hacia el final de mi permanencia en el Brasil, papá ha logrado reunir durante un día entero de alegría, oración, juegos y conocimiento recíproco, a los niños de la

“ciudad” de Poxoreu con los de los lugares de los alrededores del poblado Paraíso do Leste. Una gran jornada.

Llega por fin el momento de la partida, de la separación. Papá y mamá nos acompañan, hasta el poblado indio de Sao Marcos. Yo siento en mi interior un gran vacío, pero papá, incluso con los niños xavantes juega, bromea, se comunica. Nos quedan las fotos de estos días: papá en medio de los niños, con su buena sonrisa, la mano sobre la cabeza de un pequeño indio, con ese su gesto típico de padre.

Nos despedimos el día siguiente al final de la tarde. Algo está a punto de acabarse, pero la ilusión es de que sea solo un hasta luego... Luego el jeep se va alejando llevando consigo a Poxoreu a papá y a mamá con Pier y Laura. Pero papá no renuncia a sus gritos, a poner un poco de humor y serenidad. Las últimas palabras que le he oído han sido los gritos de un “ban” que frecuentemente entonaba con sus muchachos: “¡Alé, alé, alé!...”

¡Cuántas veces me ha venido a la mente tu “alé” en los momentos que siguieron a la noticia de que ya no estabas!: “¡Alé. Ánimo. Adelante!” ¡Hay que continuar!” Es lo que nos has enseñado.

🎯 El anaquel

Trata de personas

Iñigo García Blanco (Hermano Marista)

Tras acompañar en aquellos días de septiembre algunas de las acciones emprendidas de sensibilización y capacitación de la ‘Red de Enfrentamiento al tráfico de personas en la Triple Frontera (Brasil-Colombia-Perú)’, estoy un tanto des-soñado (inquieto en la hora de los sueños). Los relatos que hay tras “la trata” me desvelan.

Esta realidad ha sido un nuevo aldabonazo en mí para mirar de otra forma los movimientos migratorios, los sueños negociados y ocultos que se mueven transnacionalmente, los dramas silenciados que pueden ser juzgados por la alienación de los derechos, principalmente el de la dignidad y la autonomía. El 23 de septiembre se celebraba el Día Internacional contra la Explotación Sexual y el Tráfico de Mujeres, Niñas y Niños que fue instaurado por la Conferencia Mundial de la Coalición contra la Trata de Personas en coordinación con la Conferencia de Mujeres que tuvo lugar en Dhaka, Bangladesh, en enero de 1999.

La trata de personas es un delito que despoja a los seres humanos de sus derechos, echa por tierra sus sueños y les priva de su dignidad. Es un delito que nos avergüenza en nuestra historia cada vez más anémica de humanidad. La trata de personas es un problema mundial, al que ningún país es inmune. Millones de víctimas se encuentran atrapadas y son explotadas cada año por esta forma moderna de esclavitud.

El Protocolo de Palermo define la trata de personas en su art. 3 como: “la captación, el transporte, el traslado, la acogida o la recepción de personas, recurriendo a la amenaza o al uso de la fuerza u otras formas de coacción, al rapto, al fraude, al engaño, al abuso de poder o de una situación de vulnerabilidad o a la concesión o recepción de pagos o beneficios para obtener el consentimiento de una persona que tenga autoridad sobre otra, con fines de explotación. Esta explotación incluirá, como mínimo, la explotación de la prostitución ajena u otras formas de explotación sexual, los trabajos o servicios forzados, la esclavitud o las prácticas análogas a la esclavitud, la servidumbre o la extracción de órganos.”

Existen en el mundo 200 millones de personas migrantes, 60 millones de desplazados, 20 millones de ellos refugiados y 40 desplazados internos, y 4 millones de víctimas de trata.

Uno de los grupos de alta vulnerabilidad en esta “situación de trata” es el de los niñas y niños. Encontramos aquí factores comunes que propician dicha vulnerabilidad: la pobreza, que lleva a las familias a abandonar a los menores en manos de traficantes en la creencia de que lograrán un futuro mejor; en crisis humanitarias, donde los verdugos aprovechan las situaciones de caos para raptar a sus víctimas; en conflictos armados, donde los niños suelen ser empleados como soldados por lo fácil que resulta manipularlos... De acuerdo con datos ofrecidos por UNICEF, cada día 4.000 niños y niñas son víctimas de trata. En general, el fin de la trata de menores es que éstos sean explotados sexualmente (importante en este punto mencionar el auge de la pornografía infantil, así como a chicas adolescentes obligadas a prostituirse), forzados a matrimonios pre-pactados, o para trabajos forzosos en fábricas o como personal de servicio doméstico.

En expresión del Papa Francisco, cada una de estas personas son consideradas “población sobrante”, producto de la “cultura del descarte”, que nos vuelve incapaces para compadecernos ante los clamores de los otros. Son los nadie-sin-sueños, nadie-sin-futuro, nadie-sin-derechos. Seguramente por eso que pasan desapercibidos sus rostros ante nosotros; se vuelven invisibles para nuestra acomodada medida de justicia y distribución de oportunidades. Las cifras no muestran la realidad que ocultan.

Sigo desvelado, la sola definición de este fenómeno, de esta acción violenta me irrita y me hace temblar al tratar de poner rostro a sus víctimas, niños, niñas, adolescentes, mujeres. Sueños truncados por una trata de intereses deshumanizados.

Me viene a la mente la imagen del atrapasueños tan corriente por estas tierras. La antigua leyenda de los indios ojibwa sobre los atrapasueños habla de que los sueños pasan por la red filtrando y deslizando los buenos sueños a través de suaves plumas hasta que llegan a nosotros. Los malos sueños, sin embargo, son atrapados en el tejido y mueren con el primer haz de luz del día.

Ojalá seamos capaces de proteger los buenos y deseables sueños, mientras que aquellos que amenazan nuestras historias y nuestros derechos no lleguen a nosotros. Llamados a ser protectores de sueños de los más pequeños, de aquellos que nos contagian la ilusión por la vida en cada una de sus expresiones y colores. No podemos seguir permitiéndonos que “la trata” siga siendo impune, que siga ocurriendo a costa de los más pequeños y pequeñas de nuestras comunidades... precisamos desenmascarar esta práctica indigna y aberrante contra el valor más profundo de la vida. Al menos gritar que no permitiremos más trata de sueños (que no son los de nuestros pequeños).

Queremos trabajar en red pues sabemos de su fuerza transformadora que estrecha lazos y el compromiso por la vida y la defensa a ultranza de los derechos humanos, en especial de los niños y jóvenes de nuestras comunidades locales. Precisamos construir juntos un mundo mejor, cuidar entre todos ésta nuestra Casa Común de Todos.

Quisiera saber sumarme
en la lucha contra la ideología y el sistema económico
que provoca la exclusión de millones de personas,
en la denuncia de la sistemática transgresión de los derechos humanos
de las “personas en movimiento” por parte de los Gobiernos,
al trabajo por otro mundo posible hospitalario,
al discipulado y a la práctica solidaria de Jesús de Nazaret, “el flaco”,
a hacer una nueva teología de la emigración,
a pasar de la exclusión a la hospitalidad.
Nadie tiene derecho a robar tus sueños,
ni a perturbar tu creativa imaginación.
Nadie tiene derecho a traficar contigo,
pues no eres mercancía ni objeto de intercambio.
Nadie tiene derecho a robar tu vida,
mucho menos vulnerarla ni encerrarla.
Ningún niño, niña o adolescente sea víctima de trata.
Ningún niño, niña o adolescente sea víctima de violencia.
Ningún niño, niña o adolescente sea víctima de la pobreza.
Ningún niño, niña o adolescente sea víctima de la prostitución.
Ningún niño, niña o adolescente sea víctima del silencio.
Ningún niño, niña o adolescente sea víctima de la exclusión.
Una red se teje, atravesando fronteras, a lo largo y ancho del mundo,
reclamando el fin de la trata de personas y su esclavitud...
reclamando justicia y rescatando la dignidad...
reclamando la libertad y la autonomía para ser sueño vivo...
reclamando los sueños arrebatados y empoderándolos con color...
reclamando el espíritu que llevamos dentro...
reclamando un tiempo nuevo para desplegar la hospitalidad.
El mundo tendrá que escuchar su voz.

Del Libro del Eclesiastés, 4,1:

“Pensé además en todos los abusos que se cometen bajo el sol. Vi las lágrimas de las personas oprimidas, y no hay nadie que las consuele; sufren la violencia de sus opresores, y no hay nadie que venga en su ayuda”



La levedad de los días

17 de junio de 2016

Obrar en situaciones adversas (1)

Aunque se trate de una cuestión personal, ineludible e intransferible, que no admite sustituciones y ni da lugar a intercambios, hoy me permito arramplar con unos papeles de Carlos Herrera en El Semanal. Son ya un tanto antiguos, pero no han perdido ni el olor, aquí esto tiene su importancia, ni el color, variado y con matices como los días, ni el peso ni el sobrepeso de los que hablábamos ayer. Espero que no te asustes, lector amigo, y que, más que una impresión desagradable, le rías la gracia si es que la encuentras y aprendas, que en la vida de todo hay que aprender.

Obrar en el campo siempre ha supuesto algún inconveniente para la mayoría de las personas. Si en medio de un plácido paseo entre espigas y amapolas uno siente en sus entrañas el fuego del rayo maldito, y mira alrededor y solo ve clorofila rampante y paisaje cerealista, empieza a sentir la desventura de aquel que se siente abandonado a su suerte.

Hay a quien no le supone ninguna incomodidad ni perjuicio: el campo está hecho para el abono y solo hay que apretar y liberar. Pero para otros, minuciosos de la higiene, supone más disturbio: ¿Cómo proceder a la limpieza y petroleado de bajos en plena naturaleza? Nadie suele ir provisto de papel higiénico en sus bolsillos, ni siquiera cuando se adentra en las ignotas praderas, así que o bien tira de viejos papeles en la cartera o arranca algunas hierbas del campo, tratando de evitar las ortigas y su ácido fórmico. Incluso la postura no es fácil: cuclillas y observancia para evitar el fuego amigo, la mancha inoportuna en la ropa recogida. Hay quien cae con estrépito, hay quien se pone nervioso, hay quien es sorprendido por algún animal... Aunque también hay quien apoya su espalda en el árbol, la deja caer y encuentra el ángulo óptimo mediante el cual obtener equilibrio y accesibilidad para la descarga.

Pero hay que saber, y tiene que gustarte: los que no, apresuran el paso, enrojecen el rostro, emiten sonidos guturales y huyen, huyen sin medida en busca de la porcelana, del trono urbano en el que aliviar la infernal presión que entrecorta hasta la respiración.

Tema distinto es lo que acontece cuando no da tiempo a llegar. ¿Cómo se solventa una entropiada bombardeada, sembrada, regada por el detrito? ¿Cómo se enmascara el fétido aroma que le envuelve al afectado? ¿Qué se hace con la ropa tintada de marrón indeleble?

Creo que nos vamos enterando de la inevitable cuestión. Porque no deja de ser un problema que, en momentos se agudiza en extremo, y que bien merece una segunda parte, porque el accidente es inexcusable y puede ocurrir en los lugares y circunstancias más inesperados. "Lo que yo te diga".

Isidro Lozano⁷⁰

⁷⁰ Texto inédito para Forum.com.



 **salesianos**
SANTIAGO EL MAYOR

¡mi Vida!

#NuevaTemporada


CREA


SUBE


COMPARTE